

Alguien dibuja una sombra

José Raúl López

Alguien dibuja
una sombra

© Editorial Universitaria
Universidad Nacional Autónoma de Honduras
Primera edición, noviembre de 2017

Director de la Editorial Universitaria

Evaristo López Rojas

Corrección

Miguel Raudales

Diseño y realización gráfica

Arnold Francisco Mejía

Fotografía de portada

Abstracto III (colección ABSTRACTOS DE CIUDAD)

Gabriela Zúniga Fu

Fotografía de solapa

Gerardo Torres

Todos los derechos reservados

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones establecidas en las convenciones internacionales y leyes nacionales, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización escrita de la Editorial Universitaria.

Ciudad Universitaria, Tegucigalpa, MDC.
Tel. (504) 2216-5100 / ext. 100351
editorial.univ@unah.edu.hn

Dibujando la sombra del «hombre de la levita»

MARIO GALLARDO

Alguien dibuja una sombra, la obra del narrador hondureño José Raúl López, ganadora del prestigioso Premio Centroamericano de Novela Mario Monteforte Toledo, representa una novedosa incursión en el fértil terreno del relato neo-policial latinoamericano, cuya evolución —aunque sus orígenes se pueden datar a principios del siglo XX— muestra que no fue sino hasta los años cuarenta cuando se empieza a desarrollar con plenitud bajo el nombre genérico de «literatura negra», y es en Argentina donde comienza a asentarse como tradición policial propia bajo la tutela de Jorge Luis Borges

Posteriormente, en las décadas de los 70 y 80 —marcadas por el surgimiento de sangrientas dictaduras y por la sucesión de guerras civiles y diversos conflictos armados— el policial se convierte en un tipo de narración más realista, más psicológica y, sobre todo, más periodística. Y para caracterizar esta nueva vertiente, Mempo Giardinelli advierte que «tiene una virtud: es tan apegada a la realidad, tan dependiente de la realidad que ahí está su limitación conceptual como literatura, pero ahí está también su maravilla. En América Latina, como en África, describes la realidad y estás haciendo el manifiesto revolucionario. Si tú describes lo que pasa en la realidad con tu mirada

honesta y sincera, es una mirada de lucha aunque no tengas la intención de hacerlo. Yo creo que en ese sentido el género es noble».

Es aquí, precisamente, donde se encuentra una de las claves de *Alguien dibuja una sombra*, ya que López esboza una mirada sesgada que actualiza, reescribe uno de los temas más desgarradores y controversiales de la sociedad hondureña: los desaparecidos políticos de los años 80, la tristemente célebre «década perdida». Esta actualización del tema se convierte en *leit motiv* de la trama narrativa: «vine por las desapariciones y todas esas babosadas que ocurren en tu pobre país. Ya sabes...ir husmeando entre la mierda... tratar de averiguar el paradero de esos individuos que se borran del mapa, de repente, como si nada... buscar lo que no se me ha perdido...».

Pero la propuesta va más allá y López logra superar el lugar común, la relación servil, especular, con la memoria del horror. La suya es una propuesta que pasa más por lo estético que por el reflejo sociologizante. Ya en las primeras páginas se expresa que «cada desaparición tiene su misticismo», el que debemos borrar «para que se sepa la verdad oculta tras el infortunio de estos tiempos que corren». Y el misterioso hombre de la levita enfatiza uno de los aspectos centrales de la propuesta estética, que luego veremos cómo se transforma en una voluntad de estilo: «Deberás ayudar con la investigación...para eso te he traído aquí, para que veas cómo la realidad se trastoca cuando uno se sumerge en ella sin inhibiciones ni reservas...». La conclusión es tajante: «El hombre de la levita me iba ganando hacia su putrefacta realidad, quería que yo comprendiera la fantasía absurda del mundo antes de lanzarme a la búsqueda de algo».

A partir del primer capítulo la narración discurre, sinuosa, la ruta de las «personas desaparecidas» bajo el hilo conductor de la voz del protagonista, una crónica llena de encuadres cinematográficos, entornos casi surrealistas y equívocas metamorfosis, todo bajo la letanía del «pongamos», que contamina con su provisionalidad todas las avenidas de la significación textual. Y en el fondo, emergiendo entre la bruma metafórica, una San Pedro Sula más imaginada que real se desliza entre las páginas como referente que contribuye a poner de manifiesto la intención crítica del texto al revelar una auténtica jungla de tierra, marginalidad y asfalto, insegura y avasallada por la extrema violencia, transmitida a través de un lenguaje pleno de giros inesperados.

El jurado del Premio Mario Monteforte Toledo destacó en el acta correspondiente «el uso de recursos narrativos tomados del teatro y cine contemporáneo» como uno de los elementos decisivos en la propuesta de José Raúl López, autor que desde los cuentos de *Entonces, el fuego* viene dando muestras de una notable competencia en el manejo de las claves contemporáneas del relato, capacidad que ahora reivindica con mayor propiedad y madurez en *Alguien dibuja una sombra*, novela que seguramente pasará a la historia de la literatura nacional, más allá de premios y de modas, por su ambición estética y su bien lograda trama.

Umbrarum hic locus est
(Éste es el lugar de las sombras)

De Fantomas, la amenaza elegante

I

Pongamos un antro de bebidas frente a nuestras narices, con mujeres, rockola y el desparpajo de los parroquianos que se atiborran de aguardiente. Una zona en la cola de San Pedro Sula, cercada por restos putrefactos de animales atropellados y cuyos límites siniestros marca una pequeña quebrada con hondonadas recubiertas de maleza. Pongamos que no sé cómo he venido a parar aquí ni por qué me gusta tanto el aguardiente que sirven. Las mujeres en chancletas que cargan las bebidas pasan y te dejan algo de su acre humor pegado en la cara. Son simples y proponen hacer el amor con toda naturalidad. Claramente, no estoy tan conforme de hallarme en un lugar tan abyecto como éste, pero tampoco quiero moverme, salir, escapar. El alcohol o el barullo de una clientela numerosa y fantástica me tienen atolondrado, inmóvil. He terminado sumido en el rincón, con la espalda arqueada, tensa, tratando de abarcar el hueco entre el mostrador y la ventana. Afuera podría ser de noche, llover o haber luna llena. La ventana es un receptáculo tan minúsculo que lo mismo podría conectar con otra estancia que con el exterior o con el infierno. No se avizora nada más allá. Cuando estiro el cuello para asomarme, es mi propia cara la que se enmarca en la claraboya. Pero ese rostro del otro lado que alcanzo a distinguir no guarda ninguna relación conmigo: por lúcido, por prepotente, por la mueca de fastidio con la que me corresponde.

Pongamos también que no estoy del todo solo, que hay alguien aquí, arrimado a mi costillar, haciéndome compañía, que una figura tenebrosa (no tiene nombre todavía, pero podría achacársele la siguiente descripción: corbatín raído, capa fangosa, levita de paño negro, alpargatas oscuras, cara criminal) se pega más de lo permitido a mi costado y que continuamente está pasándome tragos. No se parece a nadie que haya conocido antes (creo, a primera vista), pero está allí rumiando tabaco y tratando de parecer amistoso, festivo. Entre sus vestiduras de otros tiempos se adivina la pistola. Un objeto robusto, de pestillos oxidados, que hace que doble la pierna derecha. Los parroquianos mantienen la distancia con él, parece dominar el antro con su mirada alicaída, perversa.

Pienso que ha sido él quien me ha puesto aquí, tal vez...

El alcohol me ha encendido la tripa, pero un poco de frescura se desliza hasta el estómago con cada trago. En los últimos minutos, el espacio entre una copa y la siguiente se ha reducido significativamente. Como si mi acompañante de juerga deseara llegar rápidamente al desfallecimiento. ¿Juerga?, se trata solamente de eso. ¿Compañero?, dije compañero, ¡por el amor de Dios!, ¿tiene pinta de serlo un hombre como ese? En realidad, solo semeja un envoltorio de andrajos sucios con la suficiente catadura para meter miedo entre los bolitos. Un metro después de él, el mundo se difumina. Es la misma intensidad de los bombillos desnudos la que convierte a los individuos alcoholizados en puras sombras borroneadas. Son las voces las que empujan la luz, la luz se mete por los oídos, la boca; la luz atraviesa la garganta.

No falta mucho para que pierda el conocimiento, para que mi espalda, floja por efecto de la bebida, se deslice a través de la pared y termine en el rincón, entre miles de escupitajos fosilizados. Falta poco para que las imágenes que he construido entre los tragos pierdan su sentido primario, racional. Mientras eso sucede, el hombre de la levita continúa zampándome alcohol a lo bruto y moviendo la pierna en la que se sostiene la pistola.

Pongamos que han pasado unos cinco minutos desde que empecé a reflexionar acerca de esto, que no caigo ni me duermo ni me ocurre nada en particular, a pesar de la ebullición de los tragos allí en el intestino reblandecido.

Ahora el hombre de la levita de paño negro y corbatín raído me tapa la visión, pero reconozco —por el ronroneo de las ranas y el chirriar de los insectos atrapados en los bombillos— que la noche ha cerrado todos sus huecos. Debe ser ya de madrugada, las tres o las cuatro de una mañana cualquiera. También comprendo —a medida que se me embota la cabeza y se aflojan las articulaciones— que es la voz de ese hombre la que me mantiene alerta, apuntalado en la pared. Lo suyo no es una conversación propiamente dicha, pero de cuando en cuando abre los labios y suelta monosílabos extraños, los agrupa en el límite de los labios, para dar a entender que forma una oración. Son esos sonidos simples los que me mantienen despierto. Es como si le ordenara directamente a mi conciencia y mi conciencia se sobrepusiera a los tragos. Sumadas todas sus medias palabras, limpias de su resuello, puedo conformar un mensaje. Me cuenta que ha venido desde lejos para realizar una investigación crucial que me concierne. ¿Investigación?, en

los confines del mundo, donde la vida no vale nada. Para no creérselo, pero bien...

Hace unos minutos que dijo eso, pero hasta ahorita atrapo el sentido. Hay algo balbuceante en él, como si no se acostumbrara todavía a los fonemas del español, como si en su idioma original no fuera tan importante la sintaxis. Otro inconveniente para que me cueste entenderle es que me habla siempre de espalda, no porque quiera ocultarme su rostro sino porque voltea para concentrarse en seguir los distintos murmullos de los parroquianos que piden más bebida. Tal vez sea su forma de meter miedo, o tal vez solo desea mostrarse tal cual es, dejar bien sentado quién manda en este lugar, sobre todo a aquellos que no creen todavía, que cruzan por la puerta y llenan de cantos soeces el antro. En pocas palabras, quiere poner orden esgrimiendo su gran cabeza y su mostacho.

Puedo distinguir su cuello entre el sombrero y la capa: grueso, hercúleo, fosilizado, sudoroso.

—Vine de lejos (su voz entrecortada trata de ho-radar el ritmo simplón de la música ranchera), vine por las desapariciones y todas esas babosadas que ocurren en tu pobre país. Ya sabes... ir husmeando entre la mierda... tratar de averiguar el paradero de esos individuos que se borran del mapa, de repente, como si nada... buscar lo que no se me ha perdido...

En un momento dado saca la pistola y la esgrime por todo lo alto, como esos vaqueros de los *westerns* que veíamos cuando niños. Pienso que va a disparar, que escoge en quién descargará los tiros. Pero luego se sosiega y baja el arma. Solo quería despejar la salida, ensanchar el círculo de los parroquianos que vomitan y se orinan en la pared.

—Cada desaparición tiene su misticismo, continúa, pretendemos crear un orden perfecto que borrar ese misticismo (es como si picoteara o se diera su tiempo para ir cambiando a bisílabos), que se sepa la verdad oculta tras el infortunio de estos tiempos que corren...

Como no toma aire para hablar hay que compensar sus irrupciones con suspensivos. No saben el esfuerzo que hay que poner para seguir su discurso intermitente. Tomar de ese aire que no cabe en el antro, sacar la nariz por encima de la cabeza para no atragantarse con lo que dice. No imaginan cómo cuesta poner atención y tratar de mantener la espalda erguida a la vez: cuando lo que se desea es caer, en una levedad que no tenga fin.

Por fin voltea. En alguna parte me he encontrado con esa imagen que proyecta, más gramatical, más posible...

—Deberás ayudar con la investigación, dice, soplando un chorro de aire caliente en mi rostro—, para eso te he traído aquí, para que veas cómo la realidad se trastoca cuando uno se sumerge en ella sin inhibiciones ni reservas. Porque la mayor parte del tiempo solo transitamos por ella, pero son el miedo y la degradación los que nos embuten en sus vísceras. Es de ella de quien debemos cuidarnos, las pesquisas morales pertenecen a otro orden...

El alcohol transita por mi cabeza, echa abajo cualquier resquicio de lógica. Un cerebro lleno de burbujas concentrado en la voz que le habla desde otras épocas. Entiendo, no balbucea, los sonidos se abren paso a través de múltiples entrepaños de tiempo. *Tirez le rideau, la farse est jouée.* En cada dimensión que traspasa se opera un retraso, un desajuste que el

oído está obligado a recomponer. Estiro las manos para tocar lo que dice, esas cositas redondas, finitas, divertidas que se materializan frente al mostrador: caja de resonancia compuesta por tablillas de pino y cristal en la que vibran las botellas vacías.

Pero a todo esto, ¿qué significa estar aquí?, ¿qué significan la disposición de los parroquianos y los estragos de sus abdómenes? Porque la mayoría se ha retirado hacia el retrete o hacia la oscuridad y una andanada de material fecal lo inunda todo, de pronto. Quiero taparme la nariz, correr hacia algún lado, gritarles a todos estos imbéciles que yo no pertenezco a un lugar así. Siento que me halan, que me liberan de la pared, que las piernas se esfuerzan por iniciar el movimiento. Luego un destello como el de la pistola al ser izada. Me da miedo irme hacia adelante y no encontrar nada en qué sostenerme, irme de bruces y no hallar un tope.

En ese instante se oyen las detonaciones, tan cerca que la carne respinga, se abren sus surcos naturales, aspira la velocidad que huye del cañón, ese tintineo en el que los metales demuestran su consistencia. La luz se reduce, de inmediato, a breves charquitos de algo suspendido, oscilante, trémulo. Busco los gritos, el pánico, el dolor, lo que produce la estampida, pero ahora se impone el silencio. Como si una ligadura, compresión, que subiera desde el abdomen y taponara los oídos, se instalara alrededor de ellos. Las sombras de los que huyen traspasan la pantalla de luz, se entrecruzan, flotan, ya lejos ya cerca. Nada es tangible, ni la figura que me acompaña y cubre con su capa y me arrastra afuera, ni la noche que me amortaja. Creo que él también trata de salir ileso de aquí, que dispara a lo que se mueve en la oscuridad. Pienso

que disparan desde otros ángulos, que los cuchillos rasgan la noche, que el antro chispea cada vez que un proyectil choca en algún objeto metálico y se va rebotando. Pienso...

—Nada de esto sucede aquí, ahora, preludia la figura de la levita y el corbatín raído, estrechándose contra mí, es algo que sucedió en múltiples etapas y que se manifiesta simultáneamente en los sentidos y en el recuerdo, es algo que rescatamos de todos los tiempos que ha habido...

Hemos traspuesto un par de puertas, sin resultado. Porque se transponen puertas para salir de un lugar y nosotros seguimos inmersos en aquel antro que decidimos poner al principio enfrente de nuestras narices. Damos vueltas en círculos espantando a las mujeres que han quedado varadas en medio de la refriega. En un momento dado, el hombre de la levita (refirámonos así a él, mejor) me suelta y yo me derrumbo sin remisión. Nado, pataleo, me doy vuelta en el lodo... De pronto, ¿Qué?... por hacer algo miro hacia arriba, hacia el cúmulo de luces que se perciben a lo lejos. ¿Qué miro ahora? En una estancia iluminada que domina todo el espacio que tengo frente a mi cara se prende algo. Pongamos que hay otro antro allí arriba, en ningún caso similar a éste, pero que en algunos ángulos se le superpone. Nítidamente, se dibuja una mano gigantesca resurgiendo entre las luces. A la derecha, el legajo de papel y el tintero. Escribe sin detenerse. Adivino su propósito divino. Como toda deidad se entretiene en borrar los destinos humanos y en crear las condiciones para sojuzgar el parecer de los hombres. Empiezo a sentir ternura por su labor ingrata, cree que puede corregirnos, reducir nuestra condición [pobre!, no sabe que somos apariencias como él, simples figuri-

nes que llenamos la tierra con nuestras patrañas y que manoteamos en el lodo queriendo tocar su cielo.

Pero el tipo ese de la levita no me deja seguir mirando. Me echa sobre sus hombros mientras esquivaba los proyectiles. Saltamos un vallado y corremos a campo traviesa. Por fin quedamos varados en la confluencia de dos grandes ríos. Todo sin haber salido de la influencia maligna del antro. Sigue ante nuestras narices, a pesar de que hemos andado medio mundo. Puedo ver ahora a los que han caído en la trampa de las detonaciones, los que se pusieron en el camino de las balas, acogieron en sus tejidos los machetes, las lanzas o los cuchillos, los que sucumbieron en las fauces de las fieras o en los desatinos de la naturaleza. Aquí se decidía la suerte de los hombres; este es un sitio mágico. Desde la prehistoria los hombres han venido a morir aquí, unos vociferando el bien de sus corazones, otros ensanchando la maldad. Todas las víctimas están dispuestas según los dejaron sus victimarios, todos con el mismo rictus que los hermana, todos...

No digo que empiezo a soñar, digo que el alcohol extrae fantasmagorías de la cabeza. Distingo escenas violentas y secuencias infinitas de esas escenas manifestándose en el paisaje. La bravura de unos que mueren y se defienden hasta el final, el estoicismo de muchos que se rinden fácilmente. Una fábula patriótica, una leyenda cruel, la amistad y la traición, la cobardía y el valor; una caravana de misioneros católicos, una partida de insensibles conquistadores, una pendencia familiar, un acto de caza. ¿Cuántas circunstancias se sostienen en un mismo punto anónimo? Hasta que desfallezco, pero ahora no es por el alcohol, es por la vastedad, el influjo de esa soledad

inmensa que perdura por sobre los lugares, los sitios que los hombres desocupan con su muerte.

—Te he mostrado de un tirón todo lo que tenías que saber, reza el hombre de la levita, en el suelo junto a mí.

No sé si se trata de un ritual para iniciados o vaya a saber usted qué. Pero intuyo que el objetivo de estas escenas es ver el conjunto, la generalidad, para comprender el detalle, que se trata de una escalada de irracionalidad que no tiene nada que ver con los sentidos. Los sentidos no son necesarios cuando se trata de participar de las abstracciones históricas. Todos los hechos del mundo dejan de serlo luego de consumarse y regresar a ellos a husmear es como precipitarse en un sueño absurdo que no se tuvo. Yo estaba inerte, dormido entre el barrizal, y podía pensar esto. El hombre de la levita me iba ganando hacia su putrefacta realidad, quería que yo comprendiera la fantasía absurda del mundo antes de lanzarme a la búsqueda de algo.

II

Es la mañana de un domingo bien situado entre las paredes del cuarto y acabo de salir del encantamiento de la noche. No tengo dolor de cabeza ni todos esos malestares que se esperarían como resultado de la gran borrachera de la madrugada. Una resaca fantástica, al fin y al cabo, que no ha dejado consecuencias catastróficas. ¡Qué bien! ¿Será que la borrachera de la noche anterior no se ha realizado todavía?, ¿O bien, que está a punto de comenzar en algún instante? Ayer puede ser la semana que viene, o dentro de dos meses, un año, veinte siglos, depende de qué lado miremos los hechos, si viniendo desde la muerte hacia el nacimiento o viceversa. Comprendo, conforme acomodo mi ánimo a la festiva mañana, que nada está en su sitio justo, cabal, que podemos ir desbaratando los fundamentos de la existencia a nuestro antojo, con solo ser consecuentes con algunas ideas antojadizas. El mundo, al no tener un asidero concreto, una explicación plausible, nos permite esos caprichos.

Me tomo un vaso de agua para estar a tono con las convenciones literarias. (El héroe usa siempre la mulletilla del cigarro o el agua para entroncarse en el discurso de su narrador). Hurgo el refrigerador, muerdo la materia de algo que está a punto de descomponerse y me dirijo, con otro vaso de agua —esta vez con algo de hielo— hacia el escritorio, en la esquina oscura de la sala. La computadora está dormida, como desvelada, pero yo la fuerzo a despertarse tirando de los res-

pectivos comandos. Un tenue hilo de electricidad se pasa a mi brazo cuando aprieto *on*. Mi corazón patear, se violenta, tal vez él sienta que la venganza es posible dentro del esfuerzo inactivo de las cosas. Si es así, la computadora ha logrado su propósito, pero ya me las pagará cuando le llegue su día. Mientras tanto, escarbo en su pancita, que últimamente se ha adelgazado hasta el sarcasmo. Presiono en los correos electrónicos que han llegado, pincho en las direcciones para reconocerlas, atenazo lo que quiere huir de la dentellada del ratón, desnudo aquellas cifras que tratan de evadirse hacia el fondo ilimitado. *Delete* a toda esa mierda que se acumula en los intestinos de la computadora; voy purgándola para que se deshaga del residuo absurdo. Pero esperen, esperen... un momentito por favor. Esperen, dije. Hay un correo nuevo, extraño, clasificable, que no tiene relación con ningún *spam* de mierda.

No es algo que deba suceder un domingo por la mañana, ¿verdad? Repongamos entonces y quedemos que se trata del mediodía de cualquier viernes de la semana. Viernes trece, para ser específicos. Ya saben que se trata de estar a tono con los prejuicios y las supersticiones (para que la materia literaria crezca en verosimilitud). Lo leo de inmediato, ofuscado, nervioso. De: Pero quién putas puede entender esa grafía: árabe, africana o mandarín. Para: el bobo estúpido que teclea allá afuera. Internet y sus múltiples carambolas, las cosas que caen en el sitio equivocado. Pero no me dejó llevar por el deseo de borrarlo. Tiene un símbolo en el asunto que me retiene de inmediato —corbatín raído, capa fangosa, levita de paño negro, alpargatas... etc. La dirección es la correcta y está dirigido exclusivamente a mí. Bueno, paciencia,

no voy a abrirlo mientras no me haga un par de huevos fritos con pimienta, adobado con un trocito de queso seco (pata juca, para precisar) y el pan blanco y cuadrado que supongo me espera en la alacena. ¿Es lo que se come un domingo en la mañana o un viernes al mediodía? A ver, pensemos, ayúdenme ustedes que están allí, güevoneando, montados en la página como tontos... Sí, sigo en el domingo por la mañana, pero debo escapar de él. El refrigerador siempre ayuda en estos casos. A ver, a ver... «¿Qué hay de nuevo, viejo?» Entre tanta pudrición, tanto líquido rancio y ambarino... aquí está, un cuarto de chuleta ahumada para salvar la existencia del pobre héroe. Los viernes se come chuleta ahumada con papas fritas, así es. Punto.

Cargo la fridera y las provisiones, cuando suena el teléfono. ¿Existe en este mundo un aparato tan indiscreto y malintencionado? Me libero para contestar. Es Dulce María, lo sé sin que me diga nada. Su lengua bífida y alargada choca con el aparato y produce el sonido sibilante que antecede a sus palabras. Dulce María, ¿será mi novia futura, fue mi novia en algún momento, o es mi novia de turno? Eso solo lo sabe el corazón. Le consulto antes de contestarle a la voz que habla quedo. Repito tres mil veces su nombre para computar la reacción del órgano que me golpea en el pecho. Se ha detenido, se ha detenido, ¡Ah!... Dulce María no significa nada para mí, el corazón no se ha inmutado.

—¿Vas a ir a la fiesta hoy por la tarde?, pregunta.

—¿Quién desea divertirse teniendo en la mollera un sol como ese? Olvídalo, contesto.

—¡Tonto!, estaremos bajo techo, responde.

—No suelo salir los viernes por la tarde...

—Es domingo, tontuelo, interrumpe.

—No vas a convencerme, le digo, me canso mucho los viernes, ya sabes, toda esa acumulación de la rutina semanal...

—Sos un idiota, la verdad, pero si te decidís a ir, llamame a mi celular, para invitar también a unas amigas que van a venir de Tegucigalpa...

Ya basta de perder el tiempo, le cuelgo. En la frigidera el huevo se quema, alguien metió la comida al fuego. Y, además, agregó tocino a la cocción y ahora la casa parece un restorán barato con todo ese humo y el olor. Cierro el gas y regreso al refrigerador, quiero confirmar mis suposiciones. El hedor de las verduras putrefactas más la ausencia de un cuarto de chuleta ahumada acaban de despertarme. Será que solo concluyo algo que alguien hace unos segundos antes de que yo llegue. Se me mete esa idiotez en la cabeza, un individuo invisible que se adelanta a mis acciones y hace lo que yo no quiero hacer, pero una vez que los hechos comienzan, solo me queda terminarlos, si no, figúrense cuántos acontecimientos quedarían sin concluir, abiertos, suspendidos en un trecho de tiempo que no se corresponde con el que transito. Siempre me ha ocurrido eso, pero es hasta ahora que entiendo o, quizá, siempre lo he entendido, pero es hasta ahora que me hago bolas pensándolo.

Como aquella masa tostada, sin prisa, como si no tuviera verdaderamente hambre. El jugo que sorbo sabe a hielo, quema la boca, cuando avanza hacia el estómago escalda el esófago. Eso me ayuda a no quitar los ojos de la computadora, del correo electrónico desconocido que espera titilando. Debe haber una conexión entre el correo electrónico y mi percepción de hace poquito, como que el correo electrónico se

ha abierto dentro de mí y me alerta sobre las cosas que van a suceder.

Pero no debo dejar que algo tan soso comprima mi existencia. Soy yo solo y mi ansiedad. Punto. Cuando muerdo un terrón de carbón, me atosigo; debo correr por el vaso de agua, por el aire que está más allá de la puerta de la cocina. No corro, pero me muevo con vigor, zapateando, marcando el terreno por el que me desplazo. Casi en el límite de la sala, casi para alargar el brazo y tirar del picaporte, el teléfono suena de nuevo. Ahora ya sé que ese aparato fue inventado para joderme la existencia. Frenar de golpe no me desatora, ni me apura la faringe, tampoco me deja oscilando en un palmo de tiempo definido; solo me desvía hacia donde el aparato chilla. Tardo por lo menos un año y sus respectivas estaciones en llegar hasta él. ¿Quién será ese que se ofusca dentro del aparatillo?

Ya. Es Helen. Una chica que debió interesarme mucho cuando anduve tras sus huesecillos y que ahora es otra más de la lista: simplona, triste. Argüirán los lectores que tal vez aún me siguen, ¿cómo puede este tonto sacar conclusiones tan a la ligera?

Dice que necesita mi ayuda, que anda falta de recursos y que yo soy su única esperanza. ¿Yo, que no la tengo?, sarcasmos de la vida, ¿no? Dice que siente vergüenza molestarme, pero que no cuenta con nadie más, que no vaya a fallarle, por favor. Ella, que me falló muchas veces con el amor a mí; ella que no quiso apuntalar mi esperanza cuando aún no se había derruido. ¿Y de dónde habrá sacado que puedo ayudarle? Mis finanzas no andan bien desde hace mucho. Desde cuando tenía una familia numerosa con un patrimonio respetable, pero luego mi padre

murió, mi madre entró en decadencia y mi hermano mayor y mis tíos se encargaron de dilapidar lo que me correspondía. Apenas pude rescatar este caserón maltrecho y algunos fondos en una cuenta bancaria raquítica que me ha evitado la indigencia. Mi trabajo de profesorcito de secundaria apenas me alcanza para comprar comida.

Helen, entendé, por favor, tu esperanza no tiene esperanzas conmigo. Andate a hacer algo productivo que te ayude a salir del apuro. Vendé tu cuerpo, por ejemplo, eso sí, al mejor postor. O casate con un individuo adinerado, procreáله hijos sanos, mantenelo contento para que se pueda congraciar con vos, yo no...

No le dijo nada de eso, porque me acallan sus sollozos. Si supiera cuántos lagrimones de verdad malgasté junto a su fotografía; en tardes, noches, mañanas, navidades, años nuevos... El teléfono como un frontón que no se doblega. Sigo los sollozos y me olvido de los significados de la voz. El corazón parece que va a congestionárseme, que volverá a funcionar. Debo separarme pronto de esa voz que me arroja puñados de conmiseración. Lo siento —empujo en la línea— a manera de colofón, para que no se despierte mi vanidad, para no sentir que la dejo plantada. Algo se resquebraja en esa línea cuando me quito el tubo de la oreja.

Vuelvo a encontrarme con esa parte incierta del día que me había colgado del teléfono. Estoy de nuevo frente a la computadora. La comida se la han terminado las hormigas, el plato es algo cóncavo, ennegrecido por las hordas de insectos que cargan los sobrantes. Hace ya mucho tiempo que quiero concentrarme en el correo electrónico. El problema es la

sucesión temporal, ese tiempo que arrastra las cosas y me deja al margen de todo. ¿Domingo o viernes? Vaya usted a saber...

Al fijar la vista detenidamente en la computadora, un nuevo elemento se introduce en la vacilación temporal. ¿Será verdaderamente viernes? Porque la fecha del correo dice 11 de julio de 2052. Una comunicación que ha venido transponiéndose a la marcha cronológica del universo. Resulta grotesco aquel número agazapado entre el asunto y la dirección. Es como levantarse de la tumba y tener la oportunidad de echar un vistazo a la situación del mundo; incorporarse para leer una comunicación que nos ha llegado del otro lado de la muerte. Pero no me queda más, tendré que enfrentarme con él tarde o temprano. Le doy un golpe en el rostro a la computadora, con el ratón que me muerde el dedo índice. Algo se empieza a despertar dentro del programa en el que se sostiene el correo, como un paquete que se desenvuelve. Suenan alarmas, se prenden mensajes, parpadean los colores, la luz se enrosca sobre sí misma y salta enloquecida hasta que toda la pantalla parece un mundo de fuegos artificiales. Ya sé, se me ha dado el privilegio de ver el futuro, pero eso no me alegra, al contrario, me pone triste, apesadumbrado. ¿Es la melancolía de un domingo o la nostalgia de un viernes?, ¿quién puede responder claramente a eso?

Veo cómo todo se aquieta después de varios minutos de efervescencia, cómo la misma casa que se había puesto a vibrar al ritmo de la computadora se queda inmóvil, firme. Tal vez haya anochecido porque una banda de oscuridad se introduce por una ventana abierta. Con la oscuridad vienen los sonidos: de carros, de partidos de fútbol callejeros, de cele-

braciones, de miedo, del viento en los ramajes pelados, de algún abejorro atrapado en la telaraña. Ya se me había olvidado que existe una ciudad más allá de los postigos que sostienen esta casa, una ciudad de gamberros que nos espían esperando algún despiste. Puedo sentir cómo la ciudad entera se desliza a través de la pared, cómo abraza la pared. ¡Pero qué va!, olvidémonos de San Pedro Sula, que está del otro lado y que permanece al acecho, mientras aquí, adentro, estamos solos, quietos, descorazonados. Vayamos mejor al correo electrónico, un monstruo de signos ambivalentes que trata de decirnos algo:

Primera persona desaparecida

Mírate ahora viejo, compungido, tristón, solo porque tu infancia no pudo avanzar más allá de los doce años. Se quebró y, con ella, la posibilidad de permanecer siempre en sus fantásticos dominios. ¿Qué no dieras ahora por regresar, asirte de nuevo a esa etapa feliz con todos sus actores reunidos, completa?, ¿actores?, Tal vez solo figuraciones, o lo que sea. Preguntas tan tontas las tuyas, viejo. Actores, aleros, compinches, qué más da. Sí, los que la convirtieron en una infancia de verdad, afable, linda. Compungido, porque ya no la tienes y te duele. Y cuando te envalentonas, viejo, e intentas recuperarla a la fuerza, te das cuenta de que ya no existe o que pervive incompleta, gravemente fragmentada; o felizmente proyectada hacia un lugar adonde no puedes llegar. Pero tú quieres regresar a ella a toda costa o que ella venga, con su gratuidad, al sitio dónde te encuentras ahora, confundido, medroso, solo. Tiras de ella con rabia, tiras, solo para darte cuenta que, adosada a la punta del señuelo que le has

puesto con esperanza, vienen apenas los vestigios, las circunstancias, o sea, la mentira; lo demás no, lo bueno no... ¿Qué hacer con esa pudrición? No sabes qué... Solo echarte a llorar entre las ruinas.

¿Cómo abandonarte ahora a un tiempo tan grato que ya no tiene fijación ni sentido?, sobre todo porque ha perdido la esencia misma, el sostén; porque algunos nombres clave han sido borrados. Sí, los nombres de los que no cupieron en ella, los que en una vuelta de esquina se apagaron, ¡plop!, de repente. Entonces, viejo, quieres tratar de retraer la sonoridad conmovedora que producían esos nombres, juntarlos en un solo haz y repetirlos hasta que se vuelvan concretos, sólidos. Pero el problema es que tu memoria insiste en la intemporalidad, en lo indeterminado, en la abstracción. ¿Qué te queda?, pelear, arrastrarte hacia esa memoria e intentar doblegarla, conminarla a darte un significante, uno solo que te salve. Al fin crees haberlo conseguido, después de tanto batallar en el aire, dirías que se lo arrebataste, aunque esa memoria tuya, terca y blandengue, voltee su contenido elemental hacia otra parte. ¿De quién se trata, entonces?, ¿a quién te ha traído de vuelta? Bueno, bueno, ya empiezas a recordar, menos mal. Pertenece al grupo de los amigos entrañables que desaparecieron muy temprano; un fantasma más entre aquel tropel que formaban los que se quedaron atrás. Pero ya te acordaste, ¿no?, así está bien...

Recuerda, se llamaba Santos y es uno de los que no alcanzó a asirse del futuro. Siempre has querido escribir algo sobre él, pero el problema es que no sabes dónde paró, qué fue de su vida, y las indagaciones que has hecho hasta ahora no alcanzan a decirte nada. Se acabó —te dicen los testigos— en su

lucha contra los elementos. Te gustaría llorar por él, gritar que no es justo, pero tampoco te alcanzan las palabras. Las palabras nunca alcanzan para nada, son un castigo divino, la manera como el gran Dios confundió el lenguaje primitivo de los silencios.

Pero Santos ya no está aquí y eso no lo puedes obviar; aunque él también haya tenido su pequeña historia. Todos la tenemos siempre, el problema es que algunos caminan por ella, construyéndola de pedacitos, pero de pronto... se van quedamos atrás. Y a medida que se alejan hacia algún pasado, se borran o alguien los borra adrede. Ese alguien —que algunos filósofos confunden con el demiurgo, que es quien bosqueja los destinos humanos—, no puede abarcarlo todo. Digamos que está viejo y no se da cuenta de los individuos que se retrasan y que luego ya no son parte de este enconado universo. Ellos son los verdaderos desaparecidos, de los que nunca se vuelve a saber nada. Acuérdate, viejo, de que el mundo está lleno de historias así, acuérdate. Pero volviendo a Santos, aquí te mando una parte de su historia, la que pudo construir después del accidente y antes de precipitarse en la nada.

Santos, aquel muchacho endeble, bonachón y tráfuga (peinado a lo José Luis Rodríguez «El Puma», espejuelos a lo John Lennon, una combinación pasada de moda, por lo demás) estaba hastiado y su memoria no trabajaba bien. Recuerda que un auto lo había sumido en el pavimento una noche en que regresaba a su casa, victorioso con sus cuadernos. Su bicicleta y él haciendo juego con los faroles expectantes de los curiosos. Más allá, una patrulla de la policía que no se decidía a perseguir al atropellador prófugo. En el hospital lo salvaron, aunque no pudieron recomponer del todo su cabeza. Las lagu-

nas en su memoria fueron el primer indicio. Ya no pudo proseguir en el instituto, recuerda, viejo. Dejó de acompañarnos en nuestras incipientes lecturas, la guerra procaz que entablábamos contra las matemáticas. El diversificado era demasiado para su cabecita. Él mismo lo comprendió al quedar varado en aquella trampa de su cerebro y, si pudo volver a trabajar, fue cosa de puro heroísmo. Conseguir un empleo y olvidarse para siempre de los cuadernos, de nosotros sus amigos que trompicábamos todavía con aquellos teoremas inopinados en los que confundíamos operaciones contables con cultura general.

Hizo lo que pudo por mantenerse sobrio, intentar seguir con su pobre vida de operario de maquila, salvando un jornal que apenas le alcanzaba para llevar la casa. Pero el hastío no es cosa de reflexión, ni de penitencia; el hastío es algo que se impone desde la célula rota, vacía, atribulada por la discontinuidad. Terminó sin saber qué hacer, a qué atenerse y se decidió por el camino más expedito. Huir de lo que se va olvidando, de lo que está por olvidarse. Moverse es el mejor antídoto contra la desazón, contra el mal del cuerpo que ya no se reconoce en sus propias particularidades.

Así que un día tomó todo lo innecesario, se despidió de lo íntimo y necesario y enrumbó hacia el norte. Le dio por seguir aquellas miles de huellas de los que siempre nos presiden. Cada caminante deja una huella que el camino atrapa, preserva; sobre todo, si las huellas que quedan son su propio cuerpo muerto, disgregado. Un túmulo en el paisaje que nos impide regresar, derrotados por las contingencias, por los azarosos desencuentros. Fue rumbo al norte, aunque al principio haya que virar hacia el occidente, en aquellos autobuses tétricos

que truenan cada vez que toman una cuesta. Cruzar la región templada, fría, del territorio hondureño que sale a despedirnos en cada encrucijada o precipicio. Sabemos que recaló en Guatemala, que el clima le fue propicio, que se internó en el México de los arrabales, que comió la tortilla caliente y bebió el pulque que da valor. Un territorio de caminos truncados y grandes extensiones de pastizales. Creemos que probó el aire irritante que alborotan los ferrocarriles, las noches solitarias en las azoteas, el frío que corta la frente, el vértigo inconmensurable que provoca la contemplación de las constelaciones en la madrugada triste. El insomnio que produce el trueno y la lluvia desatados, el desaliento que empuja a soltarse, a precipitar el cuerpo en aquellas ruedas dentadas que no tienen corazón. Así erró por aquella inmensidad, consciente de su papel de sombra. Fue pillo y amigo, traidor y samaritano, sonámbulo y aventurero. Se arrimó a los corrales taciturnos donde campea la jineteada y al humilde fuego campesino. Tal vez robó el sustento por desesperación, pero también compartió la tortilla dura con el hambriento que le deparó la suerte. El paisaje desbarató sus pupilas, le cegó la mente; de pronto sus caminos ya no tenían continuación. Pero lo salvaron los amigos que hizo en la travesía, esos hermanos de la desventura que trajinaban con él, hasta que...

Ha llegado a la frontera con Estados Unidos. La frontera es un hueco abierto en el paisaje, con una cascada de inmundicias en medio. Debe decidirse ahora, salvar el río que se desplaza sosegado o internarse en el calor. Tras breves días de mendicidad, obedece a su memoria, que ya no posee recuerdos. Se envalentona y se decide por la arena.

Arizona, Nuevo México, lo ven pasar con su vianda y su poquitín de agua. Mide en el paisaje esos pasos que se traban en la arena movediza. Allí va, guiado por el sol que lo oculta, deslumbrado por la sordera que produce el movimiento del desierto. Luego viene el extravío, aquellas incontables horas en que el agua apremia. La desesperación cunde en el grupo de muchachos, dan vueltas en círculos, se arrastran o saltan inquietos entre las dunas. Huyen del escorpión, la víbora o del gáñido del coyote que se avecina todas las noches. El grupo se reúne, discute, insulta, ya no tienen agua para seguir, para colmo, Santos ha pisado un objeto enterrado en la arena que ha tasajeado su talón. ¿Qué hacer ahora? La pregunta vibra en el ambiente. Pronto la madrugada dejará de serlo, el sol calentará las cosas y la naturaleza o los elementos volverán a atacarlos con todas sus ansias.

Todavía tienen el coraje para caminar un día más. Una manada de muchachos aviesos que se mueven a trompicones, que prestan sus hombros agotados para ayudar al herido a avanzar. Todo coraje. Se han conocido hace poco en el camino y no quieren traicionarse, el sentimiento se ha hundido en sus vísceras, llegarán todos juntos o ninguno. Hasta las doce de ese día mantienen ese acuerdo, pero a la una y media el resplandor les hace delirar. Sienten el sol adentro, en el estómago, una braza que ha penetrado deslizándose por el esófago. Se tienden en la arena a decidir, a ese paso no tienen escapatoria. Cerca de las tres de la tarde encuentran una botella de agua dejada por alguien en un recodo. Lo maldicen y lo bendicen, sin saber qué significa aquello. Pero el agua motiva la rencilla, los dispersa. Dos deciden irse por su lado, los otros tres

se quedan junto al enfermo que ha empezado a tener fiebre. Santos se levanta y se obliga a continuar, pero ahora la arena crepita como si estuviera prendida. Logra mantenerse en pie y andar unas cuantas horas más, hasta las ocho en que el sol aminora. El paisaje se transforma conforme llega la noche; colores incitantes, definitivos. Un horizonte que cambia de lugar conforme se incendia y colorea. Ha pasado lo peor, pero Santos tiene la pierna hinchada y los huesos por dentro ya no lo soportan más. Distinquen un árbol y se recuestan en él. Cuatro figuras anónimas con el cielo entre los ojos o dentro de los ojos, con la respiración ahogada del que se le resecan los pulmones. El cuerpo les duele por dentro, en cada centímetro del tejido. Lo sienten acartonado, como si cargaran con unas fibras endurecidas, filosas, que les hicieran daño al moverlas.

Han empezado a discutir de nuevo. La lengua no tiene movilidad para completar las palabras que se lanzan. Buscan una salida que no comprometa la parte moral, la voluntad. Una hora basta para darse cuenta de que su situación no tiene remedio. Se dirigen hacia Santos, que ha estado dormitando, le hablan en conjunto. Lo sienten, —le dicen— pero es mejor que se quede allí. Irán por ayuda, tienen esperanzas, debe haber un lugar habitado cerca. Será cosa de horas, volverán lo antes posible con ayuda. Sacrifican el resto de sus vituallas, le dejan el último charquito de agua, amontonan guijarros y algunos garrotes para que se defienda. Solo será esta noche, ya lo verá, no lo están abandonando...

Pero Santos ya no les escucha. Ha entrado en esa fase de la infección en la que el cuerpo es inmovilizado por la crepitación interior, en la que la fantasía gana la cabeza. Santos está lejos, convenciéndose de

que el tiempo es una agradable puesta de sol, junto a los helechos de un río cansino, en su pueblo...

Los muchachos prometen. Despiertan a Santos para que permanezca alerta. Aprovecharán la luna, que es lo único bueno que les ha sucedido en todo este trayecto. Santos les sonrío y trata de descifrar por qué la arena brilla tanto, por qué le llena de luz su nariz. Hace unos segundos que sus compañeros se fueron, el ruido de sus pisadas aún es perceptible, pero ya no están sus figuras; también el árbol en que se hallaba recostado ha desaparecido y los cerros que se vislumbraban a los lejos. Frente a él está una noche que ya no lo parece, un cielo que se borronea poco a poco, un horizonte que se esfuma de golpe. Santos está solo en el desierto y ya no volverá a hacerse visible, por más que repitan y repitan su nombre...

La lectura del correo me ha fatigado. Estoy ciego, y miles de deseos se agolpan en un lugar indefinido de mi cuerpo. Quiero comer y hartarme toda el agua del mundo; quiero que Irene, mi novia del colegio, venga resuelta a enfrentarse con mi cadera desnuda. Pero también quiero ir al baño, dormir, hablar, cantar, sentirme vivo. El cuerpo ha soltado todos los anhelos acumulados por años de trabajos infértiles. El deseo más firme que tengo es el de llorar, por eso no me inmuta cuando siento reventar las lágrimas en los ojos. Literalmente, reventar los sacos de piel bajo los ojos y colmarme la cara. El llanto viene aparejado con el sueño. Corro hacia la cama y me dejo caer en ella, cierro los ojos, aprieto los párpados, me hundo en la insensibilidad; pero sé que hay una figura escudada en la sombra que me impedirá dormir.

III

Cuando vuelvo a tener conciencia de la realidad han sucedido en mi zona de influencia muchos acontecimientos que no me han incluido. Por ejemplo, han terminado ya mis lecciones matinales y me preparo para el almuerzo. El instituto donde trabajo es ese cascarón burdo de cemento que se alza frente a la glorieta de tablones sin cepillar donde espero que me sirvan el pollo frito de siempre. Dicto lecciones de gramática y de artes plásticas para llenar un horario. No sé de qué se trata todo eso, pero mantengo contento al capellán (se trata de un colegio católico, reputadísimo) y a sus adláteres. Si pusiera un nombre propio a este sitio aburrido comprometería mi propio sustento y la dirección de este relato.

Es lunes, creo, por la incidencia de las lecciones en mi voluntad y por la parsimonia de los estudiantes. Algunos salen al exterior cargando sus mochilas, pero la mayoría se agazapa en los pasillos o entre los árboles del patio. Agazaparse para proteger la molle-
ra del zinc que deja caer sol líquido.

Pienso que el mundo se construye sin incluirme siempre, que cada vez que cierro los ojos, un gran trecho del universo salta hacia adelante. Por eso tal vez no he terminado las lecciones correspondientes a este lunes de julio sino a un lunes de julio de años pasados. La mayoría de los estudiantes que tuve en las clases de la mañana hace tiempo que maduraron, se casaron, soltaron sus propios hijos y ahora envejecen sin inmutarse. El mundo avanza a zancadas mientras

yo me arrastro por el suelo. Pienso eso, mientras un pichón picotea el césped a varios metros de donde estoy sentado.

No debo cerrar los ojos, no debo dormir, si no, esos saltos en el tiempo van a terminar perdiéndome. De pronto podría recular a tiempos que ya no reconoceré, mañanas en la prehistoria que no van a decirme nada. Y, entonces, estaré solo, tan endiabladamente solo ante la naturaleza, que no me quedará más remedio que ensartarme una flecha envenenada en el pecho.

Entre un parpadeo y otro asoma la comida, pero han agregado frijoles al contenido del plato. No recuerdo haberlos pedido, pero ha pasado tanto tiempo entre la solicitud y la llegada del plato que tal vez lo he olvidado. Reclamar podría ponerme en ridículo, cuando la dueña de la glorieta y la empleada se pongan a gritarme en medio de todos los comensales, aduciendo razones contundentes que seré incapaz de contrarrestar. Es mejor ir apartándolos u obligarme a tragarlos con el refresco.

Todo iba bien en esta mañana hasta que he visto quién se acerca. «Perdón, perdón por entrometerme en reflexiones tan profundas, serias, pero... ¿puedo sentarme aquí?» Sus palabras de presentación son más nocivas que su misma presencia. Es la bibliotecaria del instituto, alguien tan ajena a los libros que no sé cómo ha logrado conseguir ese empleo. He visto cómo los odia, cómo hace esfuerzos sobrehumanos para convivir con ellos; sin embargo, hay que reconocerle algo, siempre trata de que la biblioteca permanezca limpia y en orden. Dice que los libros murmurarán a su espalda, que le hablan al oído cuando está sola con ellos. Lo jodido de todo es que ni siquiera

es bonita, sus ojos saltones arruinan un conjunto que no parece repulsivo, pero cómo quitar de enfrente aquellos ojos que brotan unos centímetros por encima de las órbitas. Su perfume es húmedo, agri dulce, tenue. En su bandeja de comida se mezclan la zana-horia con no sé cuántas legumbres más, además, no bebe refresco sino un agua clara que burbujea como la soda. En fin, que se ha sentado a la par y me ha hecho recular hasta el borde de la banqueta con su trasero inmisericorde.

En el instituto creen que tengo dinero, por eso han empujado a esta damisela boba a que intente echarme el guante. Mi conducta no les parece del todo adecuada a las autoridades: decantada hacia la mariconería —creen, murmuran a mi espalda en los pasillos—, quieren hacerme caer en el plano convencional plantándome una mujer como ella. Pero, por qué no me echan a la maestría de inglés, estaría más a gusto, o a la de actividades prácticas y, ya de perdida, a la de estudios sociales, que camina un poco derrengada, pero tiene unas... como para embadurnarlas de...

¡Ah, ah!, sí, sí... Me trae de regreso la de los ojos saltones, quiere compartir conmigo su zacatera, me habrá visto cara de elefante o de conejo, acaso. Le digo que gracias, de buenas maneras. Está bien así, ya estaba terminando. Pregunta que por qué ya no me cruzo por la biblioteca. De soslayo veo sus dientes matizados de verde, los labios que remedan al conejito. He pasado muy ocupado, últimamente, realizo una investigación lingüística que vendrá a revolucionar la... ¡Qué interesante!, un verdadero profesor, de los que se asesoran bien en sus lecciones. Un día de estos debería enseñarle mi trabajo,

ella también ha participado en investigaciones importantes. Su muslo emite vibraciones en tono mayor; algo pegajoso se pasa de allí a mis células por los pantalones. Al fondo, las caras de los que creen que ya está. Tragan y celebran, eructan de manera celestinesca, incluso la asistente de cocina se ha confabulado con ellos. Me entrega otro vaso con refresco, pero en su manera de alargar la muñeca hay algo nupcial, vehemente, como si creyera que está enfrente de un par de tortolitos que se aman con delicadeza y debiera manejarse con la compostura del caso. ¡Idiota! Tampoco he pedido el refresco, hay alguien que quiere hacerme hartar de veras. Pido a la asistente que se vaya, aquí nadie la necesita.

La bibliotecaria, mientras tanto, se ha puesto a jugar con la manga de mi camisa, me alisa los vellos del antebrazo y aprovecha para rasparme con sus uñas rojas. No es una caricia que desdeñe, pero me estoy poniendo rojo de vergüenza. Creo que se ha empleado a fondo y que está decidida a todo. El pollo se ablanda en mi estómago, suelta sus gases, hay un eructo detenido en medio de la garganta. ¡Con cuánta alegría me hubiera gustado soltarlo!, abrir las fauces de par en par y que emerja corajudo como una verdadera ventolera. Ahora la bibliotecaria me sacude el pelo por detrás. Un movimiento en la base del cráneo que me hace estremecer. Los del fondo la animan con sus gestos, se congratian con su atrevimiento. Pero entonces ocurre algo inesperado, fatal. Mi mano derecha se sacude en un gesto amenazante, boxístico; casi un empujón que hace retroceder el torso de ella, lo obliga a ocupar su puesto. No es algo involuntario ni repulsivo, es que una nueva figura se ha deslizado dentro de la escena idílica. Coincidiendo

do con el final del eructo que se ha reposado en su propio lugar, Andrea ha entrado a la glorieta; sus tres amigas inseparables la flanquean. Dunia, Esperanza, Paty.

Tendré que explicar las razones de Andrea. Está en último año y su cara de novicia rebelde me pone loco; ella azuza esa locura poniéndose coqueta conmigo. Cuando nos encontramos por los pasillos, algo en la normalidad rutinaria del colegio se quebranta. Su mirada propositiva, su arabesca sonrisa, la manera de elevar el busto, todo indica que quiere que la mire. Su forma de decir profesor es casi como una mordidita en el labio. Hemos hablado unas cuantas veces y parece una mujer decidida. Una mocosa que no cree en las diferencias de edades. Pero yo no me fio del todo, hay demasiado sarcasmo, ironía, en la manera como suelta las afirmaciones. Andrea, sus pantorrillas llenan todas las mesas. Pide refresco, me mira de soslayo y se va.

Todo ese jaleo no ha pasado desapercibido para la bibliotecaria, que se muestra agraviada. No intenta nada, pero la manera como muerde la lechuga habla de su humillación. Andrea ha tirado la puerta en un remedo de reproche, las otras chicas se han guiñado los ojos. Parece que nada pasa en esa glorieta sin que afecte al conjunto. El ambiente se caldea y el calor del zinc resuena con un renovado estrépito. El ritual sexual que todos representábamos se relaja dando paso a la hostilidad; desaparece el ámbito idílico para dar cabida a la bravuconería. No sé si la bibliotecaria me dice idiota, tonto, pero la frase brota de toda ella, se materializa, incluso desde la zanahoria que regurgita.

No he querido levantarme de la banqueta, pero lo más saludable es ponerme a salvo. Salir a que el

sol me despelleje, a que el aire caliente de afuera me hornee los pulmones. Procuro no herir más susceptibilidades. Le digo a la bibliotecaria que un día de estos la invito a comer, en otro sitio, que aquí me cohíben tantas miradas. Le doy esperanzas. Ya saben que a las mujeres les basta con eso, palmeo su brazo para que me crea, para no decepcionar a sus congéneres que me miran indiscretas desde el fondo, para que mi retirada no se lleve todo el odio que ronda por allí.

Salgo al césped, a la humedad tibia de los árboles frutales. Me inclino para dar a entender que busco algo, luego miro hacia arriba y sorbo el aire que sueltan las hojas. El cielo no está del todo limpio y huele a caldo recalentado. Me alejo por el sendero de grava que comunica con el portón. El guarda me saludará, mohíno, cuando pase junto a él y, en el otro lado de la calle de terracería, estará la figura anónima de siempre, que se pondrá a perseguirme, nomás me mire salir.

IV

He seguido recibiendo los correos electrónicos misteriosos. Empiezo a pensar que me he traído del otro lado de la realidad al hombre ese de la levita. El último correo es como una súplica, para que me reúna con él, en el Espresso Americano del parque. Ya sé para qué me quiere el tipo éste. La noticia ha vapuleado la conciencia nacional los últimos tres días. Dirá, creo: tenemos ya un elemento importante para iniciar la investigación que te propuse. Seguro, le responderé yo... para tu estúpida investigación en los confines del mundo. No es tan estúpida, replicará él, ¿ya sabes quién ha desaparecido ahora?, Sí, ya lo sé. Es todo un personaje, un industrial importante con un apellido de los de las páginas sociales de los diarios, diré, un hombre de negocios con plata, pero eso no hace especial la investigación. Ya lo creo, enunciará, pero debemos abordar el caso como si se tratara de un alto dignatario. ¿Habría remuneración?, preguntaré, abruptamente. Para ti no, puesto que no intentas nada, argüirá. Pero trato de darle sentido a lo que tú investigas, alegaré. Bueno, bueno, revisemos lo que tenemos hasta ahora, pedirá, sosegándose... Y así, una conversación que podría durar hasta la consumación de los tiempos.

Lo que tenemos hasta el momento, en verdad, para echar adelante el relato, es un loco venido de quién sabe dónde, que se viste con ropas antiguas siempre, un industrial de categoría intermedia, secuestrado por quién putas sabe, y un iluso que se cree

escritor que corre detrás del loco porque piensa que puede componer el mundo. El iluso aprovecha para atiborrarse de las palabras de encantamiento del primero, y de café calentito, cuando surge la ocasión. Porque las palabras también pueden alimentarlos, verdad, sobre todo si tu sueldito de profesor se desvanece antes de llegar al fin del mes y no te deja ni siquiera para comprar libros. Tanto el loco de la levita como el iluso son hombres predecibles, ingenuos, basta escucharlos una sola vez para adivinar todas sus motivaciones posteriores.

En el café del parque metemos miedo con nuestras fachas de alucinados, porque se vacía, una vez que trasponemos la puerta de cristales.

En los correos electrónicos también se menciona el caso de un taxista, cuyo vehículo ha aparecido abandonado sin él. Por lo visto, el hombre de la levita lee con detenimiento los diarios del país. Me cuenta que el caso del taxista es muy particular, diferente a los que vamos a investigar. Al taxista no lo han raptado ni nada parecido, explica; sencillamente, se ha esfumado aprovechando el tumulto y la noche. Le gustaría llevarle un poco de consuelo a la viuda —dice, mientras sonríe con picardía— que espera aún con miles de lágrimas prendidas en la piel de la cara. Entonces ha sido asesinado, preguntaré. No seas tonto, contestará, la mujer es viuda desde el momento en que la abandonan por una amante más joven... tendré que interrumpir, tú que no sabes nada, tratas de explicármelo todo a mí. Sospecharé, en ese momento, que el tipo de la levita, el corbatín raído, la capa, las alpargatas y la cara criminal, no es de este mundo, que se trata de un fantasma que ha quedado varado entre esta dimensión particular

y una fabricada de tercos recuerdos. Ya no volverá, me dirá él, cortando de tajo mi reflexión, el vínculo eran los hijos y estos ya se marcharon a hacer su vida. Un argumento tonto y que, sin embargo, podrá enternecerme.

En el café nos darán los vasitos de cartón, con desdén; aunque la muchachita de pelo muy ensortijado y ojos vivarachos que nos atiende demuestre lo contrario. La plática discurrirá entre las referencias a los innumerables aguaceros que se esperan para estos meses y los taxistas atrevidos que se fugan con otras mujeres. En ese momento sonará mi celular, quién quita que sea yo mismo vinculándome a este futuro potencial del relato. Por el altavoz gritaré en la cara del ingenuo y del loco que se dejen ya de papadas, que se pongan a hacer algo al respecto. Me cansan con sus alegatos intrascendentes. Se reirán o se pondrán serios, según el humor del momento. Dejarán los vasitos en la mesa, tomarán mecánicamente el autobús de regreso, a medio recorrido van a bajarse y correrán como chiquilines para tratar de irrumpir de manera escabrosa en mi casa. En la puerta estaré yo esperándoles, con la misma rabia que había en el celular. Pero el hombre de la levita sabe acallar los arrebatos del más ceñudo. Un puño dirigido hacia mi mentón bastará; más el destello fugaz de la pistola en la cintura. Con él penetrarán en la casa todos los acontecimientos que ha arrasado desde el parque y que conforman la cara aburrida de San Pedro Sula. Ese mundillo de mierda que la gente desecha en las aceras y que siempre se manifiesta en un tiempo futuro. El ambiente de la casa ya no será el mismo. Yo ya no estaré frente a la computadora afanado en leer correos electrónicos

misteriosos; andaré por allí, en algún sitio vulgar en planes de escribir un libro que trate acerca de los episodios más locos de la vida privada del hombre de la levita. Quizá logre toparme con algún argumento interesante y me detenga a enunciarlo con soltura, mientras una mano gigante, por encima de todas las cosas, nos describa a nosotros.

Pero antes de dejar los vasitos en la mesa y tomar el viejo autobús, quedará tiempo para ver a las jovencitas que cruzan joviales la peatonal, con dirección hacia la catedral o el montículo del banco. Más de alguna llamará la atención de mi interlocutor. Si el café le ha hecho efecto puede que me cuente algo bonito. Sus ojos lacrimosos volverán a aquellos días de su primera juventud, cuando París (porque nació allí, me contará) no se había copado de carros y de luces duras y fantasmagóricas. Cuando perseguía mozuelas en los callejones y las amaba intempestivamente en los zaguanes anónimos (porque hubo muchas damas que se morían de amor por él, me asegurará con fatuidad). El París de las azoteas, de los suburbios, donde el amor era algo tan concreto, sabroso, único. Tal vez me confiese sus crímenes, de cómo juntó el odio y el amor en un espacio tan reducido de su alma...

Es inútil que escriba tonterías para postergar su llegada. Avanza a trancos por el vestíbulo, manos en la cintura, mostacho a la vista; la musiquita de la película *Por unos dólares más* cierra su avance apresurado. El tropel de hechos pasados le precede, penetran antes de su sombra y se acomodan entre las paredes. Entonces la casa se esfuma de la vista, ¡puf!, como una burbuja al estallar; en el reverso de la visión aparecen los matorrales inexplorados, el remedo de montaña, la tarde. La ribera de un río casi seco, no en la cola

de San Pedro Sula, entre animales putrefactos y la quebrada con hondonadas, como era de esperarse, sino un sitio entre el puente que cruza el río Bermejo y el Bulevar del Norte, entre la basura. Estamos en la base del cerro y vemos en la misma dirección: un niño, como un gamo, salta corriente abajo. Claro que se trata de un desliz literario, una suposición, puesto que esa breve corrientilla de agua ya no es capaz de arrastrarse hacia ningún lado. Seguimos la azarosa travesía del niño, a veces por la ribera derecha, a veces por encima del terraplén de tierra de la izquierda. Por sus facciones, por el desconcierto de su cara, adivino que es el chico que lleva dos semanas desaparecido. Otra vez los periódicos y los noticieros que nos hartan de todo, nos involucran y luego nos permiten la indiferencia. He visto su rostro y la leyenda en colores colgada de los postes del alumbrado público. Se busca. Se dará buena recompensa. Un número dibujado a todo lo ancho de la página conecta con unos parientes. Su familia no tiene dinero, pero hará todo lo posible para pagar.

Vemos al niño abandonar el canal del río y subir hacia el cerro por un sendero apenas dibujado en el paisaje. Le sangra la nariz, pero no parece afectarle en su respiración. Sigue firme, solo encorvándose para tomar impulso cuando el terreno se empina demasiado. En última instancia, se toma de las ramas de los arbustos para ganar firmeza o cuando, debido a la arenilla que se desliza, pierde pie. La ciudad ha encendido sus faroles, San Pedro Sula murmura debajo. El ruido de miles de autos llega hasta el río, que ha quedado hundido unos metros en el suelo. Estoy cansado. Gimo. En un momento dado me resbalo en la grava suelta. Es una sensación de

inmovilidad, como si el terreno fuera hacia arriba, mientras tú lo ves, horizontalmente, desde el lomo de un libro abierto. Como si esa mano que siempre aparece en lo alto de los árboles fuera la que moviera al mundo.

El chico llega hasta la parte plana del cerro. Parece dubitativo. La ciudad está oculta tras las luces que se elevan entrelazadas desde sus cimientos. Ve las hileras que parpadean y, al costado, la casa enclavada en el cerro, a oscuras. Se acurruca y se levanta, trata de calentar las piernas. Es extraño porque hace un calor del demonio o, tal vez solo trata de enfriarlas, acostumbrarlas al paso que dará. Allá va, rumbo a la casa que se perfila tristísima ante el farallón, en ella desaparecerá, como todo lo que cae en sus dominios. Lo que pasa es que eso no se lo podemos hacer creer a todos, porque para la mayoría se trata de un embuste, el *cliffhanger* que...

De repente, estoy de nuevo junto a la computadora. Amanece y me duele el cuello. El cuarto está en penumbras y, desde la cama, me llega la respiración tranquila de alguien que duerme entre las cobijas. Por el pelo largo y revuelto intuyo que se trata de una mujer. Un pie trunco sale del perímetro del colchón casi a la mitad de la cama. No sé de quién se trata. Ruego a Dios que no sea la bibliotecaria, ni Dulce María, ni nadie del círculo del instituto. Mejor que sea alguien que me guste como Irene o, por qué no, Andrea. Pero si es ella estaré metido en serias dificultades. Es una chiquilla aún y sus padres no me perdonarán que la haya engatusado. Entre más veo el rostro, menos se parece a alguien que conozca. El labio de arriba semi levantado la envejece; pero en realidad son los dientes dispares los que proyectan

esa sensación. Deseo acercarme, palpar su rostro, corroborar su presencia exacta, pero enseguida noto que no hay una cama sino cientos, diseminadas por toda la estancia. No se trata de una repetición sino de una multiplicidad. Estoy ante cientos de momentos distintos, ante múltiples espacios, por eso algunas camas están vacías, otras me contienen y la mayoría contienen a la mujer y a mí, mientras hacemos el amor. Diferentes posturas, distintas aproximaciones, pero en todas, la cara de la mujer es la misma. Como un espejo que reflejara simultáneamente futuro y pasado; como una realidad agujereada, extravagante, que albergara en cada esquina un hecho distinto. Yo no sé, pero intuyo que esa mujer es una prostituta. Pude haberla recogido en cualquier calle de la ciudad, pude haberle propuesto un par de lempiras y traerla hasta aquí, fácilmente. Lo cierto es que me veo feliz, aferrándome a ella, muy contento, jubiloso, como si fuera mi vez primera, o pusiera todo el empeño para amarla de veras. Pasa una innumerable cantidad de segundos, tantos que vuelvo a dormirme en la misma posición. Estoy en el sitio del puente de Bermejo, veo cómo el chico abre la puerta de la vieja casa y entra. Veo una energía que brota de ella, que lo absorbe. La silueta del niño se convierte en luz, en niebla, en polución, en nada...

Después viene el despertador y me saca del adormecimiento. La mujer recoge sus harapos de prisa y se viste. Por la suela cortada de sus zapatos asoman parte de los dedos, tiene el cuerpo ceniciento e hinchado, su respiración es ahora asmática. El grueso tronco de su cuerpo parece un lugar marchito, carcomido. Solo son diferentes sus muslos, cimbreados, humanos, creo que le bastan para sobrevivir en

su profesión. Pasa rozándome, le alargo los lempiras que cobra por sus servicios y se va. Como no soy agradecido, no le ofrezco nada, ni le hablo siquiera, es más, de pie y con la ropa puesta la siento repulsiva. Prácticamente la echo. Estoy desnudo, pero eso no impide que busque el cinturón y la siga hasta la puerta.

V

Otro correo del hombre de la levita me advierte que debemos concentrarnos puntualmente en el caso del industrial. Es el segundo personaje importante desaparecido en lo que va de la semana. Tiene que darme explicaciones precisas para sacarme de mi credulidad, poner entre paréntesis (el hombre de las ferreterías, el del apellido de las páginas sociales que lleva cinco días ya de haberse esfumado. Claro, no podemos seguirle el juego a los periódicos que insisten en convertirlo en una víctima más de la ola delincencial), para entender de qué me habla. Los periódicos hablan de conspiraciones siempre, de la delincuencia y el crimen organizado que ya no se aguantan. Culpan a la policía, al ministro de seguridad, que es un bobalicón, al presupuesto nacional de seguridad, que no ajusta para pagar nuevos agentes. Ah, el industrial, sí, sí. Ya te fijaste en la televisión, sintonizaste la radio, o sigues poniendo atención solamente a lo que pregonan las lenguas quisquillosas. Te distraes con los cantos de sirena de las comadres del vecindario. No hay que perder el hilo conductual del asunto, enfatiza, centrarse en lo esencial. Me cita para el fin de mes, en el lugar de siempre, como si yo pudiera conocer otro.

Fin de mes. No es un momento específico, es el principio de un sinnúmero de meses truncos, volátiles. Algo que rueda siempre y nos muestra su careta doce veces al año. Estaba a punto de ponerme a cavilar seriamente en cosas como esas, el tiempo, la fu-

gacidad de la vida... me iba a poner metafísico, cuando... ¿Pero por qué no me dejan en paz? El chillido del teléfono celular se entromete, como una hebra de alambre puntiagudo, fino, que penetra lascivo en el tímpano, que lo socava. Ya sé a qué se parece ese aparatillo de mierda, a una garrapata de plástico que se adhiere con fuerza a una zona de los genitales a la que no puedes acceder con las uñas. Menos mal, es la bibliotecaria que vuelve al ataque. Su respiración alterada brota del aparato como si de un orgasmo se tratara. Tiene rabia, pero no la quiere demostrar. Su diatriba va dirigida contra la holgazanería de todos los hombres del mundo, de los cuales yo soy un digno representante. Pero para que yo vea su bondad, va a buscar redimirme a través del honor de su propio sacrificio, despertarme el decoro; ese sentimiento desconocido por los humanos que diferencia a los verdaderos hombres de los ruines. No le importa saber cómo soy, cómo me comporto.

Yo que me olvido fácilmente de las formalidades, que no soy consecuente con los compromisos adquiridos. Hay que ser serios, proclama, mientras engulle su propio aliento, tener palabra de hombre, seguir los principios éticos. Sus palabras son como infusiones de sustancias irritantes o formulaciones químicas que me entran al oído interno, escoriándomelo. Continúa, sin dejarme hablar. El perdón es el sentimiento más santo que se nos ha dado a los mortales, va a practicarlo conmigo... ¡Uf, qué perorata! Mejor la interrumpo antes de que me haga llorar. Sigo en la investigación, qué quiere que le diga. Un lo siento, melindroso, para rematar la frase, casi de la misma materia plastificada de que está hecho el teléfono, tan falso como los descuentos del 50% que ofrece

una tienda de... ¡Bah, que me importa a mí!, pero se la cree en seguida. La bibliotecaria aspira profundo y pasa a otro tema. Demasiado dócil para mí, no merece que escuche su ponencia, pero no puedo cerrar del todo mi organismo a su parlamento. Arroja sustantivos a diestra y siniestra y los corona con verbos en infinitivo. Estadio... selección... fútbol... patrioterismo, campeonato mundial... invitar, divertir, resarcir, la rutina, juntos, juntitos, vas a ver cómo la pasamos bien, ¡Por favor!...

¡Ah!, ¿cómo?, ¿desde cuándo?, ¿qué se cree? Me precipito en un estado adverso que respinga desde el fondo, donde se guardan las rebeldías íntimas. ¿Por qué ella habría de decidir mi fin de semana?, ¿qué le pasa ahora a esta mujer? Sigue hablando, enmarañada, acumula razones prácticas, pero hace tiempo que yo me he puesto a pensar en Irene, hace ratos que Andrea me atenaza los sesos. Es mi forma de defenderme, de defender mi intimidad. Lo que sucede es que entre más me escudo, más razonamientos esgrime sobre mi oreja expuesta. La bibliotecaria, ¡qué mujer! Ahora dice que en la vida no todo debe ser trabajo... catarsis, liberación, hedonismo, no sé cuántas tonterías más. No las ha sacado de los libros que cuida, se las prestó la publicidad, son fantoches de la propaganda que mira todos los días en la televisión. No me importa su fútbol porque es alquilado, ni su algarabía pretenciosa, deje a los jugadores patearse en paz y dedíquese a sus quehaceres de mujer.

Otra vez los sarcasmos, las mediatintas, la vida que te atropella cuando te quitas de su camino. La bibliotecaria expone razones superfluas que son imposibles de refutar, hay algo en su discurso que cansa, trillado y, sin embargo... Me escucho decir que está

bien, que saldré a comprar los boletos ahora mismo. En este momento tengo un pie afuera, en la calle, le digo, no cuelga, porque no está segura. Sabe que tiene que rodearme el cuello completamente con su cuerda emocional si quiere atraparme. No debe dejarme posibilidades de escapar. Ahora me cuenta que la biblioteca ha adquirido nuevos volúmenes, que me dé una cruzada, que va a prestármelos por el tiempo que quiera. Es astuta, sabe que es lo único importante de su conversación. No hay problema, un día de éstos paso por allí, ahora déjeme ir por los boletos. Que si ya sé en qué agencia de banco debo adquirirlos, que si ya sé el precio, que si ya sé que se están acabando. Que no me vaya a dejar embaucar por el mercado negro. No hay problema, despreocúpese, tranquila, le contesto. Pasa en seguida a aludir a la situación económica, quiere saber si tengo recursos para invitarla. Claro, claro, claro. Me cansa. Debo ser yo quien tome la iniciativa. A la mierda las buenas costumbres, la llamada se interrumpe con una leve presión de la tecla roja.

Lo que la bibliotecaria ignora es que sus ruegos han calado bien al fondo. Su voz es un pedacito de plomo caliente, lacerante, bien prendidito en un lugar entre el esfínter y el intestino delgado, ni el alma puede llegar hasta allí y extraerlo. Un saquito de purulentas miasmas que me ordenan hacer lo que ella quiere.

No digo que apago la computadora, que me cambio, ni que cierro la casa, todo eso es traumático para mi cerebro. Además, la casa sabe cuidarse sola, esa casa que se sacude cada vez que traspongo sus portales. Desde la calle parece una casa normal, pero posee algo del temperamento de los que la han ha-

bitado. En mi familia ha habido muchos locos y algo de esa demencia permanece impregnando los materiales. A mí me parece tenebrosa cuando la veo desde la esquina, solitaria, entre tanto almacén de verduras. Los edificios de mi infancia han crecido, engordado mucho, han mudado sus paredes; mientras esa casa que papá se negó a vender para convertirla en bodega parece encogerse o doblarse o astillarse. La manzana de mis juegos, de mis recuerdos y travesuras es ahora una zona de carga y descarga de granos. Con los camiones también vino la basura y el hollín de los escapes que lo llena todo.

El propósito aún es firme, a pesar de la nostalgia que me ofrece la mudanza de la calle. Saltar para evitar el repollo o los frijoles secándose al sol, apuntala ese propósito. No voy a usar el transporte público, caminaré al azar, guiado por ese furúnculo de metal que depositó la bibliotecaria en mis intestinos. Porque no es la mente la que empuja a actuar de una manera específica —aunque berreen los psicoanalistas— es el cuerpo, la calamidad que ha alcanzado, la forma como responde ante el estímulo del momento. A mí me impulsa ese prurito que la voz de la bibliotecaria hizo crecer en mi vientre. No es sexual ni volitivo; es físico, material, impuesto desde la célula.

Doblo por una calle cuya pátina de lodo y podredumbre ha eclipsado el asfalto. Cuarenta pasos más allá me espera el chorro desbocado de los carros, pero no llego hasta ellos, tomo un callejón lateral y enfilo hacia la siguiente avenida. Reboto allí por espacio de cinco minutos y luego me dejo atrapar por una calle que es como una banda transportadora. Los carros se mecen en ella y resurgen entre montañas de tierra

y cemento arrancado de la orilla. Suena el motor de una picadora de cemento y las palas de los obreros. La calle está siendo desmontada. El calor se mezcla con los resoplidos de la máquina y llena el ambiente de vapor. La nube de vapor entra directamente a los bronquios. Uno quiere llorar, pero los ojos están tan saturados de partículas que no se permiten la salida de las lágrimas. Cinco metros después, un autobús cierra toda la vía, obligándome a volver sobre mis pasos y meterme en otro callejón.

El callejón conduce hasta un sinfín de tendaderos donde se apilan baratijas. Evado los puestos al aire libre y desemboco en una esquina, en la que el poste del tendido eléctrico parece torcido, luego subo... ¡Basta! Puedo seguir así, describiendo el paisaje hasta el infinito, pero entonces tendría que olvidarme del propósito primario. Así que doy un saltito y echo a correr... En algún momento del día hago fila frente a la fachada minimalista de una sucursal de banco importante. La algarabía allí contrasta con el sol oblicuo que rebota y nos salpica desde los edificios adyacentes. La fila tiene ese color azul de la bandera nacional, uniforme con la pintura del edificio, pero tal vez inadecuado para el júbilo de los parroquianos que se aglomeran en la ventanilla.

La fila se estira hasta el cubo de la basura de la esquina. El color de la bandera se derrite con ese sol que ha atardecido la ciudad. Los motores mueven las carrocerías de los vehículos que pasan, pero también condensan el calor en puntos neurálgicos de la calle. Se lo embarran en las mejillas distendidas de los ocupantes de la fila... pero... no puedo seguir pensando debido a los berridos de los aficionados que ahora se sienten con valor para cagarse en los principios, ha-

bidos y por haber. Todos tienen al país en sus cuerdas vocales, en sus entrañas, todos se atracan de patriotismo. Es algo monstruoso que rezuma desde la misma pila de desperdicios a nuestra espalda. La gente de la fila respira eso abstruso que está en el ambiente, inhala fervor, por eso patea todo lo que se le pone enfrente. Desde el televisor hábilmente colocado en el lobby los azuzan a seguir los himnos y los estribillos.

¿Se puede sentir náuseas desde el espíritu? Lo cierto es que la fila engorda y ya no avanza, le nacen tentáculos y, cerca de la ventanilla, se ha bifurcado en espirales confusas. Nunca vamos a llegar así, pero siempre que alguien protesta, es acallado por el zumbido del televisor.

Más tarde, se aparecen un par de individuos con una cámara filmadora y un micrófono. Hacen chanzas de las respuestas que obtienen de la fila, promocionan el coraje, la abnegación, el estoicismo con que aguardamos bajo el resplandor del sol. No puedo soportar más sus discursos, no puedo seguir tolerando a esos estúpidos, malnacidos de atrás, que me empujan sin disculparse. No aguanto más ese sol que se desprende desde el zinc como si cortara. ¡Basta!, está decidido. El mercado negro se ha impuesto al cosquilleo moral. Abandono la fila y hago el viaje de regreso siguiendo el mismo ritual de la mañana.

VI

Pongamos que el hombre de la levita hace pausas para expresarse, que en cada pausa se rasca los genitales. Como no quiere que las mujeres que cargan las bebidas lo tomen por un marrano, hace como que sopesa la pistola y juega con la culata. La levita le ayuda ocultándole las manos. Ha dejado de pasarme tragos, ahora se apoya en mi hombro y me acerca el mentón grueso, pero no me habla hasta que está seguro de que no le escuchan desde la barra ni las mujeres. Veo su cara etérea, muy redonda y fantástica, como un dibujo tenue, breve, que se concretiza solo cuando mueve los labios para hablar; al quedarse callado es una mancha borroneada, inclasificable en la penumbra del antro.

Tampoco sé cómo he venido a parar aquí de nuevo, pero este lugar me está resultando familiar de tanto aparecerseme; en la cola de San Pedro Sula, de todo lo que parece verosímil. Entre escondrijos de delincuentes y ciénagas apestosas. Una marejada de sensaciones adversas viene hacia mí cuando volteo la cara y dejo de mirar al hombre de la levita; es mi voluntad tal vez que trata de recuperar su independencia, echar mano a aquello que dejó atrás antes de brotar en este momento. Esa correntada de sensaciones no me pertenece solo a mí, está hecha de todas las acciones anteriores, de esos instantes intermedios en los que me he desligado del mundo real y me he sumido en el anonimato. Venir a parar a este lugar fantástico es la consecuencia de no saber

siempre dónde se pisa. Entreveo entonces algo de ese tiempo que va quedando atrás, pero no lo percibo como recuerdos sino como proyecciones futuras. Una realidad variopinta que ya no se parece a la que vivo; multiplicidad de fragmentos conformados por escenas que no tienen relación. Aguzo la vista y sigo una al azar. Por ejemplo, la del estadio. Un redondel de locos, miles de formas obtusas, disgregadas, que saltan o se desgañitan. Un manicomio al aire libre con casetas, cervezas y luces como testigos. La biblioteca y yo estamos allí, atrapados en el revuelo, disueltos en él. Tratamos de sonreír, de acomodarnos a esa caja de resonancia que nos cerca y desbarata la poca lucidez que nos va quedando. Ella me toma de la mano, pero mis dedos huyen cada vez que el griterío estalla por una jugada importante. Comprendo que el equipo nacional va ganando, nuestros jugadores han tenido la puntería necesaria. Comprendo eso puesto que, después, la multitud marcha alegre por el bulevar mientras canta el himno del país a todo pulmón.

No quiero que digan que soy un aguafiestas, el *snob* que se aparta de las celebraciones populares o se coloca en la cola de ellas para burlarse. No quiero que digan que me repugna que me abracen o que me palmeen la espalda aficionados desbocados y anónimos. Huyo de esos círculos que se creen felices solamente porque hemos humillado al visitante. Me alejo a toda prisa de los grupos que se felicitan, de los que se ponen en el radio de acción de las televisoras. Odio el tuntún estridente de los tambores y el maltrato que se hace a la lata de los autos. Así que la fiesta nos deja atrás. Caminamos a la orilla del bulevar, a la sombra de las plantacio-

nes de caña de azúcar, que bailan también y tienen su jolgorio de hojas. ¿Tomados de las manos?, ahora sí, engarzados, como si ya no pudiéramos vivir de otra manera. En el estrépito se vale todo, hasta besos breves que saben a sudor y encanto. La bibliotecaria está asustada. La asusta la pátina de sudor que untaron tantas camisas en su propia camiseta, los oídos que no acaban de recuperar la armonía con el silencio. Había algo distorsionado en su risa, en sus ademanes, como que... luego el paisaje se ha metido dentro del pequeño agujero desde donde observo el pasado; comprendo que hemos sido absorbidos por el presente. En la tregua se han formado todas las sensaciones que ahora tratan de llevarme hacia algún lado. Porque ha habido tregua ¿no?, ese espacio distorsionado del tiempo en que la esfera ha devenido en pura sucesión, el traslape de miles de instantes con sus respectivas circunstancias.

¿Qué dicen los diarios?, me suelta de sopetón el hombre de la levita, arrancándome del ensueño. Se remanga la camisa blanca que lleva por dentro y revisa las botas, luego sacude con una vara el lodo que han recogido en el camino. Yo que putas sé, los diarios nunca me dicen nada que pueda recordar después. El industrial, señala, dejando de rascarse los genitales, no ha sido secuestrado como todos creen, sencillamente ha desaparecido por su propia cuenta... Una de las mujeres se acerca, trae una veladora y una botella que parece contener whisky.

Mi compañero de plástica le paga el favor de alumbrarnos y le indica que más tarde se va a encargar de ella. La alusión al acto sexual me colorea la cara. ¿Qué pasó con la bibliotecaria, después del estadio, del jolgorio? En qué momento... estoy siguiendo una

pista —sacude la mano para que no desvíe yo la atención— he descubierto algo que los teósofos y los nigromantes han pasado siempre por alto. Suspira. El asunto es que siempre habrá alguien más listo que pida rescate por su liberación. Suelta el aire que le sobró del esfuerzo de la larga oración. Otra mujer se acerca, trae una flor roja, muy roja para la poca luz del antro. Mi compañero le dice que se hará cargo de ella mañana, que debe esperar un poco. Le paga. Esas alusiones van a volverme loco. No cree que ya basta de hablar tanto. El industrial no corrió la misma suerte que tu amigo Santos, ¿sabes?, ni que el taxista, ni que el niño, ni que..., suelta las frases con tranquilidad, su caso es menos desesperado. Hay que ir a buscar donde nadie piensa que se puede encontrar algo o donde han buscado demasiado, así es esto. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Ya no quedan más clientes. Las luces del antro se apagan, se hunden en un punto finito por encima de las botellas. Quiero hablar, pero un chorro de fetidez me ha bloqueado la boca, es como si el olor naciera dentro de ella y la llenara hasta rebasarla. No hay espacio para la lengua, para el aire limpio. El hombre de la levita ve cómo me ahogo y sonrío malicioso. Si pudiera abrir la boca para dejar salir todo ese aire viciado, me produciría un gran alivio. De repente, echo a correr, pero luego choco contra un muro. Me desplomo. Estoy en el suelo y veo hacia arriba, el antro tiene una zona claroscuro, inmensa. En ese sitio alguien escribe ayudándose de una veladora. Está desnudo y a su alrededor se enroscan un par de gatos perezosos. Vuelvo a intentar correr, pero los pies zapean en el vacío, horizontalmente, la tracción no encuentra apoyo. Es como tratar de escalar el aire.

En ese momento empiezan a sonar disparos. Gente a caballo asalta el antro desde el camino de la montaña. Polvo y partículas vegetales revientan en todas direcciones. Los pocos clientes tratan de ponerse a salvo, mientras unos caen en la tierra. La humareda que produce el intercambio de disparos se eleva hasta donde el hombre que escribe, haciéndole estornudar. Ya no hay un aquí y ahora, pero es algo que no se puede explicar, el presente se torna ambiguo y no se puede participar ya de él. El ambiente se muda cada vez que veo hacia arriba, ahora es una procesión de gente que carga un ataúd, luego un niño brota de las entrañas de una mujer abierta en el suelo, luego celebran una boda. Unos tipos discuten, una pareja se besa, otros suspiran. Tantas imágenes absurdas que me abruma y me obligan a cerrar los ojos. Me obligo a soñar, a proyectarme hacia el futuro donde nada de esto ocurre. ¿Qué veo? Una mujer avejentada que me ayuda a cruzar una calle llena de coches. ¿Es Andrea, Irene, la bibliotecaria? Podrían ser las tres al mismo tiempo. No sé. En el mismo sueño el mundo es algo mutable, el único que permanece siempre ajeno a todo es el individuo que ocupa esa zona claroscuro, que con su bolígrafo se impone al mundo.

VII

La clase es una semblanza del aburrimiento. Veinte alumnos que se amontonan frente a una pizarra tachonada de rasgaduras y pronombres. Me miro repitiéndoselos, calculando la cantidad de titubeos que tienen para seguir las lecturas de los pronombres. No les cabe todavía en la cabeza que una palabra de esas, que una categoría gramatical absurda, sea capaz de sustituir a su propia denominación. Les tengo paciencia la verdad, aunque algunos de ellos me respondan ofendidos, parcos, cuando les conmino a seguir el dictado. Dos o tres ya no me ponen atención, están recostados sobre los brazos del pupitre, jugando con el bolígrafo; otro copia con desgano sin mirar al pizarrón. No tengo ánimo para amonestarlos, siento que ninguno de ellos está presente de verdad, son figuraciones de mi propio desvarío. Es un martes cualquiera de agosto, de esas semanas abúlicas que han suprimido de su nómina, por desgano, los lunes. Entre más trato de explicar menos entienden, menos ponen atención. Por mi parte, el cuerpo me pesa demasiado, el cuello se me dobla y tengo las manos engarrotadas de sostener el marcador con el que escribo. Todo eso proviene del hecho de que no he podido dormir lo suficiente; siento que atravieso un tiempo caótico en el que me debato entre la alucinación y el vértigo. Las consecuencias son nefastas para la vista, los músculos, las lecciones. Cuando volteo para un lugar que no es el pizarrón, se forman dentro de mis pupilas unas rayas rojas, movibles. No

me impiden ver el conjunto, pero me distorsionan la posición de los objetos pequeños; siempre tengo la vista desenfocada. A propósito de eso, sé que los alumnos ya me han puesto un apodo, pero como lo considero divertido, cabal, no me quejo.

Ya no puedo distinguir entre una etapa precedente y una ulterior, todo se mezcla en el mismo momento en que sucede. Y yo voy dando tumbos entre los hechos, sin saber siquiera cual ha sido primero y a qué organización mental debo responder. Además, está esa sensación de que solo estoy aquí para culminar lo que otros comienzan antes y dejan inconcluso. O lo que otros dejan incompleto para que mi existencia tenga sentido, caiga hacia algún lugar. No sé cuál es el momento que ha precedido a éste. Estoy en él, pero no comprendo si lo que hago es recordar algo que sucedió o solo deseando que ocurra más adelante. Sé que en algún momento estuve con el hombre de la levita raída, que me dio instrucciones precisas para que lea los periódicos y que le transmita después mis propias impresiones de las noticias. Sé que está muy interesado en el caso del industrial y que quiere llegar hasta el fondo del asunto, a las últimas consecuencias.

Mis monosílabos no le han parecido adecuados. Me recrimina la pereza, el hecho de que mi vida no tenga un asidero. Esos saltos en el tiempo que no me conducen a nada. También yo le he recriminado algo. Por ejemplo, por qué él mismo no se comporta como una persona normal, de verdad, por qué siempre que se aparece la realidad se distorsiona. Lo he visto claramente, se traslapa, enloquece, nomás él entromete su nariz. No entendí sus respuestas, ni el entusiasmo con el que trataba de hacerse enten-

der, pero sé que señalaba hacia arriba, hacia aquella imagen patética que escribe por encima de nuestras cabezas. Por cierto, he notado también que toda imagen maravillosa se desvanece cuando me separo de él, cuando dejo de pensar en su existencia como una posibilidad latente. Si ahorita levantara la cabeza, vería el techo agrietado, las telarañas que se adhieren a los travesaños que sostienen la escayola del cielo raso y ese sol fiero que hunde el zinc.

Vuelvo a los pronombres para que los muchachos no se distraigan. Hablo yo, hay un interlocutor que me escucha y hablamos de alguien que no está visible o que solo existe en la conversación. El hombre de la levita me decía que la policía, aquí y en todas partes, siempre sigue pistas falsas. Las pruebas siempre conducen a lugares equivocados porque la certeza es inaudita, porque... allí se termina su oración y mi recuerdo. Si es recuerdo. Más allá hay una explicación irracional que no viene al caso. Se ha confesado conmigo, piensa que la realidad tiene rincones, puertas falsas, dobleces y que es factible perderse en esos dobleces, que caemos en ellos por desconfianza, porque andamos buscando certidumbre, la concreción, la exactitud. Cree que en el universo se esconden más cosas que las que somos capaces de ver. Me contó que en el pasado perteneció a una sociedad clandestina que aglutinaba a los más famosos y malvados criminales de la tierra; en su tiempo de mozo se involucró con asesinos y fue copartícipe de los actos más atroces y descabellados que puedan imaginarse. Me puso ejemplos sonados que ya no recuerdo, aludió a historias inhumanas que se me olvidaron en el momento en que me las refería. Todavía existe esa organización, aunque él se haya pasado al bando de

los buenos. Están diseminados por todo el mundo, pero aprendieron a actuar en el anonimato, porque es la única forma en que se puede ablandar a una humanidad como ésta.

Sabemos que la familia del industrial contrató a un detective. Un hombre que titubea entre el desgano y la ansiedad. Ha empezado por sembrar la desconfianza dentro de la misma empresa de la que el industrial era propietario. Se ha metido con los empleados que formaban el círculo íntimo y con todos los que podrían haber tenido alguna relación con él, a tal punto que ahora todos le odian. Nosotros vamos adelante de él —me afirmó el hombre de la levita, sonriendo— porque no nos hemos detenido en detalles superfluos. Nosotros sabemos que hay otras motivaciones por lo que un hombre puede desaparecer; pero no acabó de explicarme nada.

Un chico listo de la clase me pide un ejemplo de pronombre reflexivo. Se lo doy como lo presenta el texto escolar, sin detenerme a meditar en lo vano que eso resulta. ¿Reflexivo? El chico refunfuña y se levanta, pide permiso para ir al baño. Se lo niego rotundamente, es más, lo encaro con enfado para que vuelva a su puesto, que no ve que la clase ya va a terminar. Es una cólera repentina, no de este momento, del momento en que el hombre de la levita me restriega en la cara mis dislates, la inconstancia. Según él, soy incapaz de reflexionar acerca de algo serio, porque nunca me detengo, porque mi existencia es un discurrir hacia ninguna parte. No le sirvo, pero va a tenerme paciencia. El dualismo de la escena es lo que me saca de juicio. Todo mundo cree estar en lo correcto mientras me recriminan mi falta de acción. Es estúpido pensar que me he embarcado en una aventura que no tiene

lugar en ningún sitio, que no posee personajes reales, con protagonistas que se cruzan como si fueran sombras. Pero es más estúpido tratar de explicar eso, darle un sentido objetivo.

Los chicos cambian de cuadernos ahora, se pasan o se tiran hojas sueltas, apilotadas. Han adivinado la cólera y tratan de exasperarme. Como no quiero caer en su jueguito, copio un párrafo en el pizarrón y les exijo que sustituyan los sustantivos que están en juego por los respectivos pronombres, que se den prisa, porque habrá puntos de por medio. Hay un interludio entre las oraciones, cada vez que pongo punto y seguido miro hacia atrás, no veo a los estudiantes sino una película falsa que se concretiza entre ellos y el fondo de la pieza. Yo no soy el protagonista de esa película; la bibliotecaria se ha encumbrado en medio de ella, me tiene sujeto de las manos, me arrastra a través de un sinfín de pasadizos oscuros hacia una iglesia. Me pone a salvo de unas mariposas gigantes que sobrevuelan atrás de mí. Feroces y hermosas. Al fijarme de nuevo en el pizarrón todo se esfuma. Estoy despierto y dormido a la vez, estoy aquí y en otro lugar. Mi vida absurda y su simultaneidad, su escisión. La existencia que se segmenta en ínfimos detalles para demostrar su verosimilitud.

Sin embargo, de presto, la bibliotecaria se asoma a la puerta. La entreabre y me guiña uno de sus ojos saltones. Su frente, como una joroba del cráneo, es la que preside la entrada. Todo su cuerpo rollizo cubre la entrada y me deja sin luz, sin aire. Los chicos se inquietan porque luce una falda corta, pegadita; es muy raro que haya cambiado de vestimenta de la noche a la mañana. Además, sus brazos largos se extienden hacia mí. ¿Estará invitándome a que la abraze, a

fundirme con ella? En el final de los dedos sostiene un libro que me alarga. La pasta es de lo más simple, con un título que da decepción. Lo tomo y me cuido de leer el nombre del autor. Va a gustarte, es divertido, dice, coqueteando; la lengua es una cosa ávida dentro de la boca. El autor es un hondureño de cepa. Pasó hace poco por la biblioteca y lo ha donado, asegura, mientras acerca mucho su lengua a mi oído. ¿Qué le hace suponer que tengo ánimos para leer semejante esperpento? Conozco al autor porque me lo he encontrado en algunas veladasseudolite-rarias en las que me han obligado a participar. Estoy al corriente de sus mañas, sé de sus técnicas de mercadear su mediocridad, no voy a caer en su trampa ahora ni a consumir su estupidez. Así que me hago el tonto, sonrío y vuelvo al ejercicio del pizarrón.

Lo que el hombre de la levita ha averiguado del industrial es que tenía otra vida en las afueras de su matrimonio. Era un hombre devoto de su familia mientras pisaba terreno moral, pero luego le gustaba salir con chicas de contrato, pagadas por anticipado. Realizaba excursiones furtivas, cada tanto, hacia los moteles de Puerto Cortés, donde se deshacía de su devoción. Su probidad estaba a buen recaudo cuando salía en los diarios promoviendo la construcción de aulas escolares y otros modelos de filantropía. El hombre de la levita dice que me fije en las últimas fotografías en las que sale, parece ausente, sin contornos, pura silueta, como si ya hubiera comenzado el proceso de irse borrando, su desintegración. El hombre de la levita miente, tengo por casualidad una de esas fotografías en mi escritorio y yo lo veo más vivo que nunca, con un aire ufano que supo imprimirse en el receptáculo de papel. Lo

que pasa es que el industrial había adelgazado mucho en estos meses, tal vez porque le diagnosticaron diabetes o, porque, como argumentaran las malas lenguas, había adquirido el sida.

La bibliotecaria y los estudiantes se esfuman en un segundo. Me quedo solo con el colgajo de pronombres. Pruebo la intangibilidad del lenguaje, eso que nunca es capaz de decir nada por más que se acumulen significantes. El lenguaje que deja solo a un hombre con sus circunstancias, que le estaquea en la pared, como si de algo vil y sin importancia se tratase.

VIII

Ya en casa, yo también me paso al bando de los buenos, de los que defienden la sociedad de la que son garantes. El industrial era un hombre de bien... claro que sí, comulgaba todos los domingos y ayudaba, con sus recursos, a que se multiplicaran las acciones piadosas de la iglesia; repartía dádivas entre los pobres, y sus empresas prosperaban por obra del..., su «Dios de pacto» no le fallaba...

El teléfono empezará a sonar ahora mismo, lo descuelgo antes de que el primer «ring ring» me saque de quicio. Entiendo, sin atenerme a los sonidos, casi intuitivamente, que se trata de Helen. Mujer obstinada ésta, cuándo se va a dar por vencida. Me llama desde un lugar no especificado, desde el escondrijo en que se ha metido, para rogarme, ¡por el amor de Dios!, que busque la manera de conseguirle algún dinero. Es cuestión de vida o muerte, alega, sollozando. Me buscan los malos, grita, con desenfado, y si me encuentran, no van a tener compasión de mí. Cuando le pregunto qué fue lo que hizo para que la hayan sitiado de esa manera, se echa a llorar. Pero la línea no trae hasta aquí sus gimoteos, la línea trampea con esas expiraciones que vacían del todo sus pulmones. En los agujerillos del tubo, la voz es natural, combativa, mediana. No sabes por lo que estoy pasando, llevo meses en este infierno. No me dejan respirar y yo estoy que reviento. ¿Cómo cree que puedo ayudarle? Si mi infierno es más tenebroso y amplio que el suyo. No se lo digo, pero me echo en la cama y me pongo

a revisar las bandas de masilla reseca que conforman el cielo falso. La casa parece vibrar con la línea del teléfono que trae hasta ella tantas voces y sufrimientos. La casa se transforma en algo parecido a una cara enorme que solloza. Helen asegura que va a pagarme, que confíe en ella, solo espera salir de apuros para ponerse a trabajar.

El industrial tiene un apellido que suena a soberbia granujada cuando uno lo sopesa con el de otros empresarios conocidos. Pero no se puede meter adentro de la línea del teléfono, porque obstruye el flujo denso de los sonidos, que se movilizan a borbotones y que se resquebrajan con los dobleces del hilo conductor. Por torpeza, por distracción, le propongo a Helen que me repita ese apellido, que lo lance desde su posición. Se exaspera, cómo le cambio la conversación, no veo el peligro en que se encuentra, soy tan inhumano. Creo que ha acertado, por fin. No tengo conciencia de hombre, me parezco más a las bestias, a los gatos podría ser; a ratos me da por corretear a los roedores que merodean por la cocina. «*Miau, miau*» hago. Involuntariamente también ronroneo. Helen le mienta la madre a mi insensibilidad, infla las palabras soeces con el aire que le deja la cólera, vacía todo su rencor. Pero la línea sigue defendiéndome, nada de su patanería se cruza hasta aquí.

En este instante preciso la computadora me avisa de la llegada de otro correo electrónico. Volteo para percatarme de la urgencia con que guiña en el centro mismo de la pantalla. Tiene las mismas marcas de los otros y el Hombre de la levita se impone como el verdadero remitente, no hay duda. De repente, la casa huele a toda la podredumbre que el hombre ese anda cargando por delante. Bueno, bueno, Helen,

tranquila. Voy a ver qué puedo hacer, no te prometo nada, pero déjame ver cómo me responden las autoridades del instituto; un prestamito no me caería mal. Llámame el viernes próximo. Pero si hace poco fue viernes. Cuánto mejor. No me gustan tus bromas. A mí tampoco, pero me las aguanto, ya ves. Antes de colgar vuelve a acordarse de mi mamá, de su reputación; incluso suelta una amenaza despiadada que no alcanza a penetrar en mi oído. La huelo venir por el hilo, saltar los recovecos, pero siento luego cómo se resquebraja en alguna esquina donde la línea se retuerce por efecto de la diferencia de altitud entre los postes.

El correo me hala, está magnetizado. Es como si quisiera arrastrarme dentro de él. No voy a abrirlo, sino que me preparo antes un buen bocado de jamón. El jamón cae bien por las tardes, si no lo dejas quemarse, claro; si puedes volcarlo en el aceite sin que chispee y se arrugue.

En el refrigerador otras sustancias han seguido pudriéndose, huele a jugo rancio de tomate, a pasta seca, a cebolla fermentada. Hurgo cada rincón hasta dar con lo que busco, tres o dos rodajas de jamón de hace años, blancuzcas, tensas, congeladas. Todas pueden ser digeribles si no te pones muy remilgoso. Extraigo también un buen trozo de queso seco y de esas tortillas tostadas que vienen en paquetes económicos. Mientras camino hacia la estufa, todo se mezcla ya en el fuego; todo pasa de un instante intermedio al calor de la fritanga. La casa adquiere vivacidad con la cocción de mi futuro proyecto. Yo voy hacia ese futuro mientras el futuro ya se ha formado unos pasos adelante. Por eso no tengo que poner el gas, ni vaciar todo el mejunje en una fridera de latón

astillado, ni revolver con el cucharón. Todo ya está preparado en la mesa cuando me desplazo hacia ella. Y, al mismo tiempo, otro futuro, con minutos de adelanto, se conforma frente a la computadora. Yo, que he terminado de comer ya, que abro el correo y sobo la pancita de la computadora de una manera lasciva. Unas marcas en las líneas azuladas, burdas, me impulsan a encorvarme, a entrar en la lectura como si de una penitencia se tratara:

Segunda persona desaparecida

La periodista, ¿estuviste enamorado de ella, verdad? No caminó sola hacia el futuro, fue ese mismo futuro el que se atrasó para encontrársela. Ella solo se fundió con él, sin remisión, a la hora llegada. Era muy atractiva, linda, y tenía una vida vivaracha, social, que le ajustaba para ir tirando hacia todas partes con holgura. Aquí y allá, divertirse, pues. Pero luego le dio por hurgar en ese mundillo subterráneo donde todo es inatrapable, sucio, pérfido. La periodista comía ansias, se hartaba de sus buenos dividendos. Sus reportajes llenaban de curiosos ávidos los espacios sensacionalistas del periódico para el que trabajaba; pero a ella, sin que se sepa por qué, le iban sobrando enemigos. Tal vez porque las pústulas administrativas del gobierno municipal de la ciudad no la deseaban en sus cercanías. Así era, la desairaban, a ella que desmenuzaba casos insólitos, de corrupción, privativos, ante la perplejidad de la audiencia nacional. ¡Quién iba a quererla con un talante así!, ¿quién deseaba granjearse un confidente mordaz como ella? Después se metió con asociaciones delictivas de gran envergadura, ya ves,

estaba escalando el peligro, pisaba terreno minado. Pero estaba ebria, hipnotizada por el poder atrayente que poseen las sombras.

Una noche alguien dejó una nota amenazante en el portón de su casa. Estaba avisada y cerrar la boca no cuesta nada, aunque en su caso era atrancar las páginas de un periódico que ganaba audiencia por las maniobras oscuras de su lápiz. Luego vino el auto sigiloso que la seguía, los disparos al aire a medianoche, enfrente de su casa, y otros anónimos que intensificaban las amenazas. Le quedó tiempo para cavilar sobre el asunto, decidirse. Entrar, por ejemplo, en esa enfermedad pasmosa, decadente, que le evita presentarse al trabajo; la excusa para desaparecer bajo la almohada. Pero el diario donde trabajaba no iba a permitirse semejante disparidad en las ventas, ella era la garantía. Prometieron, volvieron a prometer, se rebajaron, insistieron, amenazaron en serio; no la habían lanzado al estrellato ellos mismos, pues. Ya iba a ver cómo no pasaba nada. ¡Babosadas de gente sin ocupación! Pero ella se mantuvo incólume, su organismo ya no respondía como antes, se estaban desarrollando muchas fobias allí adentro. Para rematar, un derrame facial aniquiló su cara bonita, una noche de nervios. No le quedó de otra, retirarse, desistir, esconderse. Y así lo hizo. Se los hizo saber en una carta plena, fantástica, cuya letra oscilante se desbordaba por el exceso de miedo. Se retiró a rumiar su reciente pasado de gloria, a salvaguardar la existencia.

Pero ni uno ni otro bando le creyeron nada. Los del periódico la atacaron abiertamente, era una aprovechada, no había sido fiel a sus principios; no bastaba con denigrar su persona, su reputación, había que acabarla, para que no tuviera oportunidad en otro medio. Del lado de los malos siguieron con

las persecuciones y de vez en cuando se permitían tirotear su barrio, vociferar insultos en su portón. Ella miraba pasar los acontecimientos con abulia. Perdió el interés por todo y concluyó que era mejor quitarse de en medio de una vez por todas. Había que buscar una manera no dolorosa pero concluyente.

Saltar a otro país, meterse en un villorrio olvidado, cambiar de identidad, fingir su muerte, tantos pensamientos que se cruzaron por su cabecita. Había que moverse rápido antes de que la despedazaran.

La víspera de su desaparición retiró algún dinero del banco, compró víveres y se comportó de manera cariñosa y regalada con su esposo (algo que nunca había hecho); hasta llamó a sus padres, los felicitó por haber hecho de sus vidas un santuario, arrulló a su hijito... A éste fue el único que le dijo que se marchaba, pero con tres años todavía no se entienden algunos significados. No lloró, su hijo debería recordar una madre lobuna, valiente, no una ducha de lágrimas. Le mostró la cara con la que quería ser recordada. Salió furtivamente de su casa a las tres de la mañana, se metió en las calles en sombras y caminó sin rumbo durante una hora o dos. Hay indicios de que estuvo con un muchacho en una esquina abstrusa de la siete calle. Luego tomó un taxi y se dirigió hacia un punto de buses que nadie alcanza a adivinar. (Tegucigalpa es la ruta que pesa más, o La Ceiba, de donde provenían sus antepasados) Compró pasaje para las seis y se sentó en una lúgubre silla de plástico a esperar la salida del autobús. Como que quince minutos antes de la salida se levantó y fue hacia el sanitario. Intentó acicalarse la cara con los polvos, pero en el espejo ya no se reflejaba y, su sorpresa fue mayor, cuando se dio cuenta de que el grifo estaba abierto y que el agua pasaba

a través de sus manos como si nada. Gritó, solicitó ayuda, pero entonces, las palabras se le congelaron en la garganta. No había remedio. Las paredes, las cosas a su alrededor, iban desapareciendo, el mundo cambió y...

Yo mismo paro de leer antes de que el resto del texto me decepcione. «¿A dónde han ido los desaparecidos?», inquiere una pancarta colgada de las verjas de la catedral, en pleno centro de San Pedro Sula. Quién va a saberlo, si el mismo mundo tira hacia la aniquilación siempre, si la realidad es retazos de memoria loca que se vacía en la pura mentira. Si todos dejáramos de pensar al mismo tiempo el universo se esfumaría frente a nuestras narices, en un santiamén.

Ha anochecido. Las sombras se han metido dentro de la casa y la han ensanchado, una casa cóncava que puede estallar en cualquier instante. La ventana del lado izquierdo comunica con San Pedro Sula y sus murmullos. Los ruidos parecen haberse amortiguado con el peso de las sombras, entran en ráfagas suaves perforando el ambiente caldeado después de acumularse en un reducto cuyo límite es el mueble de la computadora. Como no tengo sueño, tomo un libro cualquiera y lo hojeo, pero una vibración en las células cerebrales me impide concentrarme en él. Es como un cosquilleo de la sangre, el incesante empuje de una materia viva que discurre entre pasadizos tortuosos y muertos. La cabeza también está llena de sombras, de crepúsculos nebulosos, de perfiles. La cabeza se conecta con la casa sin necesidad de acudir a la conciencia del ser ajeno que se debate en sus dominios; dos antípodas que se esfuerzan por asimilarse y viajar en la misma dirección, desplazarse hacia ese

espacio deshabitado que se ensancha con la corrida del universo cada segundo.

Caigo en el letargo, en la somnolencia. Aún en este estado puedo verme cruzar la sala y chocar con la pared, regresarme, enrumbar hasta el cuarto y volver a topar con la pared contraria; abrirme camino hacia la puerta y embutir la cabeza en la madera seca del marco. Me llevo de frente una mesa, cargo contra los muebles de la salita, atropello la cama. Pasos erráticos, giros de noventa grados, adelante o reversa, para terminar de golpe en la misma esquina, con las mismas consecuencias. Como camino encorvado, la cabeza es la que se da contra los obstáculos. Mientras tanto, no me he movido de enfrente de la computadora, tampoco me he escindido ni ha cambiado la perspectiva, es algo que ocurre en instantes diferentes, en espacios que se abren a miles de etapas singulares y simultáneas. Aunque yo no me he movido de mi lugar, los otros elementos de la realidad han fluctuado, trocándose en fragmentos dispersos que emulan la multiplicidad y el desorden.

Más tarde voy a quedarme dormido. Correré dentro de ese sueño en el cual ocurren los hechos infantiles que la mente desea conservar. Tal vez aparezca la bibliotecaria, haremos el amor sin mirarnos las caras, seremos un poco felices, estaremos agradecidos uno del otro. La trataré con toda la deferencia posible, le diré frases amorosas, castas, le juraré amor para siempre. Haremos un pacto familiar, afrontaremos el futuro con esperanzas, tendremos hijos... y, cuando amanezca, procuraré olvidar todas esas alianzas y las debilidades que me llevaron a concertarlas.

IX

Me encuentro de nuevo con el hombre de la levita en un lugar de comidas del centro. El estropicio nos mantiene alerta, malhumorados. Pasan autos que hacen explotar el aire caliente de la calle en el intersticio de la puerta. Por suerte, el aire acondicionado de adentro nos refresca un poco. La puerta de cristales truena con las embestidas del tráfico. San Pedro Sula es una caldera de vapor tibio con un aura de nubes bajas formadas por el mismo vapor que escapa hacia arriba. El lugar donde nos reunimos está ubicado en la esquina de la Quinta Avenida y la Cuarta Calle, disimulado por las chapas de un gigantesco rótulo de repuestos para vehículos pesados. En el otro lado de la avenida hay hombres arreglando el asfalto, con carretillas de mano y picos de hierro empotrados en los mangos. Este lugar puede corresponder a una dirección verdadera, fiable, pero podría trasladarse a miles de sitios distintos, solo por disposición del hombre de la levita. El mismo pertenece ya a otro sitio, si no, sus ropas asquerosas habrían provocado la desbandada de la clientela. Pedimos pollo y refresco, solo para que nos dejen hablar en paz. Mordemos las viandas con desgano mientras nos echamos miradas acusativas. No hay confianza todavía, algo dentro de mí lo repele. Pero el hombre de la levita trata de parecer amistoso, sigue el itinerario de mis ojos para tener de qué hablar. Cuando me quedo viendo los cristales de la puerta habla de las maravillas que se pueden hacer con el vidrio soplado, desde espejos de

finos acabados hasta copas relucientes. Cuando veo a una muchacha guapa que entra en el local se pone a describir sus atributos, se fija en detalles que pasarían desapercibidos para la mayoría, como la forma aplastada de los calcañales o la curva ascendente de las uñas de los pies. Total, que se ocupa de cada minucia para evitar que yo piense razonablemente. Aun así, hay un resquicio de tiempo que no llenan sus palabras y por ese resquicio respiro y sigo contando lo que sucede en derredor. Lo que pasa con él es que sus palabras son la refundición de dos idiomas irreconciliables, pienso yo, sin conocer mucho de eso, que al mezclarse en los fonemas a medio articular se convierten en gañidos de animales, en toscos ruidos. No pasa mucho tiempo para que la clientela se fije en eso. Los de la mesa más cercana son los primeros en ponerse a musitar.

Cuando el hombre de la levita se da cuenta de ello se pone serio. Cambia de entonación y de tema, me interpela directamente, que qué averiguaciones he hecho por mi cuenta. Lamento decirle que me la he pasado encharcado, revolcándome en un tiempo que no va hacia ningún lado, dando vueltas en lo mismo de siempre o fuera de contexto. La regañina no se hace esperar, ¿Que por qué no me compenetro con lo importante?, no me doy cuenta de la gravedad del asunto. El industrial podría ser la clave para desenmarañar toda esa porquería de los desaparecidos... Le interrumpo para indicarle que no tiene derecho, que yo no le he prometido ayudarlo en nada, que si piensa que tengo sus mismas ocupaciones, que recuerde que soy un individuo ocupado... Pone su dedo asqueroso en sus labios y casi me grita que me calle, no estoy para poner condiciones, que me está hacien-

do un favor, que si no he entendido el propósito de esta investigación. ¡Mi propia salvación depende de lo que averigüemos, muchacho de mierda!, con énfasis. No sé si me pongo helado o es que movieron los controles del aire acondicionado. Se pone en pie, alarga sus mostachos y me sujeta para que la amenaza sea más patente.

Me arrastra del cuello de la camisa hacia la calle. Me pone de patitas en la acera. Que mire bien lo que nos rodea, señala, con su dedo grueso y mugriento, que diga si eso que tengo enfrente puede ser llamado realidad. No estoy aprendiendo la lección, eso existe porque yo quiero que exista, porque me siento seguro sabiendo que hay algo en qué apoyarse, porque... Pero ocurre uno de esos milagros que uno menos espera en un mediodía soleado, aparece un agente de la Policía. Se dirige directamente hacia nosotros. Pregunta qué pasa, muchachos, si hay algún problema. No sé por qué se toca el vientre y se arregla la raya de los pantalones. Nada, señor agente, estábamos tomando aire, ya nos íbamos. Mi amigo de la levita estaba acomodándose el cuello de la camisa que se me había arrugado, me alisaba la camisa, pues... Nos mira y se para en el bordillo de la misma manera que nosotros. Es pequeño y blando, bastaría un revés al hígado para reducirlo, o un golpe en la nuca que diera con sus huesos en el asfalto. Mientras pensaba eso, la gente que estaba dentro del local de comidas ha salido, esperaban ver una pelea de gratis y se han topado con que la Policía ha llegado antes. El agente casi se ha abrazado a mí, tal vez siente que debe protegerme de un gran peligro, que el hombre de la levita es de esos magos del mal que se apoderan de las almas débiles.

La escena sigue en suspenso. Tres hombres en el bordillo de la acera, con un público que se impacienta a sus espaldas y un chorro de autos que ronronean adelante. ¡Qué patético! Y llenando cada centímetro de realidad, ese sol de la una de la tarde que nos espolvorea de amarillo. En un momento dado, todo parece concentrarse en un solo punto, reducirse, pues; los revuelos elásticos de la ciudad se recogen sobre sí mismos. Una fuerza que tira de las puntas hacia el centro que nosotros tres tenemos en perspectiva. Se siente el encogimiento de las células, cómo un cuerpo entra en los otros, cómo el espacio se achica y penetra en una diminuta esfera de sol. La reducción disloca las perspectivas. Los ojos son más grandes que el mismo cuerpo que los contiene; el cuerpo es una espora, una mota de materia palpitante con unos ojos enormes. En la perspectiva ya no hay varios individuos, solo una masa caótica que emite calor y que atrae a todos los demás objetos hacia adentro. La presión es tal que la cabeza parece ir a reventar y esparcir su contenido de grasa en la acera. Entonces la realidad se vuelve espumeante, refractiva y comienza a difuminarse. Primero los sitios donde la luz se concentra, luego las sombras producidas por los edificios, por las personas y, después... Pero un grito disuelve el fenómeno en el que íbamos a caer, nos trae de regreso a... El policía se tapa los oídos y los comensales que habían salido a vernos pelear retroceden o se escudan en la puerta de cristales. Por un instante los autos frenan abruptamente, pero sus carrocerías continúan erráticas fuera de la calzada. Veo algo pardo, blancuzco, indeterminado, que crece dentro de los ojos, que se proyecta hacia el interior, que cruza nervios como ramificaciones y que allá adentro inten-

ta atrapar el concepto escurridizo que ha creado el cerebro reducido. Un referente como tráfuga que abandona la célula y brota hacia el contenido medular. Entonces la imagen salta afuera y se posesiona del lugar que usábamos como objetivo. La realidad vuelve a instalarse en medio del mundo, otra vez está allí, copando el espacio, dilatándose en el tiempo, otra vez me contiene y la reflejo.

El grito proviene del hombre de la levita, que una vez más me arrastra del cuello. No hay policías ni gente que se apresure a curiosear, ni autos que rueden por una calle amplia. Hemos pasado sin querer al terreno del hombre que escribe por encima de todo. Otra ciudad ocupa el lugar de San Pedro Sula; una ciudad de finales del siglo XIX se erige miserable de sus cimientos carcomidos por el río. Porque hay un río en medio de ella. Vamos en persecución de una figura atroz que corre adelante de nosotros. Nos metemos en callejones mugrientos, grises como las personas que se nos ponen enfrente. Puros fantasmas de tinta que... pero, entonces... no, no, no... *Épargnez ces tristes victimes, a regret s'armant contre nus...* la traslación y la carrera es involuntaria, caigo y me levanto o me levantan. Sigo corriendo, luego tropiezo en algo gelatinoso y me desplomo. Ahora me cargan en vilo, a ratos me arrastran, no sé qué pasa conmigo. Reconozco, de nuevo, las callejuelas de San Pedro Sula. Soy yo con el hombre de la levita que huimos de la Policía que nos pisa los talones. Trasponemos los mercados ruidosos del este, torcemos aprovechando el ligero declive que la ciudad tiene después de la circunvalación. Nos escudamos en cualquier tugurio abandonado, volvemos a correr, hasta que saltamos una cerca de palos irregulares y nos metemos en un

patio que es un verdadero fangal. Para recuperar el aliento. Cruzamos luego los charcos con cuidado y nos arrimamos a los muros que hay en el centro del patio. Terminamos parapetados en un agujero abierto en el terreno por los semovientes, entre los arbustos que apuntalan los muros. Ahora que he descansado un poco puedo orientarme: faltan algunas cuadras para alcanzar mi casa. Hemos corrido en la dirección exacta, pero es mejor esperar a que los policías despejen las calles, a que los pulmones se llenen de nuevo con aire fresco. Mejor esperar a que los cartílagos de las piernas se repongan de la carrera insensata. La Policía debe andar por allí, en la otra cuadra, inspeccionando las casas. Les jugamos la vuelta. El hombre de la levita se aparta de mi lado por un momento y se agazapa entre las rejas del fondo; escruta la calle, para eso tiene que echarse entre los arbustos que sirven de límite a la cerca. Él ha sido el de la idea, de un tropicón me obligó a que nos refugiáramos aquí. Con él nunca se sabe. Por mi parte, no sé ni siquiera por qué nos perseguían, por qué tanto revuelo.

Pasan hasta treinta minutos antes de movernos. El solar en que nos habíamos refugiado parece estar abandonado. Una casa de ladrillos de dos plantas llena la mitad del terreno, lo demás es un corral a la intemperie donde alguna vez pastaron vacas. Parece una tierra de nadie en medio del trájín y del martilleo del barrio. El hombre de la levita me empuja hacia la puerta de atrás de la casa. Entramos en el momento en que un helicóptero sobrevuela el área. Una escalera exterior nos lleva hasta la segunda planta. Un mundo de oscuridad, de objetos que parecen sobrenadar en el vacío nos invita a subir los peldaños. Las paredes rezuman humedad y parecen

esponjosas, pero las ventanas están abiertas de par en par. Los ruidos de la calle entran en tropel, como si esperaran nuestros oídos para concretizarse. No sé si hay alguien arrellanado en un sofá en la esquina más apartada de la estancia superior. El hombre de la levita se yergue con reverencia y me ordena que espere en el umbral. Se lo traga la penumbra, el roce de su cuerpo con la densidad del entorno; es una silueta deforme la que miro caminar hacia la esquina. Ya no puedo ver más porque los ruidos forman un muro. Siento la presencia de la casa, su presión en los pulmones; necesito la trepidación externa o algo que el aire ya no contiene para no perder el sentido. No sé si comienzo a correr yo o son los escalones los que se mueven para abajo, pero todo parece indicar que caigo, que me precipito en una pendiente de piedras móviles, giratorias. Sigo bajando en línea recta. Luego distingo objetos familiares, la almohada, el calendario con la virgen, el baúl donde guardo las camisas, la computadora que me guiña su ojo enorme, la cama.

X

Desperto y me encuentro con que allá afuera es domingo otra vez. Pasan loteros por la acera proponiendo sus números, se detienen con sorna en los umbrales de las casas para retar a la suerte de los vecinos que los esperan impacientes. Alguno hace sonar como prueba el timbre de su bicicleta enfrente de mi puerta. El sol crepita en la acera como solo lo hace los domingos. Miro ese mundo inusual alzarse desde el asfalto y ya no me entusiasma para nada, no le hallo sentido. En algún momento de la semana le prometí a Dulce María que iría a visitarla a su casa. Vive en uno de los barrios del sector Chamelecón, con el río tronándole muy cerca, como una amenaza a su casa. No es laxitud lo que retrae mis músculos afiebrados, no es pereza la que me mantiene enrollado, en una posición incómoda, en el sillón de la sala. Es algo de la casa, que proviene de ella, que se mantiene adherido a los materiales de que está construida. Las paredes parecen contener ligaduras que te cogen los huesos. Como si fuera yo quien estuviera sosteniéndolas y el esfuerzo me mantuviera engarrotado.

Total, que como es domingo tengo mucha hambre, pero soy incapaz de mover un solo dedo para prepararme algo. ¡Qué bien me caería un buen caldo de pollo caliente, con tortillas recién extraídas del fuego! De pronto, mis pensamientos tienen eco, retumban en la casa, escucho la invocación de ese deseo multiplicado por las diferentes sustancias que

me rodean. Noto, de repente, que mi mano derecha sostiene un vaso, pero el vaso no contiene nada. Noto también que estoy sentado encima del periódico del día. Es un periódico local, con edición especial para el día domingo. Debo reconocer que tengo aversión por ese periódico, que dejé de comprarlo hace muchos meses por las estupideces que publica y que no estoy suscrito a él como para justificar su presencia en la casa. No sé cómo vino a parar aquí, la verdad, pero allí está, abierto bajo mis nalgas, en la segunda página. Mis glúteos tapan el encabezado principal, pero como aparece la fotografía de una multitud que rodea el edificio del Congreso Nacional sé de qué se trata. Desbarrancaron de su silla al presidente del país hace unos días y eso ha indignado a algunos. La tropilla de gente quiere linchar a unos ilustres diputados que se mantienen parapetados en las escaleras, con la posterior y consecuente apaleada de los milicos. El periódico trae la farsa humana hasta aquí adentro, donde se impone la farsa individual.

Reúno toda la mala leche que he acumulado contra ese periódico, la segrego hacia los intestinos, la empujo vísceras abajo, hasta que la hago explotar. La flatulencia escapa y revuelve las páginas, juro que me eleva unos centímetros del sillón. En el ínterin, he extraído el periódico, tal como lo dejó la pedorrera, y lo he colocado en el brazo del mueble, al alcance de la vista. La contraportada es un anuncio a colores, con una chica en short que se parece a Dulce María. Por eso me he acordado hace poco de que le debo una visita. Las páginas se corren solas, todavía influidas por el mal aire, ahora hablan de deportes, noticias internacionales, sucesos, financieros, ocio... como una película de papel que corre... ¡Alto!, alto

allí, ¡ehhh! Extraigo una mano para atajar el chorro de páginas. En una esquina de las cubiertas centrales está lo que buscaba en el recuerdo. Opacada por las declaraciones absurdas del nuevo presidente elegido por el Congreso, por la tenacidad de los milicos y el desborde de los obreros. La policía asegura que ha encontrado el cuerpo del industrial —muerto, sí— en una zona boscosa, turbia, alejada de los caminos reales. Pero su descomposición impide que se le reconozca de inmediato. Se harán los respectivos análisis, se contará con la participación de los familiares, se seguirán las pesquisas necesarias, hasta que se dé con los culpables. Lo prometen.

Así que no le perdonaron la vida, pienso. ¡Pobre! me consta que la familia se había esforzado. Reunieron todo lo que tenían y pagaron el rescate... Bueno, se esforzaron, quedemos en eso. En la fotografía se ve un cuerpo sin dimensiones, ladeado, semioculto por las rocas y los hierbajos. El corresponsal del periódico que ha dado la noticia concluye el reportaje agregando en una posdata empalagosa que en este país ya no se puede vivir. Trato de convencerme de que lo que dicen es verdad, pero luego recuerdo las palabras del hombre de la levita. Éste ha afirmado que la apariencia, la mentira, el fraude, son la comidilla diaria de esos periódicos de mierda. Aunque no lo quieran, siempre se decantan por lo que tienen enfrente de sus ojos miopes.

Sobre la página, un oficial de escasas estrellas se compromete a llegar al fondo del asunto. Pienso que ya tocó fondo, que él no es capaz de hacer más de lo que ya ha hecho, es decir, encontrar el cadáver, reconocerlo, tomar la fotografía. La irrealdad supera a cualquiera de estos pobres diablos.

Dejo el periódico a un lado y me concentro en la computadora. Tiene otro mensaje para mí. Irradia una luz muy poderosa de él. Un cono que deriva hacia mi rostro, como si me ordenara; quiere que me despabile de una vez y ponga toda la atención. Pero no se me antoja levantarme y abrirlo, sobre todo si el estómago chilla del hambre. Hay un encarnizamiento en mis intestinos, tejidos blandos que devoraran otros tejidos blandos necesarios. De cuando en cuando, una cuchillada parece partirme el abdomen por la mitad. Más adelante, tal vez, trataré de reconciliarme con mis tripas. Tendré que salir a la calle y decirle al pulpero que me dé algo fiado. Lo incitaré a que me envuelva esos restos congelados que conserva en su refrigerador, que me dé un poco de leche. Así nos entendemos él y yo. El pulpero es un hombre listo y parlanchín. Querrá saber mi opinión respecto a la salida del presidente, me interrogará para que le diga en qué bando me alinee, si estoy de acuerdo con esto o lo otro. Con el pulpero es fácil hablar porque no usa sustantivos y yo parezco contagiarme de su vicio lingüístico, sobre todo cuando trato de que me dé víveres al crédito. Por último, inquirirá acerca de si no voy a llevar algo caliente, —picante, argüirá— para pasar la tristeza que se me ve pintada en la cara, para sobrellevar la soledad, pues. Se refiere a las cervezas, claro, pero sabe de antemano que no me gustan las marcas nacionales que él expende. Esas producciones casi caseras, demasiado diluidas, salitrosas, que te inflan el hígado al primer trago. No, otro día, descuide.

Me veo entrar con los paquetes en la casa profunda. Me veo naufragar en la cocina demasiado ancha para mí solo. Veo mi cara de sorpresa al escuchar el

ruido en el cuarto. Lo producimos la bibliotecaria y yo, que aprovechamos el descenso de la temperatura, esas nubes escurridizas que se han adueñado del cielo de San Pedro Sula y que ocultan el sol. Raro que una tarde de domingo devenga sucia y gris. Raro que esté haciendo el amor cuando mi vientre se convulsiona de hambre. La escena con la bibliotecaria sumergida en las cobijas semeja una estampa antigua, una película barata que se rebobina hacia direcciones unívocas. El movimiento lento de los cuerpos, el ritmo asincrónico, predice la trabazón, el ritual canallesco en el que los cuerpos han caído. Ni ella ni yo somos muy duchos en eso del amor. Mi experiencia sexual empezó tarde y la de ella mucho más todavía. La fogosidad es instintiva, lenta, como una prueba. Ensayo y error; ensayo y error. Soy yo el que me elevó, apático, y es ella la que me recibe aburrída, indispuesta, casi irritada. Pero la disposición en los rostros dice otra cosa, sobre todo las bocas que jadean y resoplan el aire atrapado en ellas. El conjunto parece triste, dos cuerpos desnudos, flácidos, que acomodan morosamente sus genitales. Si sigo viendo eso, voy a empezar a llorar.

La computadora insiste en seguir llamándome. Evado la puerta y corro hacia la cocina, los paquetes de la compra esperan en el desayunador. El fuego cuece la fridera vacía. Agrego sal y jamón, corto tomates en rodajas, abro el pan blanco por la mitad. Mostaza para colorear el fondo del pan y mayonesa para que huela bien. La salsa de tomate acaba de rellenar las cavidades que el jamón deja libre entre las paredes porosas del pan blanco. Entre los paquetes asoma una Coca-Cola, la tomo y voy con ella hacia el sillón. Enfrente debería estar el televisor, pero lo

he relegado hacia un rincón del cuarto. Eso no quita que no se perciba el hueco que dejó en medio de la sala. Por ese hueco se vacía la casa en otra dimensión, por allí se pasa a un espacio condensado, o que se reduce exponencialmente a medida las cosas se embuten enteras en él. Veinte minutos después, los suficientes para escapar de esa trampa, estoy frente a la computadora de nuevo, hurgándole los huesos, asomándome a la ventana imaginaria que todo correo abre ante nuestras narices.

Tercera persona desaparecida

La mujer del industrial no es la que todo el mundo sabe. Uno de sus secretos mejor guardados es el que da fe de que había una muchacha de por medio. Simplona y triste, pero con suficiente galanura para apaciguar la fogosidad restallante del industrial. En ese mundo donde la muchacha era la anfitriona de sus sentimientos no cabía nadie de la familia oficial del industrial. Eran solo ellos dos, para forzar una mentira correspondida y agradable. Parte de sus miércoles eran para ella y, cuando había chance, también los domingos en la tarde hasta casi la madrugada del lunes. Se veían en un predio alquilado por él exclusivamente para ella, escondrijo disimulado por una oficina dedicada a la renta de autos. «Mire nuestros modelos y compare nuestros precios, venga». Y, ellos, se rentaban sus cuerpos o los consagraban a dichas artificiales.

A principios del mes, ella también había desaparecido, sin que nadie supiera de su paradero. Así es esto en tu país Honduras, muchacho. Las familias se conforman siempre con una información falsa.

España o los Estados Unidos, allá parecen ir todos aquellos cuyos familiares no se convencen. Pero la muchacha no fue a ninguna parte. Su fin fue tan inesperado como el que más, se apagó en el intersticio de una noche, anduvo el mismo camino inexistente de los que desaparecen y se fundió con el paisaje de la misma manera que todos.

Una noche antes habían estado juntos. Las promesas que se hicieron en la penumbra nunca se conocerán, pero se prometieron muchas cosas imposibles. Ella insistía en que él no le dedicaba el tiempo necesario, estaba echando de menos muchas cosas. Reclamaba lo que creía que le correspondía por derecho. Se puso irascible, exasperada, juró que si no se le cumplían sus exigencias daría la voz de alarma. Estaba cansada de su papel de sombra. Esperaba que la esposa del industrial la comprendiera. En algún momento de la noche pasaron a los insultos, ¿quién se creía que era, estúpida? ¿No tenía acaso dónde dormir y recursos económicos suficientes para todos sus caprichos? ¿Quién pagaba sus estudios y las tarjetas de crédito? Suena un golpe abrupto que empieza a borrarla; tal vez un gemido suyo que nadie oye la trae de vuelta; luego otro golpe que deja la escena en blanco, pero seguidamente un suspiro que pone las cosas como estaban al principio. Así sucesivamente. Alternan instantes de vaciedad y de llenura, instantes de rabia y de amor.

La noche pasa sobre ellos y no los toca, entra en la voluntad lastimada sin afectarles. Son dos horas de rencillas hasta que se agotan. La cama es un lugar ensopado, iluminada apenas por los cigarrillos que sirven para apaciguarse en las treguas. Un último golphazo del industrial derriba a la muchacha, la deja inerte, con el brazo cinematográficamente colgando de la cama. Es una escena de muerte, con

la diferencia de que no hay cadáver todavía. El industrial se marchará unos veinte minutos después dejándola libre para que pueda jaderar y quejarse a su gusto. Pero cuando la muchacha abra los ojos ya no reconocerá las cosas, una película brillante de luz campeará en medio del cuarto...

La noche ha vaciado el sitio, ocupa el lugar de las paredes. A la muchacha le duele la cabeza, un moratón se acerca peligrosamente al ojo izquierdo. En el cuello, la sensación de asfixia persiste, la náusea le gana desde el estómago. Tambaleante, se dirige hacia la cocina, tira del interruptor de luz, pero la noche no se mueve de su sitio. Una noche solidificada brota del grifo, cuando a tientas lo abre. Sorbe o imagina que sorbe de ese líquido endurecido que la ahoga. Instintivamente busca el espejo o el reflejo del espejo. Un muro de piedra le devuelve solo la sensación de una silueta, pero la imagen no se concretiza para nada. Se da la vuelta y sigue buscando, es como si rebotara en algo durísimo que se le pone enfrente cada vez que da un paso. En algún sitio está la puerta o ese agujero a través del cual se puede acceder a la realidad. Si la encontrara todo sería más fácil; un mundo bueno, espacioso, saldría a recibirla.

Un poco más adelante el cuerpo le empieza a pesar, ya no puede manejarlo. En vez de ir hacia los lados, se hunde en una materia fría. La sensación es extraña, como si la boca se le llenara de tierra, pero todavía no le falta el aire. Aunque siente una opresión en el vientre, los pulmones aún se distienden con libertad. Pero sigue hundiéndose, clavándose en ese espacio gelatinoso, pero duro que la engulle. Ya no distingue lo que tiene enfrente, sabe que es una forma de la realidad, pero nimbada por sombras volátiles, inmensas, parecidas a la falta total de

colores. De pronto ya no se hunde, sino que cae. La luz es un chorro vertiginoso, opaco, que aterra las cosas. Ya no se distinguen las formas ni las dimensiones. El mundo es un puntito frío y opaco y, ese punto hace puf cuando ella se despeña en él.

Como siento que yo también caigo, me sujeto a la mesa de la computadora. Las uñas raspan el remedo de madera, la silla se inclina, doblegada hacia atrás. Uso los dientes, la frente, el mentón, cualquier parte del cuerpo que sirva para evitar seguir volcándome. Mi cerebro como torbellino, como el lugar desde el que parte la fuerza que mueve las cosas, me produce vértigo. La computadora gira embravecida, me impele. El suelo está allí cerca, pero tan lejos... Siento caer desde un espacio inconmensurable, desde un sitio alojado en el fondo del corazón del hombre que escribe... Basta que deje de leer el correo electrónico para que todo se aquiete. Es mediodía de un domingo muy soleado y el calor aprieta.

XI

Otro día. Después de las lecciones y del trajín de los exámenes del parcial hemos parado con la bibliotecaria en el cine. Para mí que no estoy bien del alma es fácil sumergirse en la irrealidad de una sala oscura, con un proyector que sustituye a la memoria. Daban una película tonta, de esas que se meten con el futuro de la humanidad, en la que todavía creen que el amor va a ser posible allí. Unos seres absurdos, reencarnaciones humanas animalizadas, proclives a la honestidad y a la justicia, luchaban por la hegemonía del planeta con los últimos hombres. La bibliotecaria ha aprovechado los besos en la pantalla de la pareja principal para insinuármeme de nuevo. Yo estaba pensando en lo bien que me encontraría ahora si, en vez de ella, fuera otra la que estuviera insinuándoseme. Andrea, por ejemplo, que luce disgustada conmigo; Helen, que no me ha vuelto a hablar; Dulce María, que me cree un tonto interesante. Las penumbras, más la majadería de la película, me proyecta fácilmente hacia la entrevista que había tenido, la tarde anterior, con el Hombre de la levita. Esta vez en un sitio abierto, bajo un sol del demonio, pero atenuado a ratos por nubes ralas. Habíamos escalado un sendero de espinos, paralelo a la trocha de cemento que, desde un punto asfaltado del bulevar del sur, sube hacia el Merendón. Estábamos allí y el hombre de la levita se había puesto elocuente. Casi he adivinado ya su procedencia, por los referentes que repite y las palabras

que sobreviven de su idioma original. *¿Où êtes vous?* Lo que no adivino son sus intenciones. Tampoco sé todavía si salió de alguna aventura fantástica de televisión o si es una creación literaria momentánea, de esas que escapan a la misma voluntad del artista o del soñador. Me cuenta experiencias pasadas que no vienen al caso, como si hubiera sido testigo de la historia. Argumentos increíbles que solo un loco podría creerle, ha ido tan lejos hacia atrás que a ratos no solo se alejan sus palabras sino también su presencia. Alguna chicharra cercana emparejaba su voz con su constante estropicio.

Pierdo rápidamente el interés en la película y en las anécdotas del hombre de la levita. En el fondo, hay un punto en común entre ambos momentos: la película se aleja en el futuro y la voz del hombre de la levita hacia el pasado. Yo estoy siendo el punto de encuentro entre ambos instantes, mientras pienso en Andrea, que se ha enojado conmigo, y trato de evadir los besotes abusivos de la bibliotecaria. Andrea ha notado la cercanía emocional impuesta por las reiteradas insinuaciones de la bibliotecaria y eso parece desagradarle. No tanto porque tenga algún interés en mí sino por presumir, creo. Siempre es bueno que un profesor del colegio (que presume de buena gente y bonachón, de intelectual) donde estudias esté enamorado de ti; no sabes en qué momento puedes necesitar de su ayuda.

Para el hombre de la levita, el industrial no está muerto, ni porque lo digan los diarios y lo confirme la Policía; eso demuestra, al contrario, que está más vivo que nunca y que se esconde de algo. Debemos ampliar nuestro campo de acción, esforzarnos, llegar a las últimas consecuencias. El industrial ha engaña-

do a mucha gente ya y es preciso desenmascararlo. Entonces yo suelto la frase lapidaria, la que he andado reteniendo por muchos días en la boca: «y qué tal si no, qué tal si el cadáver encontrado en el monte fuera verdaderamente el de él». La bibliotecaria se vuelve en el momento en que termino la frase, creo que otros rostros de la fila inmediata también hacen lo mismo. No me pregunta qué dijiste, pero su beso que casi me saca sangre de las encillas, es suficiente para comprender. Se produjo el traslape, algo del recuerdo se posesiona de la sala del cine. La aparto, porque en la pantalla los protagonistas se besaban con estulticia. El hombre de la levita se puso en pie en aquel momento. Estaba agraviado, compungido, y algo en su rostro me gritaba que yo era un tonto sin gracia. Se dirigió hacia los arbustos. Con cada paso, un segmento suyo se transformaba en el paisaje. No sabía yo con qué frecuencia podemos adherirnos a la realidad, cómo podemos entrar y salir de ella a nuestro antojo. Cien metros más allá, no era más que una alteración en el horizonte, algo borroso, indefinido, confuso.

También la pantalla se borra cuando la bibliotecaria me pone su mano abierta en la frente; cree que tengo fiebre. Cree que deliro al hablar entre dientes. Adelante hay un movimiento inusual, una parte de la fila pegada a la puerta de salida se alborota. Aparto la mano de la bibliotecaria y puedo columbrar destellos de la silueta del hombre de la levita que escapa por el pasillo. Quiero seguirlo, pero la bibliotecaria me coge del brazo y me sienta de nuevo de un jalón. ¿Qué hacía él aquí?, me pregunto; tal vez me vigila constantemente, tal vez no está conforme con mis creencias. En la entrevista de ayer aseguró que

yo necesitaba más convicción, que hasta la fecha no había movido ni un dedo todavía para ayudarlo. Que si creía que escribiendo majaderías iba a dar solución al problema estaba equivocado.

La bibliotecaria me ofrece su coca cola tibia. Busca reanimarme, traerme de vuelta a esta sala donde el futuro de la humanidad sirve de parodia. Su coca cola me refresca un poco, pero me introduce su acidez en el estómago y me ahoga. Siento que algo se pone de revés en mis pulmones, que la garganta se ha irritado con el paso del líquido corrosivo. Para atragantarme más están los labios embarrados de color fucsia de la bibliotecaria que constantemente me buscan en la semioscuridad. Soplo sobre ella todo el aire que me ahoga cuando me pega su cara. El resoplido la asusta, la enoja la saliva que he vaciado sobre su maquillaje. ¿Cómo explicarle a su cara llena de ira que no lo hice deliberadamente, que estaba a punto de asfixiarme? Pruebo con una excusa menos creíble: ataque repentino de tos, esos jarabes de ahora que no sirven para nada. No se la cree y me insulta quedo, al oído. Sus palabras susurrantes, leves, devienen ácidas para la sensibilidad de la oreja, ya de por sí noqueada por las explosiones de los parlantes. Me hace cosquillas en una parte que no logro identificar. Cuando me echo a reír se ofusca más. Suerte que la película casi llega a su fin. Los seres arborícolas del futuro están ganando la batalla a esa parte socarrona de la humanidad que persiste en dominar el planeta de manera despótica. Casi siento la misma alegría que los infantiles personajes. ¿Por qué todos creen que se puede desterrar de una vez la maldad del mundo, matando a unos cuantos personajes siniestros?, no saben que la maldad persiste, que está en todos nuestros impulsos pri-

marios, que somos desdichados cuando nos alejamos de esos impulsos. Reinan unos segundos de paz en la sala y en la cinta de la película, un estado de confort que desanima a todos. Cuando se colorea la luz de la flechita que señala la salida volveremos a nuestros rencores diarios, recuperaremos mañas, envidias y el instinto pasará a gobernarnos. Es una ley.

Mientras tanto, la bibliotecaria se halla recostada en la butaca tratando de ofrecerme su espalda. Verdaderamente, su cuerpo no es del todo repulsivo, su pantalón se abomba allí donde los glúteos se aplastan contra la butaca, parte de sus bragas escalan la espalda y por ella asoma el encaje. No sé si es por libido, pero algo dentro de mi ser interior quiere pedirle disculpas. ¿Disculpas?, por lo que no he hecho, por las contingencias y todas esas babosadas que no sabemos ocultar. Estoy seguro de que su enfado no da para tanto, pero es mejor aprovechar ese instante de laxitud que precede a todo final feliz de película. Me acerco a su oreja con toda la intención, pero no tengo frases, no me salen, así que me conformo con tocarle el cuello por detrás, mordisquearle el pabellón de la oreja. Al principio respinga, pero luego se da la vuelta y me mira con esos ojillos suyos abombados, feos, pero propensos a una ternura maternal. El asunto es que la ternura es mi peor enemigo, odio ese sentimiento, sobre todo, cuando proviene de unos ojos primates; odio la inteligencia que quieren proyectar. En ningún animal la ternura es tan odiosa como en el hombre. El hombre que puede desentenderse de todos los sentimientos, después de promoverlos con sus leyes. Pero la bibliotecaria sabe cómo provocar, más que abrazarme se

anuda a mi espalda, se enreda, no me deja avanzar hacia la salida.

Caminamos en penumbras, entre las filas de los que huyen de las butacas y, otras penumbras, se reflejaban en mis ojos. No había una luz de verdad esperándonos afuera sino un círculo claroscuro, apretado entre los edificios, que parecía moverse conforme la dirección del vientecillo de la tarde. Y, como siempre, los centenares de autos que cambian los tonos borrosos de la entrada de la noche. En un momento dado, veo al hombre de la levita apostado en una esquina de la calle, entretenido en contar a los transeúntes que pasan frente a él. Cuando me mira, se da la vuelta y comienza a caminar deprisa en el mismo sentido que nosotros. Eso me motivó a correr, a perseguirlo. La bibliotecaria quiso hacer lo mismo, pero una cuadra adelante ya se había atrasado. Sus gritos no llegaban hasta mí, aunque sabía que se desgañitaba sin vergüenza, en medio de la calle.

El hombre de la levita torció en la cuadra siguiente, pero yo no quise hacer lo mismo. Pasé de largo, llegué hasta la Quinta Avenida y seguí el curso de los vehículos. Crucé en verde la primera calle y no me importaron los insultos de los taxistas. Seguí bajando hasta el Cementerio General. Intuía que el hombre de la levita se escondía por allí y, estaba dispuesto a llegar a su guarida, costara el trabajo que costara. Iba a entrar por el portón norte del cementerio, pero el celador me salió al paso. Había pasado la hora de visita, el lugar estaba cerrado ya a los visitantes, que me largara si no quería que me diera una buena tunda. Era un hombre obeso, casi en andrajos, y no me hubiera costado burlarlo, pero de pronto tuve miedo. Era la primera vez que lo sentía tan fuerte, tan den-

tro de mí. Lo cierto es que no era por las tumbas y los crucifijos herrumbrados que me salían al paso, tampoco por las montañas de cemento frío, viejo, o por las caras tristonas, risibles, de los ángeles que custodiaban los nichos más encumbrados. Tenía miedo porque comprendía, de pronto, que el hombre de la levita podría no ser de este mundo.

XII

• Presenciamos el entierro del industrial?, ¿constatamos su terraje? claro que sí, un espectáculo de esa magnitud era imposible perderselo. Por la mañana, el hombre de la levita pasó por mi casa y casi me obligó a seguirlo. Caminamos hasta el sitio del velatorio, en una funeraria bonita y bien equipada del centro de San Pedro Sula. Esperamos como dos horas la retirada de la caja y después abordamos el autobús contratado por los familiares para cargar con los dolientes pobres: los de la misma categoría del industrial irían en sus vehículos propios. No había dolientes, en verdad, todos dentro del autobús hacían bromas, contaban chistes y recordaban, jocosamente, las andanzas del industrial.

El autobús se puso en la cola de la procesión, más adelante se enredó en el tráfico y, cuando por fin logramos salir del atasco, enfilamos hacia el cementerio. Al entrar en él ya habían terminado los respuestas, los discursos y el cadáver se balanceaba en las cuerdas de los obreros, camino a su morada final. Los gestos dramáticos, exagerados, de la viuda me llamaron rápidamente la atención. Fuera del extrarradio de su cara doblemente compungida había una aureola de cinismo que se imponía a su lloro leve. Yo digo que lloraba, pero en realidad solo estaba hipando, lo que pasaba es que al apretar tanto las mandíbulas y aprisionar la lengua, su gimoteo semejaba un sollozo continuo. Las uñas de sus manos se enterraban en la piel de sus brazos, lo que era un agregado absur-

do, estúpido, y daba pie para creer en la imposición, en el fingimiento. Sostenía un pañuelo grisáceo que continuamente restregaba bajo su mandíbula. El sol nos calaba de lleno y el sudor se metía en los labios y en los ojos, lo que deformaba la escena. Un mundo de lloro contenido o de risa por prorrumpir era lo que se imponía en los semblantes y, nosotros, simples testigos, curiosos, jugábamos el doble papel: espectadores y actantes. Yo podía, gracias a mi aburrimiento, captar, con algún grado de nitidez, la apariencia que brotaba por doquier. Aquí un cuerpo que levanta el busto, allá alguno que se rasca la rodilla, o varios que se increpan por haber abandonado sus ocupaciones a la fuerza.

Tal vez también lloramos y abrazamos a los que nos abrazaban.

La caja ya había bajado, estaba inerte en el fondo del foso, pero nadie se atrevía a lanzar el primer puñado de tierra, de culpa, digo. Una imagen congelada dentro de un cubo de sol, perturbada por cientos de exhalaciones. Los rostros como un primer plano, crecidos y expectantes, guardando la conmoción para cuando la viuda se atreviera a ordenar a los obreros. Y la viuda tardaba. Parecía como si quisiera convencer a la multitud de que alargando el momento le dolería más, redimía algo dentro de sí.

El hombre de la levita fue el único en moverse. Se puso a la cabecera de la fosa, echó para atrás la capa, se arremangó la camisa y tomó el mango de la pala. No lo dejaron hacer a gusto porque una lluvia de flores cayó sobre la caja. Todo tan rápido, tan limpio, que pareció que el mundo echara a andar después de permanecer congelado por mucho tiempo. El tercer acto había comenzado. La viuda se

había dejado arrebatarse la dirección. Al instante, los obreros arrastraron la loza de cemento y cubrieron el hueco. Fue como si todos los olores quedaran sepultados bajo aquella lámina de concreto. De repente, volvía a oler a césped recalentado, a radiación de sol, a nada. Los rostros adquirieron sus respectivos rictus de dolor y la hinchazón colmó los sacos de los ojos. Nuevos gimoteos y lloros estridentes, arrebatados a la pantomima de los semblantes, a la resignación...

Cuarto acto. Un amigo del difunto se desgañita ante su tumba. Ha llegado tarde y no quiere que el otro se vaya al otro mundo sin haberlo escuchado. Alaba y vitorea los logros del industrial, lo llama guerrero bursátil, hombre santo, abnegado, filántropo. Un gran hombre que en las lides comerciales supo hacerse respetar, ¿cuánto ha de deberle la patria, cuánto?, la viuda se desmaya, ¿cuánto bien hizo a la humanidad?, ¿con qué le pagaron...? Por medio de las palabras del hombre la simulación se retrotrae, las caras ganan en color y en calor, se recomponen los gestos, los rubores. Creo que el ensimismamiento luctuoso ha terminado y, con ello, el vitalismo vuelve a dominar los rostros. Algunos ya pueden sonreír, mientras otros se retiran un poco a comentar los sobresaltos, los balbuceos, del que habla. Ha llevado su discurso a tanta altura que ya no puede sostenerse por sí solo. La burla también aflora, esta vez de la mano de la viuda, que se recompone y cruza entre los más cercanos colaboradores. Toma al gritón del brazo y lo zarandea. Desea sacarlo del argumento, que deje espacio para seguir con la farsa. La escena ya da para la carcajada, el escenario ha sido modificado por la irrupción del orador y la intransigencia de la viuda. Falta que algunos elementos de la tramoya

sean retirados de escena y que se reincorporen los que ponen el epílogo al acto principal. Por ejemplo: que los hijos del industrial dejen de estar secreteándose, moqueando ruidosamente, que los parientes cercanos suelten los globos blancos con leyendas que sostienen, y que los enterradores guarden sus aperos de labranza. Falta que la viuda libere el hombro del orador, que lo deje ir por donde vino, que nos dispere a todos con ese ademán eclesiástico de su diestra. La viuda con su cara recocida por el reflejo de la luz en la cerámica de las tumbas guarda silencio, deja crecer el sollozo con el que va a demostrar cuánto amaba al hombre, cuánto le duele su muerte.

Más adelante, el sol nos hará correr a todos. Tendremos necesidades de nuevo: defecar, tomar agua, respirar, comer, ser felices, amar a alguien que se nos ponga enfrente, burlarnos, pagar impuestos, vagabundear. Nos iremos, vamos a dejar a la viuda sola con su muerto. Tal vez despotricará contra él, no lo sabremos, o se despedirá con decoro, no lo sabemos. El hombre de la levita tirará de mi brazo, hará con el cuello ese gesto tonto, con el que me convence siempre de seguirlo. Volveremos a meternos en el mundo de verdad. Ese que permanece inmutable, sobrio, mientras todo cambia y se pudre en sus entrañas.

XIII

Uno de los diarios de mayor circulación en la ciudad trajo una noticia increíble ocho días después del entierro del industrial. Había sido capturada una persona en posesión del teléfono celular de éste. El capturado alegó que lo había encontrado entre la basura. Se trataba de un pepenador miserable. Su argumento era verosímil, pero ni el diario ni la Policía ni la sociedad consternada por el asesinato estaban dispuestos a creerle. Había que sentar un precedente y punto. Ya saben cómo es eso, cuando la manada se irrita no hay manera de hacerla retroceder en sus escrúpulos.

Envolvía unos libros viejos con la página de aquel diario cuando me fijé en la noticia; ya ven que los diarios pueden servir a veces para algo útil. Segundos después, el hombre de la levita entró trompicando y ansioso a mi casa. Era la primera vez que lo hacía en un día normal, y eso me produjo una especie de turbación en cuanto lo miré.

No contesté a su saludo, al contrario, me mostré reacio a brindarle alguna consideración. ¿Qué se creía, que podía venir a mi casa a fastidiarme también? Hasta entonces el hombre de la levita era un fulano indefinido que me había agarrado como su conejillo de indias. Un ser insustancial que se me aparecía cuando los nervios alterados por la rutina y la tensión estaban disputándose mi salud mental. Pero verlo dentro de la casa en un día real, bañado, limpio, rasurado, me produjo recelo, desdén, intran-

quilidad. La casa es mi dominio, mi lugar mágico, la última trinchera, fuera de ella estoy expuesto a la discordia de la humanidad, pero dentro no, no y no... dentro soy el propietario de mis fantasías.

Mientras pienso eso y busco la manera de defenderme de su intromisión, el hombre de la levita se acomoda tranquilamente en el sillón de la sala. Saca la pistola porque le estorba y para intimidarme, creo. Juega a apuntar a los objetos, a señalarme con el cañón. Yo hago zigzag para quitarme de su perspectiva, para que vea que no me amedrenta. Su risa no es diabólica, pero termina en un estertor que resuena por toda la casa. Parece que el ámbito se hubiera llenado de murmuraciones absurdas, que cientos de carcajadas o de gemidos brotaran de los rincones. Y la casa muestra correspondencia con mi inquietud, se encoje, murmura; la casa también se defiende del ser extraño. Tal vez entienda que fue violada su soledad, que en aquel perímetro que cercan las paredes ha anidado la maldad. Pero la cara del hombre de la levita no muestra ningún rasgo inmoral, parece disfrutar de mis payasadas. Cuando me canso de moverme, me siento en el sofá enfrente de él.

Es una estampa hogareña la que conformamos, como para solazarse y emprenderla con la conversación habitual. Dos hombres ariscos que miden, en la penumbra, las intenciones del contrario y cuyas miradas coinciden en un punto que incluye la pistola. Presentamos los mismos gestos, pero ambos doblamos las rodillas en tiempos distintos para evitar que los cuerpos se toquen y comuniquen. Más adelante, alguno de los dos dirá, «entonces, ¿qué se debe hacer con esto?», la réplica vendrá también más adelante, cuando el sueño haya derrumbado la lógica de la

mente, cuando la misma noche haya entrado hasta los huesos. La escena cambiará a una falsa impresión de misterio, a un tenebroso diálogo de sombras. La casa envuelta en sombras arrastrará las voces o las contraerá hasta convertirlas en puros fragmentos vocálicos, sin sonidos. Es el momento de la ficción, de la entrada en el ensueño, a la región desde la que el hombre de la levita regresa a la vida. Me va a trasladar a sus dominios conforme me convenza de sus razones insensatas. Una vez allí, va a enseñarme los tropiezos de la humanidad, sus inconsistencias, sus tontas decisiones. En aquella dimensión fuera de lugar, el espacio y el tiempo no tienen influencia sobre las acciones humanas, o no son algo que se apareje con acontecimientos reales o concretos. Las situaciones cuajan, avanzan, terminan, se alargan, porque la mente se apodera de ellas, pero no hay una superficie móvil para discurrir o deslizarse. Es la idea de las cosas lo que altera su naturaleza o las complementa. Por eso es posible enterarse de los sucesos antes de que se manifiesten en el paisaje, por eso el destino es un juego de niños y, la muerte, un fenómeno dentro de los dominios de la lógica.

El hombre de la levita juega con la pistola mientras prepara el terreno. Mientras clava sus suaves ojos en mi frente. Tal vez no sea hipnotismo ni nada que se le parezca, tal vez solo sea una transgresión al ritmo cerebral, una fuerza magnética, absurda, que paraliza el pensamiento o lo subyuga. En el hueco de los pensamientos se inocula el otro estado, la afección de una mente parasitaria que no está del todo viva, que existe por la misma sugestión. Empiezo a sentir un sueño terco, volitivo, insatisfecho, que emana de un cuerpo hacia el otro. Las sombras, las figuras, tien-

den a acercarse, a buscar los vínculos en ese espacio poroso donde ya no existen las dimensiones. Mi voluntad se defiende porque comprende que hay algo antinatural posesionándose de lo único saludable que me queda: el alma. Pero en ese estado, no hay de qué sujetarse, se lucha, se batalla, con los mismos resultados negativos. El acercamiento, por no decir el traslape, la comunión: un cuerpo entrando en el otro, sin violentarse, sin romper con sus propias limitaciones físicas. Es horrible lo que hay dentro del hombre de la levita. No se puede describir desde la embriaguez en que se cae, pero el cuerpo sabe que ha transgredido lo humano, que ha entrado en...

Fíjense que el teléfono suena entonces y que su sonido se conecta con mis células. Es la fuerza expansiva del ruido en el aire la que me despierta y me obliga a interrumpir el proceso hipnótico. Me retuerzo y doy un brinco que me saca del influjo poderoso del hombre de la levita. Es como si todo el cuerpo respirara después de haberse estado ahogando. El hombre de la levita tiene cara de gamberro y se mueve inquieto en el sillón. Algo en sus gestos me dice que estoy autorizado a contestar. «Hola, Helen, te habías perdido, tontita», tarda en responder, quiere meter toda su malignidad en el teléfono. «Sinvergüenza, no sabes... *¡hip, hip!*... no sabes, como no has querido ayudarme, ahora estoy perdida... van a matarme, no hallo qué hacer, estoy desesperada». Su respiración viene hasta aquí, tranquila, es la voz la que nace atropellada, ansiosa. «Mira, no te preocupes, cálmate, ya sabrás encontrar alguna solución». Una cadena de «nos» me atosiga la oreja. Tiene realmente miedo y no quiere que yo cuelgue el aparato, me obliga a porfiar. «Es cuestión de dinero, poco, poquito, entiende... prés-

tamelo». Le hace falta algo para salir del embrollo, para salvarse. «Por la amistad, por los viejos tiempos, por...». Bajo el teléfono para mirar lo que el hombre de la levita hace. Está enfrente de mi computadora y teclea algo. Los dedos rígidos permanecen mucho tiempo sobre las teclas. Miro la dirección electrónica, nada de lo que yo haya sabido antes.

De pronto, el ciberespacio se abre, se expande ante su cara, pero en vez de desplazarse hacia las distintas orientaciones se mueve hacia el fondo. Un sentido rectilíneo que parece traspasar las mismas dimensiones del aparato y que cae en una inmensidad escabrosa, que se expande por un túnel que se me antoja infinito. Como un hueco al que uno se pudiera lanzar de cabeza, que no contuviera límites. Observo cómo el hombre de la levita se mueve a sus anchas en ese vacío.

En el teléfono Helen ha seguido hablando. Me llama la atención que me ofrezca su propio cuerpo como una vitualla. «¿Quieres acostarte conmigo?, eso es lo que quieres, no hay problema, estoy dispuesta a todo, pero...». Solo un oído sigue su fraseo, el otro se moviliza hacia los distintos sonidos que el hombre de la levita hace al hablarle a la computadora o, a algo invisible en la computadora. De perfil, parece más familiar, más cercano. En algún lugar de los recuerdos hay vestigios suyos, algo que lo relaciona plenamente conmigo, un logaritmo tal vez que emparenta su rostro con una idea. Me desentiendo por completo de Helen, porque la alegría está a punto de emerger de esos rincones olvidados que se guarda la memoria. Es un recuerdo frívolo, opresivo, pero no sé por qué, la voluntad presente que hay allí alguna forma de bienestar, de satisfacción y alegría. ¿Qué será?, ayúdenme

neuronas, por favor, que para eso las pusieron allí, a ustedes, en la cabeza. Sigo contemplando el rostro de perfil, busco esa forma efímera de la felicidad en él, trato de atraer su júbilo hacia mi corazón. Helen ha dejado de hablar y llora en la línea a moco tendido, no como se esperaría de una mujer verdaderamente afligida, desesperada, sino como lo hace un ser que solo quiere fastidiar a sus semejantes.

El hombre de la levita voltea cuando se da cuenta de que lo miro con compasión. Sus ojillos membranosos se clavan en mí con dureza, parece desconcertado o aprehensivo, una mano descansa en el teclado y tamborilea sin sentido. Helen me insulta, que si no tengo sentimientos, que si no comprendo por lo que está pasando ella. Entre ambos me sumergen en ese estado de conciencia suspendida, en el cual es imposible saber qué se hace. Tapo el tubo para que no piense mal. Pero Helen escucha la tos con la que trato de detener las carcajadas, tal vez eso la suaviza. Afirma que aún espera que le pueda prestar el dinero.

En ese momento, el hombre de la levita salta hacia mí y me arrebató el teléfono, se dispone a reanudar la conversación con Helen. Me separo y voy al refrigerador, huele muy mal, además de que desde el cajón de las verduras chorrea jugo pegajoso. No sé por qué me fijo en eso, precisamente ahora que la luz interna se apaga antes de que tire la puerta. Me ha quedado suficiente tiempo para extraer la bebida. Es una botella de vino barato, más cercano al jugo de frutas que al verdadero vino. Escojo dos vasos y me dirijo hacia el hombre de la levita que se despide de Helen. Escucho las instrucciones que le da. «Dos cuadras antes del centro comercial... en la esquina de la Sexta

Avenida, siguiendo la Primera Calle. Sí, justo allí. Un individuo vestido de doctor en un carro negro pasará a recogerla, no se preocupe ya, deje de llorar, el dinero es lo de menos, ya lo pagará a su debido tiempo». Palabras que se meten en la línea desde la tráquea, que no tienen resonancia, puesto que no pasaron por el paladar. Palabras que revuelven el estómago, que hacen perder la perspectiva, el equilibrio mental, el sosiego, soy un cuerpo flotante que se acerca a ellas desde el refrigerador. Comprendo que el hombre de la levita va a ayudar a Helen con el dinero y que tiene otros secuaces que le sirven para esos casos. La sensación que sobreviene es de espanto, o sea que estamos rodeados de tipos como él, quiere decir que San Pedro Sula es un hervidero de...

No puedo seguir pensando claramente, el recuerdo salta desde ese lugar inadmisibile de la mente, o soy yo el que va hasta el momento antiguo en que se gestó. Lo cierto es que las imágenes que se me aparecen de presto se yuxtaponen, pero no se anulan, es esa extrapolación la que vuelve nítido el recuerdo. Soy un niño inocente y permanezco embobado en el sillón de una casa diferente a ésta, con los ojos fijos en la luz que proyecta un pequeño televisor en blanco y negro. El niño embobado y el televisor forman una misma realidad, y la casa donde se encuentran enmarca esa realidad volviéndola creíble. Descubro el programa, chusco y exiguo como cualquier programa de televisión que ha sido copiado ciento de veces.

El hombre de la levita está adentro de la proyección televisiva, es el protagonista. Tiene el mismo embrujo que refleja mientras cuelga el teléfono en este futuro. Es él. Recuerdo cómo me fascinaron sus

aventuras en aquel antiguo tiempo en que la vida se componía de trivialidades y esperanzas. Fantomas salta del aparador de un edificio mientras se burla de sus perseguidores; Fantomas brinca entre las azoteas de cientos de casas elegantes, se mete en los escondrijos y entre las oscuridades de una ciudad hecha a su medida. «La amenaza elegante», vociferan miles de voces, gritos que recorren el pasado. Cómo no haberlo imaginado antes, ese hombre se quedó conmigo desde mis primeras motivaciones infantiles, cuando todo lo que veía en la televisión era despiadadamente cierto. No solo es parte de mis recuerdos sino de mi propia formación emotiva. Al verse descubierto, el hombre de la levita se pone a señalarme, no es una amenaza definitiva, porque el gesto que ayuda a alargar el dedo parte desde el mismo corazón y, los corazones de los comics, no tienen malicia, ni estupor, ni venganza; tienen abnegación, astucia, misterio, fuerza, cualidades de héroe que mi propia percepción infantil ha encumbrado dentro de su pecho de papel.

Nos quedamos en silencio saboreando esa vieja intimidad infantil. Mientras una raya de luz, producto del farol de la calle, cruza por ambas caras y alcanza las sillas y todo el inmueble. Como dos viejos amigos que no necesitan hablarse, preguntarse nada, que están allí reconociéndose, que vuelven a abrirse a sentimientos poderosos.

XIV

He ido a la casa de Dulce María. ¿Recuerdan que le debía una visita? El primer día que fui no estaba y tuve que regresarme enfurruñado, convencíendome de no buscarla nunca más, por mucho que ella fuera a suplicarme. Pero al siguiente día ya estaba decidido a persistir con aquella visita. Ya se ve que puedo deshacerme de mis propios embustes fácilmente. Tampoco estaba esta vez, pero como había que valorar el esfuerzo del viaje realizado, me quedé en la pulpería que hay en la esquina de su calle, hasta que la vi bajarse de un taxi. No se crea que ha sido una espera apacible, el pulpero ha querido echarme unas dos veces o ha amenazado con delatarme a la Policía si no me identifico. Desconfía de los desconocidos que se quedan mucho tiempo en un mismo lugar y no consumen nada de lo que se les ofrece. Así se vive en estos barrios junto al río, con desconfianza y pavor.

Dulce María no se alegró de verme, al contrario, me ha echado en cara mi temeridad, que si no sé el peligro al que me expongo. Que, si no entiendo que soy un extranjero en estos territorios prohibidos, un enemigo jurado de los fulanos agazapados en las madrigueras de las márgenes del río. Entonces para qué me invita, le replico. Se queda callada enseguida y me invita a pasar.

Pero eso lo recuerdo desde otro momento, echado en mi cama, con los ojos cerrados y sintiendo la respiración de la bibliotecaria muy cerca de mi pecho.

Si abriera los ojos, sentiría su aliento artificial, el olor de su cráneo. El hechizo que construyo se rompería, se convertiría en un cuarto en penumbras dentro de una casa que resopla su desaliento desde las viguetas del techo. El calor también entraría y, entonces, el ambiente se tornaría insoportable. Dulce María sabe prepararse una buena cena y el café con que la acompaña tiene el sabor adecuado para disfrutarla con satisfacción. Su casa es estrecha y tiene rejillas en todos los agujeros, pero no es opresiva ni asfixiante; al contrario, se respira bien dentro de ella. Hay macetas con flores en la cocina y en el pequeño espacio del patio. Se podría estar bien allí si no fuera por los chillidos abrasivos que vienen desde afuera o por el olor a maleza en proceso de descomponerse del río. Contrariamente al desorden del barrio, su casa es tranquila, huele a desinfectante, a flores machacadas, a leve sudor de mujer. Con Dulce María uno vuelve a entrar en la vida ordinaria, la que empuja al esparcimiento, a la supresión de la lógica habitual. Se desea correr descalzo por algún terreno húmedo, se desea chapotear, ventear entre los matorrales... La pequeña abertura que se produce, de repente, en el ojo derecho, responde a la curiosidad súbita, malsana, de la conciencia en el futuro.

Mi voluntad que trata de localizar de dónde proceden los sonidos a papel rasgado que hace la bibliotecaria. Ha tomado el periódico y lo despedaza, pero no hay furia en su forma de tirar de las hojas, ni desencanto, es como si fuera un ejercicio individual de sus manos. Todavía está desnuda y su espalda fulgura con la luz que atraviesa el cuarto desde las celosías. Su cuerpo largo, retráctil, penetra por la abertura del ojo y me mueve de su sitio el recuerdo, el encanto. Un

pequeño latido me acalora el pecho, la ingle, ese lugar desconocido donde se genera el deseo. Concluyo la visión, aprieto el párpado y vuelvo a estar con Dulce María.

Veo que su cuchara va de sus labios a los míos; el aroma de la comida sabe a lápiz labial. Quiero abreviar el juego en el que nos enfrascamos y me inclino para que me bese directamente en la boca, pero entonces ella aparta la cara, deja la silla y se carga a más no poder. Está jugando, que qué creo yo, somos amigos, ¿no? Entre nosotros no puede haber nada más... y, como mi mente es una eterna viajera... Voy hasta ese pequeño pasado en el que Dulce María entró en mi presente. Una fiesta a la que fui a dar de carambola, en una discoteca ya desaparecida de la Zona Viva. Nos presentaron, nos animaron a bailar y luego nos dejaron solos. Una noche que había pasado rauda entre proposiciones y rogativas sin fundamento, que no me dejó ni un buen recuerdo para lidiar con él. Después estuvimos saliendo —como amigos, nada más— a algunas fiestecitas caseras. Me integré a su círculo de amigos, borrachines y vividores, con los que solía divertirse. Pienso que me toleraban porque invitaba los tragos y pagaba las entradas. Alguno estaba seguro de la relación entre Dulce María y yo y me respetaban, pero la mayoría de veces la postura del grupo era indefinida o de burla. Los dejé, aunque Dulce María siempre se comuniqué para invitarme a bailar o a que la visite. En su locura juvenil, a veces se pone triste, es entonces cuando necesita mis servicios, cuando me toma como su confidente, dice que soy un buen interlocutor, que sé escuchar. De entre su círculo, Mario (un gordinflón de primera) es el único que me cae bien. Estoy seguro de que, a la larga, existe

algo oculto entre él y Dulce María, algo que saben disimular a la perfección.

En la habitación, la bibliotecaria me clava su rodilla en la parte trasera del muslo. Gira para que su cadera se restriegue en mi glúteo, la sensación es intensa, abrumadora. Podría abrir los ojos y atraerla de nuevo, pero mi mente no sabe en qué sitio se encuentra todavía, cómo acomodarse a las circunstancias extemporáneas. Mi mente —digo mi mente— pero no es un enunciado que haya nacido en ese lugar que llamamos cerebro. Cómo explicar esa patología sicótica, anímica, en la que no se sabe exactamente dónde aterrizar. El cuerpo responde siempre sin coordinación, como el despojo de algo leve que se mueve al capricho de la corriente de aire, que viaja en todas direcciones. Y, sin voluntad, sin fijación, el plano voluptuoso se reduce a un hueco abierto en la cabeza, donde se hunden todos los razonamientos; la reflexión que permitiría la reacción física no se produce en ninguna parte. Soy solo yo que finge dormir, mientras me muevo en dimensiones particulares. Como la bibliotecaria no cree en ese ensueño, en el traslape, ahora me aprieta el hombro con sus dedos grandes y me da mordiditas en la espalda.

Hay un hálito de calor que me recorre, sobre todo en la parte en que las manos de la bibliotecaria se aferran. Podría estremecerme, vibrar, pero entonces en el lado que corresponde a Dulce María me tendría que poner a gritar. Claro, tengo derecho, no me ha hecho venir hasta su casa de puro gusto. Después de la cena la he tomado del brazo, se lo he retorcido y nos hemos puesto a jugar como dos adolescentes. Jueguito tonto de atraparse por la espalda, de girar en sentidos opuestos hasta que los cuerpos se estre-

chan tanto que se estorban. En una de esas no ha habido chance de apartar la boca, el beso ha sido experimental, suave, como corresponde al juego; dos superficies intactas, toscas, que se rozan. Inmediatamente he tenido una erección. Es la misma erección con la que ahora amenazo a la bibliotecaria. El problema de ella es que no se está quieta, hay que perseguirla por toda la cama. De más está decir que me ha sacado del artificio, que me hace abrir los ojos y me borra la excitación externa; ahora me obliga a cargar con sus piernas porque si no me patea.

Dulce maría, en ese resto de recuerdo, no me mira de manera descarnada, no se enfada conmigo porque la tengo prisionera, apretada entre los brazos, pero en el fondo busca repelerme sin exponerse a mis reclamos. Lo reafirma la disposición pujante de sus piernas, esa irregularidad en la respiración, pero, sobre todo, en las frases que no dice, las que atenaza con la lengua para no herirme. La erección se ablanda con su actitud. Entonces puedo pasar al futuro y emplearme a fondo, donde la resistencia de la bibliotecaria tiene algo de veleidad. La traslación inmediata permite que pueda hacer comparaciones, pero no entre Dulce María y la bibliotecaria sino entre este acto sexual que recién acabo de empezar con la bibliotecaria y con el que comenzó nuestra relación formal. Fue en una de las salidas al estadio, (a ella le gusta el fútbol y todas esas frivolidades) cuando al ardor de los goles que le marcamos al enemigo decidimos tomar un rumbo diferente al que nos marcaba la fiesta de los aficionados. Luego la segregación abrupta de la testosterona y el acaloramiento se traslada fácilmente a los genitales. Nos metimos en el primer hotel de paso que se nos puso enfrente y, sin mediar palabra,

hicimos el amor de manera desbocada. Pero era desbocada la actitud de los cuerpos, la respiración, porque en el fondo fue un suceso magro, insustancial, ordinario, como entrar a un terreno conocido, sin precauciones. Ya lo había olvidado, pero andar al garete con las imágenes prendidas de la cabeza lo trajo de vuelta.

Digamos en provecho de la bibliotecaria que es demasiado dúctil, que juega mucho para evitar darle importancia a los gritillos de satisfacción que emite. Distendida, me recibe una y otra vez, pero ya no se mueve, parece concentrada en evitar ahogarse. Su piel se torna fría por efecto de no sé qué clase de sudoración y necesita que yo bloquee sus labios con la barbilla para acalorarse. Alguna de sus manos me palmea los glúteos, pero en general, permanece inactiva. No sé en qué momento empezó el intento de violación. Dulce María usa jeans ajustados y eso dificultaba el avance de mis caricias, además de que se protegía doblando la cadera y arañándose el pecho. Pero yo estaba bajo la influencia de esa escisión de personalidad que me lleva de un ámbito a otro cuando entro en pánico, y solo veía en ella la cara de la bibliotecaria que me provocaba con su juego. Veía este momento, cuando la bibliotecaria explota en una seguidilla de jadeos.

Había cerrado los ojos para que no viera inocencia en ellos, para que no me reconociera, pero el relumbro fugaz me hizo abrirlos de nuevo. Dulce María había alcanzado el mueble de cocina y había tomado el cuchillo. La punta se acercaba peligrosamente a mi abdomen. Pero no tuve miedo ni me detuve ni me exasperé. Comprendía que había algo ficticio entre nosotros, que ella sería incapaz de hundir la punta

en mi vientre, que su humor no daba para tanto, que solo quería asustarme. Luego una parte de los botones de su blusa explotó y medio torso suyo quedó expuesto, ceñido por aquellas manos que no permitían la retirada. El pequeño sostén se había movido de su lugar por la lucha. La bibliotecaria tiene una forma peculiar de terminar, se relaja hasta la inmovilidad y luego eclosiona en un estertor que solo se manifiesta de la cintura para abajo. Ondula el cuerpo para deshacerse del cuerpo agresor sobre ella, pero al mismo tiempo se aferra con todas sus fuerzas a él. Es preciso apretarla contra el colchón desde los hombros y maniatarle las rodillas antes de que deje salir todo el aire que contienen sus pulmones. Creo que Dulce María estaba dándose cuenta de la inutilidad del cuchillo cuando un giro abrupto de su mano derecha me hirió el antebrazo. Debido a la agitación, a los resoplidos, la sangre debió manar en el acto, un reguero que alcanzaba a empaparnos a los dos. Entonces Dulce María entró en pánico y se apretó a mí como si deseara salvarme de algo. Su cuerpo que huía hasta hace poco, ahora se arrimaba al mío y me apretaba la herida. No sé lo que hizo enseguida, los vendajes y todos los mimos con los que logró tranquilizarme. Hasta ahorita que la bibliotecaria se incorpora, pasa encima de mi brazo herido y me hace gritar de dolor.

XV

Un correo electrónico bullicioso me saca de la modorra, de esa pereza múltiple en la que he caído después de dos días de hacerme el enfermo para escapar de las obligaciones del instituto. No he asistido a las clases de hoy tampoco. ¿Para qué? Aprovecharé el asueto de septiembre, dizque por la mentada independencia del país, para seguir tirado en la cama. Desde la computadora Fantomas me guiña su ojo misterioso (ya no vale la pena seguir llamándole como el hombre de la levita, démosle su nombre verdadero, el que siempre tuvo). Afuera suenan ruidos nuevos, como los que produce una ciudad que se despabila, una ciudad enana que huye del sol que se instala tempranamente en su lomo de hormigón. Como un animal encaprichado, salvaje, las fauces de San Pedro Sula resoplan su vaho maloliente, pútrido, sobre las innumerables filas de automóviles que recién se forman en sus entradas. Desde mi perspectiva podrían confundirse con otra cosa: líneas de hormigas, de escarabajos, depende de la intensidad del vapor que se levanta del suelo.

Fantomas ha colocado una pizarra de cartón en la pared más amplia de la sala de mi casa. Un dibujo chapucero en el centro representa el mapa de San Pedro Sula. Con chinchetas ha marcado posibles sitios donde el industrial podría estar escondido —cree él—. Una intrincada red de líneas rojas y azules señala los lugares donde afirma haberlo visto. Otras líneas punteadas indican sectores donde últimamente han sido asesi-

nadas personas por diversas causas, que, en su fiebre de investigador, en su desatino, Fantomas cree que se relacionan con el caso del industrial. Porque para su infinita y mañosa percepción todos los acontecimientos de San Pedro Sula derivan en un solo suceso. Está obsesionado y no hay manera de lidiar con esa manía suya. El problema es que su desquiciamiento también me alcanza a mí y, aunque a veces trato de zafarme de su influencia maligna, al final siempre caigo en sus chaladuras. Me hago parte de su cruel demencia, aunque en mi caso particular, ésta se manifieste en una terrible laxitud. Creo que, si últimamente me embriago tanto, lo hago para escapar de ese terrible estrechamiento conque su vida de mierda me atenaza. Fantomas no es mi obsesión, lo sé, sino la obsesión de esa parte mía antigua, infantil, que siempre tiraba hacia la melancolía, hacia la búsqueda de un sentimiento noble, inocente, atrapado sepa quién sabe dónde. Después de una noche de tragos y de terribles fantasmagorías, uno puede reflexionar tranquilamente acerca de los pasajes oscuros en los que se ha corrido, uno puede apreciarlos de una manera fidedigna, cabal, y determinar lo que hay de falso en ellos.

Otra cosa, creo que, definitivamente, Fantomas está loco de remate, que ha logrado trasladar su vetusta época hasta este siglo XXI que apenas comienza. Lo peor, siento que me gusta todo esto, que me acostumbro rápidamente, que yo mismo propicio las condiciones para que él actúe en libertad. Sus correos electrónicos son las respuestas a todas mis objeciones futuras. Creo que mi soledad, que mi manera hurana de vivir, son compatibles, encajan con esa locura suya. El ser mediocre que represento no reprueba decantar su voluntad hacia el tipo de acción onírica

que le conviene a Fantomas. Una actividad que opera lejos de los sentidos, en un plano ideal, donde la imposibilidad es el referente, la meta. Fantomas es siempre el motor de ese ensueño, de allí la sinrazón, la forma de cautivar la memoria; ese síntoma de paratesia que me ataca cuando entro en sus dominios. Pero dejemos las explicaciones estúpidas, las elucubraciones irracionales, porque en este estado en que se haya mi cabecita soy capaz de cualquier profusión amor al. Mejor leamos algo de lo que los secuaces de Fantomas nos envían desde ese oscuro siglo suyo:

Cuarta persona desaparecida

(...) Fragmentos, fragmentos, fragmentos... ¿Quién no se da cuenta a tiempo de que la vida es un enredo de pequeños pedacitos? Valiosos y no valiosos, profanos y castizos, desesperados y acogedores. Fragmentos, fragmentos tontos... también la vida se aleja hacia algún lado a partir de fragmentos en disolución. Por eso no se puede traer siempre a la memoria aquellos memorables escenarios que fueron ligando las unidades de la verdad propositiva que es la experiencia. Por eso no... y, en ese trajín que hace de la vida una vida, olvidamos que hay seres anclados en cada episodio, que fuimos hechos como ellos, de ellos, pero que tenían una breve participación que desempeñaron a su modo, y que por eso ¡Zas!, huyeron de nuestros recuerdos a la primera oportunidad, se zafaron hacia ese imprevisible silencio que es el pasado del pasado total. Tratar de sacudir el cerebro para rehacerlos de nuevo es la meta de la vejez. No traerlos, recomponerlos o dibujarlos, puesto que eso materialmente es imposible. Acercarse uno, tímidamente, despacio, desde esa po-

sición intransigente, inverosímil; desde un espacio y un tiempo que aún son dubitativos e incompatibles.

Miriam (tenía un nombre sacro a su pesar, de heroína) es solo el fragmento de una vida pequeña que no se ligó a nada. Era un bultito de carne enferma plantada encima de la acera más concurrida del barrio; vocecita y cuerpecito ya roídos por los avispados microorganismos que nacieron con ella o que se liaron a ella en el hospital. No comprendía la melancolía de la tarde, no sabía que la tristeza brota de uno mismo, que se canta y se repite la misma melodía porque si no nos ahogamos, nos morimos con el declinar del día, con la llegada insensata de la oración y del crepúsculo. Cantaba y cantaba a todo el que quisiera oírle. ¿Intuía la brevedad de su voz? Que antes de los cinco años se impregnaría de nuevo en el paisaje.

Si le hubiéramos pedido a Miriam que se callara, se habría puesto a llorar de inmediato y no lo hubiéramos soportado. Éramos chiquillos con la misma edad que ella y necesitábamos algo a qué aferrarnos. El espacio se llenaba con sus balbuceos cada vez que nos acercábamos a la esquina donde ella presidía. Como un picoteo tenaz, obsesivo, que solo se calmaba cuando había lluvia y se paraban los juegos. Por ese tiempo caía mucha siempre, por las tardes, y sus fibras se desnutrían al contacto con el agua.

Miriam canta y arrulla aún aquella infancia antigua, ese tiempo que se escuda detrás de todas las sinrazones presentes. Cada vez que uno se asoma allí, es su carita canora la que lo recibe. Sus bracitos sin tracción, las piernitas paralizadas, torcidas por la enfermedad y esa forma misteriosa de arrastrarse, casi nada en el bullicio de esas tardes de trompo y pelota. Mostrarse al mundo de la acera que no la

determina, que sigue embutiéndola en el vil anónimo, es su formar de trascender.

Pasábamos sobre ella, tropicando, y nuestros gritos se encontraban con su voz de eterna cantora. Aunque no lo sabíamos, su canto era el complemento del barrullo, como que, si nada fuera cierto, si no lo aderezaba con su voz. Precisamente, se pueden visitar ahora aquellos juegos porque la voz de la niña los trae de regreso. Lo demás es desencanto, castigos, solo permanece lo efímero de esas tardes.

Después Miriam se fue, la acera recuperó su júbilo, su alegría, y otras voces, menos creíbles, destempladas, pero más acogedoras, suplantaron la suya. Emigró hacia latitudes que se cobrarían su vida, hacia el inconmensurable vacío de los que se quedan varados en un tiempo sin movimiento. Ni siquiera hay el consuelo de un lloro o de una despedida, nada para evitar que siga anclada en ese mar de juegos. Su ruta en medio de una carretera, asfaltada ahora por el progreso, se desvanece de la mente, tornándose inverosímil. De la niñita con parálisis que cantaba hora tras hora como una súplica a dioses infantiles y del chiquillo que detenía su zurda prodigiosa en medio del partido para oír la cantar, no queda nada. Apenas ese coagulito de sangre atornillado en alguna parte de la arteria principal, que destila su veneno, que lucha contra el órgano miserable que insiste en acercarnos a la muerte.

XVI

En algún momento de este relato descubrimos algo trascendental (para que vean que no perdimos el tiempo en simplezas). Hallamos una fotografía borrosa en el diario que prefiguraba la fatalidad del destino de los hombres. Había sido captada al azar por una cámara instalada en el portón de un edificio del Estado. Al pie de página se señalaba que era la cara de un asesino de carne de hueso, en pleno trajinar. Unos días antes habían matado a un padre de familia, por robarle unos míseros lempiras y el teléfono celular, enfrente del susodicho edificio. Quiso la suerte que una vez consumado el crimen, el hechor se acercara demasiado al muro de concreto, en un afán por ocultarse de los transeúntes, sin saber que se estaba exponiendo al ojo ávido de la cámara. Se pedía a la ciudadanía responsable ayudar con el reconocimiento del ladrón, incluso se daría una buena recompensa al que proporcionara alguna información valiosa.

Fantomas entró ese día dando brincos a mi casa. Se enredaba en la levita sucia y raída de tan ofuscado que estaba. Que si no iba a darle la razón ahora, que si no comprendía el meollo del asunto ahora, que si iba a cerrar los ojos a la verdad ahora. Que si había mirado bien la fotografía. La cara se correspondía con la del industrial, qué iba a hacerse, él siempre tuvo la razón de sospechar. La analogía se había transmitido al papel desde la cámara, qué iba a hacerse. Para refutarle, había que ponerse serio, malhumorado. Pero si no sabía

él que hay mucha gente que se parece en este mundo. Qué conclusiones cabales podrían extraerse de una fotografía borrosa en la que los detalles se difuminaban en una masa grisácea. ¿Eres tonto o qué?, no te has fijado bien, claro, sigues viendo las cosas por encima, en su superficie. Solo busco ser objetivo, sabes, parecerme al investigador responsable en que quiero convertirme. Zarpazo, casi una cachetada para despertarme. Puedo enumerarte muchas menudencias que estás pasando por alto. Bajó la mano agresora y se acercó. Extrajo otra fotografía del fondo del bolsillo de la levita y la puso a la par de la del diario. ¿Ves?... mira la pupila, lechosa, sin perspectiva, más acusada en el ojo derecho... ahora la ceja del mismo lado, puedes detectar la minúscula brecha entre la pelambre, una cortadura en el mismo lugar, exactamente... por si fuera poco, sorpréndete con los detalles de la nariz, ladeada hacia la izquierda desde el nacimiento del tabique, como si el cartílago deformado no pudiera mantenerla erecta... Contempla los labios, esa abolladura en el abultamiento del pliegue superior, allí donde la boca se cierra de manera forzada debido a la gran magnitud de los incisivos. El labio inferior se expande en el lugar donde la carne se ha enrollado por la imperfección.

Y qué decir del mentón, obeso y con muescas, sobre todo en la zona donde la barba ha dejado su sombra. ¿Qué más datos quieres?, aunque lo más importante de todo es el gesto, la frivolidad, esa fuerza colgante, liviana, que quiere representar una meditación profunda y que es la máscara de la burla, de la abyección. Mira cómo se retrotrae el conjunto, como se agazapa para dejar salir el puro nihilismo, la ambición, el desaliento... Como no podía mirar lo que Fantomas miraba, lo interrumpí y me volteé para

concentrarme mejor en su cara. También él compararía algunos rasgos con los del criminal que describía. Es más, eran más acusados los detalles en su propio rostro que en el del otro.

Se lo dije para que parara ya. La mano alzada por encima del hombro, presta a machacar los dientes de tuvo mi parlamento. Gritó, y me puso una fotografía en cada ojo para que me convenciera. No encuentras el sentido, ¿verdad? —volvió a gritar, me restregaba el cartón en el rostro. No, no, no y no, dije. El industrial es un hombre complejo, es rico e importante, astuto, pero a la vez incursiona en el bajo mundo, podría estar experimentando, nada cuaja en él, ¿comprendes? No tiene necesidad de hacer lo que hace, pero eso no es una justificación, se trae algo entre manos muy valioso que es preciso descubrir, ¿entiendes? Pero si ya lo enterramos —me atrevo a replicarle— aunque estoy consciente del peligro que entraña llevarle la contraria en estas condiciones. ¡Estúpido!, escupe.

Luego de unos minutos separa las manos y baja la guardia. Se tranquiliza de a poco, en algún momento se pone a aconsejarme. Voz queda, que, sin embargo, se altera a ratos cuando se refiere a mi falta de acción, a mi cobardía. Ese es tu problema, el de este país pobretón en que vives, ustedes son muy condescendientes, pasivos, por eso esto es el paraíso de la criminalidad. Énfasis con resoplido para ver si puedo entender las cosas de una vez. Aquí todo funciona por inercia. Las manifestaciones del espíritu son cosas serias, ¿entiendes, pedazo de pendejo?, hay que afrontarlas con denuedo, no se puede evadir continuamente la...

Todo su discurso se entierra en el paisaje de la casa en tinieblas, como si la misma casa se lo tragara de un

solo bocado. No hay interlocutor, solo esas fotografías sosteniéndose en el aire, moviéndose al compás de la voz que parece provenir de las paredes. Palabras arenosas, encaladas, puesto que brotan de la mezcla del concreto; palabras ensombrecidas por la enormidad del volumen que representa la casa. Creo que empiezo a dormirme entonces, que en el sueño soy yo el que está dentro de las fotografías. Estoy adentro y miro lo que parece ser la secuencia distorsionada de una escena ordinaria. Hay dos hombres allí afuera pegándose en el rostro mientras discuten. Todo eso ocurre en la borrosa penumbra de una casa solitaria.

XVII

De pronto, yo mismo me estaba convirtiendo en Fantomas. Deseaba ponerme a escalar edificios, entrar en las casas ajenas, sustraer todo lo valioso que hubiera dentro de ellas: joyas, títulos, artículos suntuarios, dinero, verdaderos baluartes de la riqueza; apropiarme de lo que creía me negaban en la realidad. Quería poder escurrirme de la Policía con facilidad y tener el talento para dejarlos plantados en cualquier callejón. Alardear de mi traje pintoresco y de la ira de mis perseguidores que no contaban con mi astucia. Pero eso era imposible llevarlo a cabo en la realidad, —me daba cuenta rápido, mientras chupeteaba de la botella de cerveza. Se debía a que mi espíritu estaba tan perturbado por las múltiples bifurcaciones de la imaginación que no toleraría aventurarse en otra más. Ya no tenía fuerzas para abrirme a nuevas experiencias vitales, a caprichos de la mente. Solo en el fondo de las ensoñaciones nocturnas de mi inconsciencia es que encontraba alguna analogía con aquel personaje de mi infancia.

Dentro de la alucinación nerviosa era sencillamente el ladrón elegante y forcejeaba con mi verdadera personalidad que se alejaba hacia la vejez.

El problema era hallar esas similitudes siempre en la vigilia, sin tener que sacrificar la tranquilidad del torrente sanguíneo, la lucidez de la memoria. Fantomas era una sombra, ya lo sabía yo, pero no pertenecía al reino de las sombras, ni estaba influenciado por una metafísica del alma perturbada; al contrario, se mo-

vía tan a gusto dentro del cascarón objetivo de la casa que, al tratar de desterrarlo de ella, terminaba dándole una vida más concreta. Por eso ese traslape entre sueño y vigilia que se posesionaba de todo cuando yo entraba en su zona de influencia; por eso el desaliento, el fastidio, la desesperanza, la pereza, que no me dejaban levantarme de la cama.

¿Puede ser uno alguien y ser ajeno a ese alguien a la vez? Es posible, siempre y cuando se pueda aislar o establecer variantes entre la personalidad de cada individuo y su respectivo contexto. Me gustaba debatirme en la pereza, la postración, el desánimo, porque entonces podía conducirme fácilmente a ese estado de espera infinita que Fantomas imponía en la casa. Lo veía entrar a mi vida desde el sueño y darme explicaciones de las últimas noticias del mundo, del avance de la investigación en el caso del industrial, pero desde una perspectiva indeterminada, agotadamente artificial.

Podría Fantomas hallarse en el pasado o en un futuro lejano, pero en mi ensoñación era el presente o la descripción del presente. Yo era el testigo de un fantasma solitario que lograría concretarse en el paisaje real, únicamente, si la Policía conseguía llegar a la conclusión de que la amante del industrial había también desaparecido, de que era prudente buscarlos a ambos entre esa apariencia absurda en que se convierte todo crimen después de cierto tiempo de consumado. En ese otro momento que era la realidad física, objetiva, la que no tiene privaciones, Fantomas movía las chinchetas de lugar y señalaba otras rutas posibles de escape. Me explicaba que el industrial podría estar ya alcanzando su propio destino y que eso decidiría las digresiones de mi propio futuro.

Tantos estados disímiles a la vez, tanta divergencia entre ellos me agotaba hasta la extenuación. Me quedaba estático en la cama, postrado, y me concentraba en nimiedades. Por ejemplo, en la sensación que producía la rozadura de los genitales desnudos en la cobija. Entonces, las imágenes verdaderas de mi existencia saltaban desde ese minúsculo placer sexual. Los personajes que Fantomas había mencionado hacía solo unos segundos aparecían formando un mural de concatenaciones variadas e infinitas ante mis ojos. La vida pintada en la pared, la vida deambulando en medio de la sala cochambrosa, fuera de las circunstancias, alcanzaba su sentido pleno, definitivo. Eran patéticas y absurdas a la vez todas esas imágenes que se me ponían enfrente. Uno estaba adentro y decidía, pero al mismo tiempo era un observador desnudo que se atrincheraba en el colchón, dubitativo, enfermo. Yo era Fantomas que explicaba las inconsistencias de la Policía y, a la vez, quien las inventaba para un testigo desnudo que se arrellanaba en la cama, colgado de sus genitales. Era una perspectiva multiplicada por un personaje omnisciente que se servía de su cómoda posición para narrar lo que miraba. Al final, yo levantaba la vista y miraba al hombre que escribía imponiéndose por encima de la casa, de la ciudad, del mundo, y le encontraba algún parecido conmigo. Al cerrar los ojos volvía a ser el mismo imbécil de siempre que solo quería que lo dejaran en paz, mientras se preparaba en silencio un desayuno de mentirillas.

Seguía sin ir al colegio, seguía alimentándome de lo que se pudría en el refrigerador, sacando de fiado al pulpero cuando el refrigerador había vomitado todo lo comestible. Le hacía el amor, sin ganas, a la bibliotecaria, que me iba a buscar cada dos días y

que se ponía irritable después del acto, porque quería que me levantara de la cama. Traía siempre una embajada del instituto y ella la repetía con suma gravedad, después del amor. Siempre después, cuando me veía voltearme y darle la espalda con desinterés. Me estaban dando otra oportunidad, el Capellán y sus adláteres exigían que me presentara a trabajar, barajaban un plazo de tres días; cuatro, a lo sumo, nada más. Total, le replicaba yo desde la infinita monotonía, el año lectivo está ya a punto de acabar, ¿para qué molestarse?

Cuando me quedaba solo intentaba levantarme, no se crea, no era tan irresponsable. La casa era demasiado grande para mí y el calor casi respirable. Ponía todo el empeño, me apoyaba en uno de los tubos del respaldo de la cama y me reincorporaba. Ensayaba pasos trabados, que luego de minutos dolorosos, lograban conducirme hacia el cuarto de baño. Intentaba asearme, acercaba la cabeza al grifo, pero siempre terminaba retrocediendo, en el momento en que el agua del chorro iba a aporrear me el cráneo. Tenía miedo de sentirme limpio, de imaginar que tendría que caminar entre vecinos inescrupulosos y pasajeros irritables. Miedo de recuperar aquel entusiasmo de mi primera juventud, de que el mundo me recibiera con agrado y que yo me acostumbrara solícito a aquel júbilo. De alguna manera, Fantomas me había sacado de ese mundo ordinario, común, cotidiano, y se imponía dentro de mi debilitada voluntad para que yo no volviera nunca más a él.

Para no volverme loco de remate me aferré a la computadora. Los pocos momentos en que salía de la cama, me iba furtivamente a sentarme enfrente de ella. A veces ni la encendía, pero me daba la oportu-

nidad de hablarle a alguien. Llegué, incluso, a sentir que podía enamorarme de ella, que poseía un alma de electricidad que se conmovía cuando yo la abrazaba, cuando recostaba mi cabeza en su superficie metalizada. Pero no se equivoquen, yo no estaba compensando con ella el vacío existencial que había dejado mi madre; la computadora nunca sería una alegoría de su amor, sencillamente, era lo único vivo dentro de la casa. Uno siente que hay un mundo palpitando allí adentro de ella, y que la tristeza tiene otro matiz, un sabor distinto, si se la puede arrojar en sus intersticios. Era una tristeza que germinaba en la cama y brotaba a medida el sudor iba triscando mi cuerpo; se hacía parte de esa película aceitosa que me atiborraba la piel y me dejaba un olor desagradable dentro de la nariz. Si esa tristeza crecía demasiado, era posible abrirse las venas por cualquier pretexto, colgarse de alguna vigueta, o la sobredosis fatal que no falla. Era mejor arrimarse a aquel aparato mudo y tratar de almacenar el resto del dolor en ella, o compartírselo, que se lo llevara, en tantos correos electrónicos que iban y venían prometiendo la felicidad.

Descubrir en el hombre de la levita a Fantomas e, inmediatamente, empezar a sentir pena por alegrías y recuerdos de la infancia, fue todo en uno. Fantomas me sacudía la conciencia, penetraba hasta ese pozo abyecto que es toda esencia humana y, desde allí, paralizaba el funcionamiento de mis músculos, de mi voluntad, me controlaba. Me hacía ver el castigo que es la vida, las encrucijadas que la tornan repudiable, la ineptitud de toda mente, el sufrimiento que nunca decrece. No se puede ser dichoso con semejantes limitaciones, el mundo es un remedo del paraíso, el mundo es... En el monitor se reflejaba la sombra que

iba dejándome, esa cosa que necesita el rincón oscuro para hacerse perceptible. Yo veía a Fantomas ir hacia la puerta y volatizarse en el momento en que se topaba con la luz del sol de la calle. Entonces, sentía cómo todo lo que se había acumulado a lo largo de años de melancolía iba revolviéndose, desencantándose, poniéndose en contra mía. Percibía cómo bulle por dentro de uno esa alma decadente que no quieres enseñar a nadie, porque duele, sangra, supura; porque guarda todo lo que en verdad eres.

Me quedaba refugiarme en la cama o seguir los disparates de la computadora. Entraba a internet para, mediante las imágenes que se podían pescar allí, hacer verdaderos los borradores de esos recuerdos que me incomodaban. Entre tanta inmoralidad virtual quedaba un resquicio en que la auténtica vida podía fluir y manifestarse. Uno soltaba mandatos y palabras encriptadas para participar de ese mundillo que nos guiña su ojo miserable desde la red. Buscaba los elementos que conectaran a Fantomas con mi propia realidad, que los justificaran, pero Google y su sarta caótica de información no me decía más que lo elemental, lo prosaico, lo que yo ya sabía desde hace tiempo. «Fantomas es el protagonista archivillano y mente criminal de una serie de novelas policiacas escritas por Marcel Allain y Piere Souvestre...». Bla bla bla bla. Sería acaso uno de esos escritores el que se me aparecía, escribiendo en la penumbra, cuando indignado por la vastedad de la red me quedaba dormido, abrazado a la mesa.

XVIII

Hay un lapso muy grande de meses en que estuve enfermo y no supe nada del mundo. Aparecieron unos tíos por parte de mi madre, médicos reconocidos y consejeros espirituales de primer nivel, que se ofrecieron a ayudarme a entrar en la convalecencia. La bibliotecaria también puso su granito de arena, cómo no, le convenía. Por eso, antes de Navidad y Año Nuevo ya estaba curado y comprometido de por vida. La opinión general se impuso, estaban de acuerdo en que necesitaba compañía; alguien que me sacara de ese mutismo en el que había caído, por cuyo medio creía ver seres inexistentes e imaginaba que participaba en aventuras fantásticas. Es probable que en lo peor de la crisis haya llamado muchas veces a Fantomas, lo haya nombrado sin pudor. Nadie me lo ha recriminado todavía, pero puedo adivinarlo en los semblantes, en los consejos que me dan.

Ya no me dejan tanto tiempo solo, han acondicionado la casa y sacado todo lo viejo, lo arcaico de ella, con lo cual, la atmósfera mórbida de siempre ha sido sustituida por un horizonte luminoso y despejado. Ya no puedo comunicarme con la casa, ya no me siento a mis anchas en ella, pero como parece más amplia, confortable, jovial, me conformo. El hombre que creía ver escribiendo por encima de los agujeros del techo, ha desaparecido también, para ceder su lugar a las viguetas ahumadas o a la escayola con manchas de goteras del cielo falso. Materiales concretos, verosímiles, duros, que ya no me remiten más a aluci-

naciones inútiles. Una tranquilidad letal pulula en el ambiente. Uno quiere tomarla, apuñarla y ponerse a gritar de alegría.

Entre todos los que entran y salen de la casa han armado la farsa, sin mi consentimiento, claro. Al final solo soy un bulto en la cama que mueve la cabeza y se toma las medicinas. Adivino que pronto tendrá lugar aquí una ceremonia importante de la que formaré parte activa; no soy tonto, no estoy tan loco. El inusitado movimiento de la casa responde a la manera que han hallado para salvarme: van a hacerme contraer responsabilidades, atarme a una mujer de verdad... «tan tan tantán, tan tan tantán»... ¿Lo he consentido dejándolos hacer a su antojo, o he empeñado mi palabra desde esa locura pasajera que es la indiferencia? Cuando pregunto por mi enfermedad real, todos se cruzan de brazos. «Lapsus» acaba diciendo mi tío, el doctor, que es quién me trata todavía. Mi existencia se ha convertido, durante estos últimos meses, en una enorme tregua, un hoyo del que no guardaré recuerdos.

Siento como si despertara de un sueño voluminoso que me tenía narcotizado, pero del cual no logro desprenderme del todo. Hay vestigios, como hilos de araña, que me sostienen aún dentro de él. Cuando me dejan solo vuelvo a caer en esa perturbación que es toda pesadilla. El problema verdadero es que a mí me gusta esa vacilación onírica de la mente, prefiero estar así que despierto o con los alumnos. No debe ser reconfortante para un discapacitado mental como yo acostumbrarse a una vigilia perpetua, con los mismos paisajes, idénticas personas, iguales pensamientos, porque, acaso, es allí donde se concretizan nuestros peores miedos. En la ensoñación la rea-

lidad está nimbada por esos desapacibles deseos que tenemos latentes en la cabeza y que vuelven familiar cualquier temor. Es preferible la fantasía, la farsa, a soportar los consejos facilones de las personas comunes y corrientes.

Por suerte, hoy se han ido todos temprano. El médico que me trata, la aseadora, y la señora que me prepara los alimentos. Pongamos que puedo levantarme de la cama a mis anchas y reunirme a solas con la computadora. Recuerdo que querían llevársela y que me opuse, que esgrimí toda mi irracionalidad para que la dejaran donde estaba. Pongamos que zapateo hasta ella, que me siento y que acaricio su superficie plastificada hasta llegar a los correos electrónicos. Hay cientos que aguardan en la bandeja de entrada, como gusanos que se debaten en espera del puntillazo que los libere de sus encierros. La mayoría tiene la dirección de Fantomas, los que restan son pura basura. Abro el que considero más reciente y me pongo a seguirlo... quince segundos para que me aburra por completo. No dice más que estupideces. Es una relación pormenorizada de la situación del mundo, como si Fantomas tratara de ponerme al día de los sucesos más importantes que ocurren afuera para que yo no me pierda de nada. Sigo hurgando, mientras contengo el aliento para que esa franja de luz que separa el protector de vidrio de mi cara no se nuble con la respiración alterada. A ver éste que tiene... a ver, no, no sirve. Este otro tiene colores diamantinos... es hermoso, pero tampoco. Necesito el vaso de agua, el cigarrillo, la pose, para entrar en la ficción, en el mundo de Fantomas. Requiero del acicate de la duda, del sufrimiento, para crear las con-

diciones ideales que generen un verdadero patrón espiritual, de allí a la literatura hay medio paso.

Iba a correr hacia el refrigerador cuando me acuerdo. Fantomas me escribe desde el futuro, es inútil que trate de encontrarlo entre correos que remiten a acontecimientos próximos. Me concentro para dejar correr el cursor, hasta alcanzar esas fechas que se escudan en las anfractuosidades de una red que no parece tener fin. Es como regresar después de la muerte, no a un mundo que ha quedado atrás sino a uno que se nos ha adelantado. Abro el correo que considero más lejano y me olvido de todos los elementos circundantes en que se apoya. Poco a poco tiro de esa realidad que me sumerge en lo maravilloso, que me permite entrar al país de las imposibilidades. La casa y todo el conjunto se alteran, se transforman en algo fluido, movedizo. Dentro de esa vorágine yo estoy frente a frente con Fantomas, exponiéndole mi propia teoría del caso del industrial, dándole instrucciones que debe seguir, pero luego me decanto hacia la maravilla, hacia el artificio. Lectura y expresión simultánea, como en un juego de espejos que debemos seguir.

Hombre desaparecido en combate

Comprende que el meollo del asunto está en que el industrial fue engañado por sus propios secuaces. Deseaban el bienestar ajeno, granjearse lo que no era para ellos, apropiarse del nivel de vida despreocupado que obliga a la ambición o a la indiferencia. De la única manera que podían lograrlo era delinquiendo o arrebatándoselo a quien lo había logrado ya. Así que a punta de pistola le propusieron un plan que dejaría a todos contentos. Era solo cuestión de poner a producir un dinero que se

avejentaba sin razón en las arcas de los bancos. Tanto por ciento para cada uno y que las aseguradoras resuelvan sus problemas financieros como puedan. ¿Qué te parece, mano? Todos ganarían y se sacarían de encima ese penoso suceso de la amante del industrial que nadie sabe dónde ha parado. Encubrir el hecho con otro encubrimiento más sustancioso. El industrial se puso receloso, eran sus hombres de confianza, a los que había revelado sus secretos más íntimos. Si los que te conocen y viven de la liberalidad de tus ganancias te traicionan, es que no has sabido conducirte con la severidad debida. Pero, para qué ganarse más enemigos, total, las empresas estaban bien cimentadas y podrían mantenerse en pie por siglos, aunque se les robe un cachito cada tanto. Idearon esa farsa que no falla nunca (sobre todo en países tan miserables como los nuestros, en los que los bomberos están muy ocupados en procurarse el jornal diario y no investigan nada). El incendio empezaría a deshoras e implicaría la destrucción de una bodega aparentemente cargadita de mercaderías y de los papeles que apuntalan la existencia de esas mercaderías. Todo natural y creíble, hasta la instalación eléctrica que estalla en el momento menos pensado. Los preparativos tomaron en cuenta todos los detalles hasta el más nimio, se indujo a los celadores a mantenerse fuera del radio de acción del fuego, se les aconsejó desconocer cualquier tipo de alarma y callar, se les aseguró que el pánico es una forma de cobardía jurídica que no está enmarcada dentro de sus deberes laborales. El clima ayudó mucho, sumó una temperatura del demonio que para una noche de octubre era inaudita, y que les vino como caída del cielo.

Cuando todo estuvo listo y cada uno de los actores en sus puestos preestablecidos se dio la señal

de empezar con el infierno. El actante protagonista, pirómano consumado, de contrato —a quien seguiremos en sus avatares— cortó los debidos candados, penetró sigilosamente en la estancia saturada de combustible, se cercioró de borrar las huellas de su desplazamiento, por si las moscas, extrajo el manojo de cables de su nicho, acumuló los materiales que alentarían la hoguera, repasó mentalmente el plan de su huida, lo volvió a repasar para estar seguro y se dispuso a dejar caer el fósforo. ¿El fósforo?, ¿dónde?, ¿dónde?, ¿el fósforo?, sí, dónde está.

Se acordó demasiado tarde que había previsto bien todos los detalles, menos procurarse una cajetilla. Nadie se lo recordó porque todos lo dieron por sentado. Para un fumador empedernido como él, sería inamisible, imposible de creer que no anduviera cargando una cerrilla. Pero el fósforo no aparecía por ningún lado y había que actuar de prisa, sino todo se iría por la borda. Entonces empiezan las improvisaciones, los malabares; los nervios que estallan en sus respectivos circuitos. Pero en vez de volver sobre los pasos y pedir ayuda a los compinches, a los que esperan en los automóviles afuera... había, es cierto, dentro de la bodega suficientes materiales para provocar una chispa, pero ya se ve que todos estos métodos siempre fallan cuando se tiene prisa. Probó primero haciendo chocar dos fragmentos de metal, hasta que le dolieron las palmas de las manos, luego con la electricidad, una chispa y basta... pero en la realidad, una chispa a veces no es suficiente...

Afuera se impacientaban, los relojes parecían correr muy deprisa. Una columna de autos con parejas de hombres distinguidos dentro. Individuos hoscos que se sacuden el polvo y el sudor de sus trajes y que esperan ver brotar el humo, la llamara-

da benefactora. «*Habemus Papa*». Aplausos, griterío. No se explican la tardanza, si era tan fácil. No les pasa por la cabeza lo crucial que puede ser un fósforo en estos momentos de tensión; ellos que cargan cientos dentro de sus bolsillos, para meterle fuego a todo el planeta.

Pero volvamos adentro, ya que juramos seguir al hombre más importante de esta aventura. Dicho individuo ha hecho arrancar a estas horas toda una instalación secundaria con su respectiva tubería de plástico. Prueba a cruzar las líneas, este cable rojo con el azul, listo. El voltaje cripa, se produce el arco, llamean las rabiosas chispas que se reflejan en su cara, pero de allí a encender el combustible, nada. El sudor se ha acumulado peligrosamente en su frente, cuello, manos, espalda. Decimos peligrosamente porque sabemos lo que va a ocurrir. Cinco minutos más adelante, o siete para ser exactos, el sudor que sigue acumulándosele en la frente va a cegar al hombre. Sentirá su sabor salobre dentro de la boca, lo sentirá en la respiración. En aquella oscuridad salitrosa ya no sabrá lo que hace, tratará de manipular los cables sin reconocer el peligro que representan, tirará de ellos con rabia, sin precaución. Siete minutos y dieciséis segundos después tratará de abrir los ojos y puede que lo consiga al principio, pero con gran esfuerzo de su parte. Aún con los ojos abiertos, seguirá viendo aquella lámina de penumbra herrumbrada que se le pone enfrente. Se pondrá a lamentarse, a balbucir como niño. Entonces se dará cuenta de que de su boca ya no brotan más sonidos sino al contrario; es como si se los estuviera tragando. Los ruidos se le materializarán en los pulmones, estallarán en la caja torácica, le inundarán las células de las vísceras. Querrá moverse y ya no hallará cómo, querrá pedir ayuda, gri-

tar, pero los sonidos seguirán entrando en tropel a su garganta. Podrá sentir la energía liberada de los cables que choca con sus tejidos húmedos, el congelamiento que se desprende del fuego vivo que bulle dentro de él, el endurecimiento, la petrificación, el sabor acre en la garganta. Ahora es un fósil milenario que se endurece a razón de... pero eso dentro de cinco minutos o siete porque ahora todavía cierra y abre los ojos con premura...

Creo que me encuentran cantando frente a la computadora, que mi próxima esposa relaciona eso con su propia felicidad, que me coge por la espalda y me susurra algo que tardo muchos segundos en descifrar. «Por qué no aprovechamos ahorita que no hay nadie merodeando por aquí...» Y, como sucederá de aquí en adelante, le hago caso. Así que saltamos hacia la cama como poseídos.

XIX

Pongamos que mientras llega el momento de la boda, se alternan días de tranquilidad y otros de pasmo, que se suceden sin orden ni relación, por lo menos dentro de mi cabecita. Allá afuera sé que el universo brinca de un estado a otro y se lleva de encuentro múltiples acontecimientos siderales, mueren y nacen estrellas, y la mutabilidad cósmica se manifiesta en cambios de color en el cielo. Es un rodar continuo del mundo sujeto a ese material invisible que evita que se disgregue de a poco. En todos estos días, he tratado de asirme al ritmo de ese universo de allá afuera; para ello, me he sentado frente a la ventana cada noche. Entre sorbo y sorbo de cerveza, he tratado de adivinar su desbandada. La oscuridad de las noches ha estado de mi parte. Tal vez esté persiguiendo otro fin menos poderoso, tal vez solo quiera morir a la pereza de la cama y resurgir a los momentos de mi primera infancia, cuando me tiraba en el claro de un bosque imaginario a comparar mi cuerpo débil con los objetos inconmensurables de allí arriba. Remedos de catarsis que me ayudaron a ser infeliz, a trampear con la vida. Todas esas infelicidades se dosifican en esos instantes de la ventana en los que pongo la atención que el caso requiere.

Pongamos que una noche de éstas me doy por vencido rápido, el universo no va a esperarme nunca, marchará hacia adelante, aunque yo me queje y chille. Descubro que la ventana no se asocia sanamente con mi actitud; que el estrépito de esa carrera cósmi-

ca va obligándome a reconsiderar mi propio estado. Entonces abandono el sitio de observación, desencantado, rencoroso. Escapo por allí, a ventear, como un buen sonámbulo que soy. A espaldas de los que se esmeran por cuidarme. Huyo sin dirección, hasta que me doy cuenta de que un fantasma delante de mí es quien me marca un rumbo. Sin tener conciencia de lo que hago me interno en la oscuridad de los barrios periféricos de San Pedro Sula, siguiendo su rastro. Pero, pensándolo mejor, esta aventura no había comenzado en la ventana, sino unas horas antes, en el instituto después de las clases. No les he advertido que había comenzado de nuevo las clases y estaba aburridísimo, no, ¿verdad? Los chicos y su parodia juvenil, su sarcasmo, no alcanzaron a contentarme en toda la mañana. Celebraron irónicamente mi regreso y aplaudieron, estaban irritables y tal vez más aburridos que yo. Convengamos en que el aburrimiento había estropeado la noción de equilibrio que necesito en mis disertaciones didácticas, que por eso pronto no supe dónde estaba y qué hacer con los estudiantes. De pronto había sonado el timbre de la salida y yo estaba internándome en las calles, en tenaz persecución de un fantasma que me llamaba. San Pedro Sula se convierte enseguida en un laberinto para mí, sonidos móviles y estáticos por doquier para acabar de extraviarme.

Estoy en los linderos de una plantación de caña de azúcar, semiinconsciente y alelado. La sombra que se me pone enfrente y me hala con sus andrajos se parece demasiado a Fantomas; pero me llama mucho la atención que huya de mí, que no me hable ni me espere. Adivino muy pronto que no se trata de la misma persona. Este individuo no tiene las dimensiones

ni el aura de Fantomas. Es un bulto esmirriado, magro, sucio, con una ropa extravagante que le cuelga, y se desplaza alocadamente, como un títere que desea zafarse de las ligaduras que tiran de sus extremidades desde arriba. No me da la cara y marcha deprisa, pero quizá sabe que estoy detrás de él.

En la esquina siguiente, dobla a la izquierda, como buscando internarse en los cañaverales; esos terrenos planos y cuadrados del oeste del Valle de Sula que el río anega cuando se encapricha. Ya se ve que por ese lado hay barrios como islas entre las plantaciones. Iba orillándose, como si se alejara de los lugares habitados. Cuando estuvo ante la cerca que separa los sembradíos de las casas, dio la vuelta, sin mostrar la cara aún, y se adentró por un pasaje demasiado angosto para que entren vehículos. Tal vez fue cuando me arrepentí de mi temeridad, ¿cómo me había ido a meter en la misma boca del lobo? El peligro empezó a alborotarme por dentro y las vísceras se soltaron de sus ligaduras, cayeron hacia el fondo de la carne. Sentí el hálito de la muerte rociarme la cara, sentí cómo esa misma muerte salía a encontrarme en cada dobladillo de los cercados. No es que estuviera ante un paisaje lúgubre, pero la muerte anidaba muy cerca de allí...

Una noche estancada, grande, capaz de cubrir todos los espacios visibles, me hizo despertar del sopor, de golpe. Fue como si chocara en su pared de tiniebla y me abriera al miedo y a la razón. Me derrumbé. Desde el suelo el cielo parecía tan próximo, como sosteniéndose en las cúpulas de las techumbres oxidadas de las casas. Cóncavo y denso, formado por bandas de nubes leves que se abrían al pestañeo de las estrellas. No sé si sentí vértigo o

simplemente me dejé llevar por ese desplazamiento multidimensional que, de repente, era perceptible allí arriba. El universo tiraba del lugar donde yo estaba recostado, pero mi cuerpo ponía resistencia, servía de anclaje; el efecto era un estiramiento hasta el dolor, un fraccionamiento que iba transformándose en mineral, en materia elástica. En medio de aquel dolor impuesto por el nervio que se ha desgajado de la carne viva, persistía el miedo a recibir, de pronto, una cuchillada. En un instante que no sé separar de otros instantes semejantes ladró con furia un perro. Me había arrastrado hasta el límite de la cerca más próxima y el perro había sentido la intromisión de mis piernas.

No pasó mucho tiempo para que me viera rodeado de luces de mano. Una pacotilla de muchachos desarrapados me rodeaba y me encandilaban con sus focos impidiéndome ver claramente. Tal vez porque movían las manos, yo creía que giraban, que un estribillo de notas edulcoradas brotaba de sus labios, como una ronda, como un juego en el que se participa, pero que a la vez se mira desde abajo, desde el agujero. Uno de ellos se agachó y comenzó a palparme los bolsillos, los demás hicieron lo mismo y, pronto, dedos con diferentes grados de temperaturas me recorrían desde el cuello hasta la cintura. Destrataron el cinturón, soltaron los zapatos, extrajeron la cartera, arrancaron los botones de la camisa. Un trabajo limpio y veloz. Me zarandearon por espacio de cinco minutos, se llevaron lo que tenía valor y luego... todo se apagó, de golpe, al retirarse las linternas de mi cara.

El perro volvió a ladrar, esta vez casi me arranca parte de las piernas. Conseguí retirarme hacia el cen-

tro del callejón y volví a concentrarme en el cielo, pero el cielo había desaparecido por completo. Una zona de semi—claridad bullía por encima de los techos.

El hombre que escribía por encima de todo volvió a aparecérseme. Al resplandor débil del candil, su rostro era de plata. Su concentración era tal, que no se fijaba que su pluma horadaba la página en la que escribía. Luego, como si me hubiera trasladado adonde él estaba, pude contemplar la escritura, por encima de su hombro. Caligrafía tan descuidada solo pude verla en algunos estudiantes de la clase de primer curso.

Su texto era una masa inmisericorde de palabras arrojadas sin ton ni son en el rectángulo de la página. Solo eran legibles algunos párrafos. Pude ver que miles de hojas anegaban su escritorio, que el viento de la noche las desperdigaba, que sobrevolaban y que luego de hacer cabriolas en el aire se posaban en todos los rincones. Era imposible relatar algo coherente de esa manera, una turbamulta de alegorías y alusiones que no terminaban en nada, que iniciaban historias que nunca terminarían. Pero en medio de cada párrafo se repetía un nombre, el nombre estaba subrayado para que yo me fijara en él. Era el de Fantomas. Allí se gestaba el héroe de mis sueños o de las pesadillas infantiles. Sus correrías eran esas hojas sin numerar que el viento llevaba a todas partes. Sacar algún provecho de ellas sería una labor titánica para alguien que no estuviera al corriente de lo que sucedía.

El hombre que escribía empezó a musitar algo, a dirigirse al candil que vacilaba. Vi como golpeaba la página con el punto y final y se disponía a recoger algunas de las hojas diseminadas alrededor del es-

critorio. Sin orden, tomaba la que estuviera más a la mano. Juntó unas cuarenta, las revisó rápidamente, pasando una tras otra, resopló sobre ellas y se dio por satisfecho. Después puso un título en la esquina superior de la primera. «Fantomas contra los Vampiros Multinacionales» y las metió en la gaveta del escritorio, luego apagó el candil y... Yo digo que se evaporó, llevándose consigo sus circunstancias, porque luego estuve de nuevo en el suelo con ese cielo que se caía a pedacitos ínfimos.

XX

Mientras me cura, mi tío trae desde su adolescencia a mi madre. Una dama respetable, bonita, sensata, cabal, que, según él, nunca debió de fijarse en mi padre. Tenía pretendientes a montones, incluso de familias con recursos. Pero qué va, la arrastró la ensoñación de mi padre, esa tristeza que daba lástima. En las fotografías parece normal, pero tenía una cara de perro apaleado —me cuenta, mientras sonrío, para que vea que no le falta el respeto— que había que ver. Nunca se relacionaba con nadie y parecía odiar a todos sus semejantes. Como hace tiempos que nadie se refería a mi familia, creo que voy creyéndole lo que dice. Hasta que lo interrumpo porque me causa dolor la manera como me limpia la herida que tengo en el pómulo.

XXI

En medio del alboroto de la fiesta nadie se ha fijado en él. Está plantado entre los arreglos florales y el azahar que adornan las mesas, tomándose cuanta copa de vino cae en sus manos. Fantomas me eclipsa ahora el pastel de bodas con su capa de otros tiempos. Es innegable su desconcierto, la ansiedad con que a veces acaricia la pistola y aprieta la bebida. Ha desaparecido la mirada criminal para reaparecer la ojeada mórbida. ¿Por qué nadie lo ve? Andrea y sus amigas se perfilan por encima de su cabeza. ¿Quién las habrá invitado? Ocupan una mesa fuera del cono de luz de los bombillos y comen mientras se ríen a carcajadas. La bibliotecaria, que de aquí en adelante tendré que llamar mi esposa, baila con un individuo que me cuesta reconocer, pero que estoy seguro es el que escogimos como padrino de bodas. En su baile, en su gracia para moverse, no hay nada que me incluya, yo estoy solo, trasladándome mentalmente, recorriendo ese camino que Fantomas tuvo que andar, para presentarse aquí, después de tanto tiempo de haber acabado su historia.

El camino tiene los usuales accidentes que organizan los destinos, incluso los que los desvían y, que, a la larga, no son más que ajustes conciliatorios que evitan traslapes molestos. Puedo ver las repeticiones, los nudos que propician los desenlaces y, sobre todo, las muertes que hacen posible fijar la dirección en un orden infalible. Es algo fantástico que se sobrepone a mis ojos y que me permite comprender el objeti-

vo de este momento. Podría ir hacia delante de este instante con solo voltear y seguir los acontecimientos que me superan ahora, pero no quiero, no me da la gana. Mejor cortar por lo sano. Estar sentado aquí, al aire libre, mientras suena música y la gente se divierte bajo el galpón improvisado en el patio de mi casa, es la mayor dicha del mundo. Comprender al fantasma que se aleja y se acerca desde la sombra, no tener miedo de él, es crucial para poder disfrutar de una vida que pasa del dolor al bienestar, sin que el titular de ella lo haya previsto de antemano.

En un momento dado, mi esposa se deja conducir hasta donde yo me encuentro sentado y me habla de lo linda que se pone la fiesta, de la felicidad que ronda la noche, de la franqueza de los invitados que no paran de felicitarnos. Creo que le contesto con una parrafada de «síes» abruptos, más de los que cualquier felicidad se merece y que incluyo a las estrellas sobre nosotros para que certifiquen que estoy diciendo la verdad. Hacia el fondo del paisaje, una montaña muy mona con su lomo arrasado por la oscuridad y el ejército de luces de las calles que quieren alcanzarla. La ciudad adormilada en su cuna de cemento, casi perdida entre los árboles y el fulgor de una primera avanzada de neón a lo lejos...

Entonces Fantomas se mueve y le sale al paso a un individuo que se dirigía directamente hacia mí desde el portón de metal. Lo veo recriminarle algo y ponerle su enorme dedo en la frente ¿o es la pistola? El otro también discute y usa los hombros para no dejarse embestir. Están en medio del alboroto de la fiesta, sin ser parte de él, como si alrededor de ellos hubiera una burbuja que los protegiera de los giros exagerados de los danzarines. Uno toma al otro por

el cuello, uno azota la cara del otro sin benevolencia. De empujón en empujón, se alejan hacia la calle. La corpulencia de Fantomas es notoria por encima del otro que a veces trastrabilla. Se diría un toro que sabe usar la testuz con determinación. Los dejo, porque mi esposa está buscándome para que la acompañe a bailar. Nos metemos entre las parejas que se toman de las manos y ensayamos un par de pasos que me dejan muy mal parado. No soy bueno para esto, hay una rigidez en mis piernas que me hace vacilar siempre. Tal vez se deba al tiempo que he pasado metido en la cama sin moverme o, al hecho de que nunca piso terreno firme, de que mi cabeza semeja una banda transportadora. Ese movimiento inusual de la mente se traslada al plano físico. Soy un monigote que siempre está huyendo de algo o al que en todo tiempo persiguen.

Lo cierto es que me desanimo con los primeros compases, pero mi esposa sabe cómo salvarme. Se ha anudado a mi cuello y transforma una canción movida en una melodía estática, en la que basta el simple contorno de la cadera. Así nos quedamos, mientras ella insiste en masajearme la base del cráneo. Un giro sobre la derecha de ella basta para enfocar me en la mesa de Andrea. Está mirándonos. Ha doblado tanto el torso que parece inaudito que no sienta dolor, ya no ríe y parece triste. Creo que lo último es una percepción esperanzadora de mi psiquis. Yo que he creado su contorsión y su tristeza para liberarme de mi propia vergüenza. Si me ve, es porque le parece tan tonta mi forma de bailar o porque no encuentra vínculos entre la alegría de mi esposa y mi melancolía. De presto, ponen el famoso vals que sella el deseo de los contrayentes.

Solo eso me faltaba, ahora tendré que hacer el payaso. Moverme siguiendo una variación de la música que se opera en la melodía, lejos del ritmo. No es para mí eso, intensifica el enredo, arma un zipizape con mis piernas. Lejos de conducirme, mi esposa me zarandea, pero eso divierte a la concurrencia; incluso, Andrea se ha puesto a sonreír de nuevo. ¿Por qué insisto tanto con ella? Me parece que la fiesta se ha degradado a un espectáculo deprimente, que el ridículo de mi zapateo ha decepcionado a los demás, que la risa se ha endurecido en un solo gesto. La misma noche parece sumergida en un túbulo de vapor y las estrellas se han retirado hasta confines impensados. Me salva el braceo de los contendientes. Fantomas boxea en la calle con el desconocido y llama la atención. Se escuchan las inhalaciones agitadas de las mujeres y el borborito de los hombres que se ponen a azuzar a los adversarios.

Me desengancho de mi esposa y voy a ponerme en primera fila. Los golpes rudos que se lanzan no los tocan, es más el ruido y las interjecciones. Pronto la escena deriva en puro teatro y los invitados se vuelven desencantados a la fiesta. Siempre es buena una pelea como corolario de la felicidad de alguien, pero en este caso, hay demasiada pantomima. Los dejamos, pero ahora la concurrencia parece cansada y sin entusiasmo. Procedemos a partir el pastel, mi esposa empuña el cuchillo y tira de mi brazo. Con el forcejeo la fotografía debió de salir magnífica, hay varias cámaras apuntando directamente a los ojos. El fulgor me hace cerrarlos, me trago mucha de esa luz; pero al abrirlos, me he trasladado a un momento en el futuro y la fotografía está apretada entre mis dedos, tibia y opaca. Mis ojos completamente rojos con-

trastan con las pupilas radiantes de mi esposa. Una parte de su abdomen, superpuesto al mío, parece haber engordado. Puedo adivinar al niño que se dibujó imperceptiblemente por debajo del vestido. ¡Mi hijo! Al que deberé cuidar de sus fantasmas, al que estoy obligado a mantener dentro de una realidad inmediata, firme, ceñuda; menos fluctuante que la que acompañó mi niñez.

XXII

Hay una noche de bodas, es cierto, para cada quien, peculiar, pícara; solo que hay que ir a buscarla, a desenterrarla del imaginario popular. Yo deseché sus consecuencias de inmediato, no quería que las bromas que nos jugaban los compañeros del instituto estuvieran justificadas. Había que hacerla cierta de otra manera o tal vez desvirtuar su influjo para que no nos persiguiera los días subsiguientes. No viajamos ni nos movimos a algún sitio bonito, como era de esperarse, al siguiente día nos dejamos ver por el instituto como si nada hubiese pasado. Pero en el fondo había pasado algo, como que la existencia se hubiera quebrado en dos secciones indeterminadas, vaciado o hacinado de detalles superfluos, como que hubiera crecido con solo sentir que la bibliotecaria se acurrucaba en mi cama ahora con otra actitud.

Ella quería comportarse como una recién casada, pero luego yo la puse en su sitio, que se dejara de niñerías, que no estábamos para eso. Cambió de comportamiento, pero no de actitud, se creía la dueña de mi cama y se lanzó a conquistarla. Al principio me enfadó su ánimo desatado, su atrevimiento, pero luego he ido comprendiendo que había sido educada para ello. Para ella el matrimonio es cosa seria.

Creo que, entre tanto juego, no hicimos el amor ni una vez, completamente, en toda aquella primera noche. No estoy rompiendo el pacto nupcial, sacando a relucir eso, cada uno es libre de creerlo o no. Después de una fiesta agotadora, se dan bien los arrumacos y

eso hicimos hasta la madrugada, pero una vez que nos cansamos, empezó para mí la verdadera noche de bodas. No pude dormir porque sentía la respiración de la bibliotecaria como una intromisión, muy cerca de mi boca, exhausta de tanto comer. Entré sin preámbulo a la duermevela, ese estado en el que quedo expuesto a influencias de todo tipo. Y, desde el fondo de la ensoñación me empezaron a llegar las imágenes de la otra realidad. Todo hubiera ido bien si no fuera porque la mente retrocede con cada oleada de imágenes que recibe. De repente ya no soy yo, agitado, encima de la cama. No se trata de mi cuerpo que busca dormirse, es una sombra mía un poco antes de este instante que juega con las caricias de mi esposa. Y en ese traslape todo encaja perfectamente, es decir que todo se vuelve natural, como si hubiera ocurrido de esa manera en que lo veo. Pienso en el desacomodamiento, en el anacronismo, pero al mismo tiempo, trato de comprender los hechos desde la equivalencia de la visión. En aquella similitud, de pronto, me había trasladado a la computadora, miles de Fantomas me hablan de que el industrial se nos ha escapado otra vez, me reprochan con dureza mi desidia. Veo cómo llegan sus correos electrónicos desde otros tiempos, cómo me hablan del tiempo pasado en el que la memoria empezó a acumular hechos vacuos y los jerarquizó de manera involuntaria. Fantomas puede hacer de esos hechos verdades, escrutinios; es capaz de eliminar lo que tuvieron de ficción. Me fijo que sus correos del momento se refieren al amor, por ellos entiendo que Fantomas o el recuerdo de la época en que fue mi héroe favorito está ligado a un amor inicial, inocente y embustero a la vez. ¿Por eso la trascendencia siempre del primer amor?

Porque establece distinciones sobre las épocas, por las categorías que es capaz de almacenar.

Muchacha, desaparecimiento innecesario

Si el amor es una realidad inalcanzable siempre, por qué no se diluye en la materia del tiempo, por qué forma esa pasta inorgánica que vitaliza el espíritu, en caso de que el espíritu necesite revitalizarse. Pero el amor... piensa cómo brotó en el principio desde insensibles cicatrices, cómo alguien le dio cuerda al corazón. En caso de que el corazón tenga algo que ver. Tenías el cuerpo enfermo, exangüe, eras aún el mozuelo mocosito, resabido, que lloraba a escondidas por las historias sentimentales de los libros. Eras el pijo que cuidaba con arrogancia de su cuerpo pequeño hasta que alguien plantó algo vehemente en él. Una emoción, no nueva ni vieja, que explotó por dentro, que superó al propio organismo, que...

Bien, se trataba del amor en sus orígenes, entonces. Ella (¿no vas a darle un nombre, no tendrás el descaro de presentárnosla?) llegó de manera prematura, como todas las cosas importantes. Salió de la nada como un torrente desbocado. Un encuentro para el espíritu, para las hormonas que se reconocían aún en la dialéctica diaria. ¿Era hermosa o fuiste tú quién la hermoseó? Sus ojos como melancólicos, la carita sosegada, el busto firme, la cadera en su sitio, el cuerpo mediano: con los hombros caídos y las rodillas con cicatrices de raspones. Típico de la chica que ya abandonó los juegos, pero que alguna vez regresa a ellos. Sus piernas... ¿cómo olvidarse de ellas, de su redondez? Robustas, firmes, sin nudos. Cómo afloraban de aquellos vestiditos plisa-

dos, remedos de una moda que ya llegaba pasada al pueblucho. Las piernas gruesas son el elemento en que se sostiene parte del recuerdo, propician el deseo, pero redirigen siempre el amor hacia aquel punto inviolable. El amor, el amor... ¡Qué parrafada, cuánta locura insensata!

Ella está allí, involucrándose en tu noche de boda, sosteniendo ese amor que creías extinto. Usurpa lo que pertenece a tu dama, a la esposa escogida; anula la frivolidad en el pecho del adversario, no puedes sacarla de allí a menos que la aborrezcas del todo. Y para odiarla tendrías que borrar, aniquilar aquella prehistórica Navidad en la que penetró como un disparo en tu sueño despierto. ¿Era sueño o una forma pasajera de la felicidad? Me llamo... y ya no pudiste seguir sosteniendo su mano. Esa sonrisa que se imprimió en las luces, que sacó las luces de su esfera corriente; la esperanza que tuvo vida individual. ¿Vida? Piensa que la noche después fue larga y lacrimosa, porque habías dado un paso hacia... no es bueno que la explicación venga desde afuera... di algo tú...

Amor en concreto, una chispa que se aferra al otro corazón que desconoce. Un pecho en discordia consigo mismo, ¿Quién entiende eso? Vino luego el escarceo, la ronda nocturna, la vigía desde la desesperación. Que los sucesos del barrio coincidan en aquel punto desde el cual es posible llamar su atención, también la iglesia, ya ves que la religión ayuda en estos casos. *Todo se derrumbó dentro de mí, dentro de...* Reunirse en conjunto, con los santos y con los pecadores para que la congoja no supere al valor; es peligroso sentirse en desventaja frente a la muchacha que empieza a ser importante. El amor fácilmente se decanta hacia la agresión, al plazo fatal. Recuerda cómo vino el momento en que ella se

enterara de lo que había provocado, la declaración en plena cuaresma, cuando el deseo zigzaguea hacia lo prohibido. Fue un rotundo no, de esos que se entierran en la carne, de los que no admiten réplica. Golpazo en la sien, burbujeo en las arterias, algo que está a punto de atorarse.

¿Cómo conformarse?, ¿cómo continuar hacia adelante? Sigue una época en que todo se torna miserable. La vida y sus consecuencias viscerales. Seguirle los pasos en medio de esa gente que no entiende, que se burla a escondidas. Ella transita por un espacio en que todo se ve desde la pureza y la verdad; la mente se inclina por la adoración, en detrimento del cuerpo que prefiere la libertad. Dentro de ti estaba el infierno, esa cosa monstruosa creada por el sentimiento más noble, asolapado. La veías pasar altiva, indiferente, ¿por qué su cara no sufría?, mientras todo se recrudecía dentro de tu ánimo. El monigote estaba ganando terreno dentro del mozuelo, porque el chiquillo cedía toda su voluntad a la tristeza. De ese tiempo te viene la volubilidad, el sentido impresionable, el nervio sensible. Ella que ondea en medio de la calle, que pasea su juventud estival entre los naranjos: el símbolo de la época...

El verdadero terror empezó cuando ella se procuró un galán. Hubiera sido insoportable si no fuera por los libros, por la emoción que producen en el espíritu. El amor había traspuesto sus propios límites, discurría más allá de donde se puede sentir, con eso no se quiere decir que no se sienta en el alma. Es que se escuda en un intelecto que impone la armonía ficticia. Es preciso aferrarse a quimeras y las quimeras se pueden crear sin correspondencia firme. Se establecen en la mente y se imponen a

la realidad. Eso te salvó, la salvó, nos salvó a todos. Porque el galán...

Había que recurrir a las lágrimas. Espinosas, elásticas, profundas. El lloro por lo que tiene intención de burla, por los fracasos tan a la mano. Porque hay que aunar a toda esa gran cantidad de despecho que la existencia te había ido orillando, llevándose las claves del pretendido éxito juvenil. Querías ir por un rumbo y ella te empujaba por otro. Tonto, no te quieras pasar de listo. Dentro, muy dentro, el amor estaba endureciéndose, insertándose al cuerpo, como un órgano que nadie va a mover de allí.

Luego un golpe de suerte. Ella, a la que no quisiste darle una denominación cabal, abrió un pequeño orificio en su barrera emotiva. Te tocó expandir ese agujero con palabras arrancadas del mismo hígado. Tal vez el galán la había decepcionado. No sabemos. Pero tu trabajo de hormiga rindió sus frutos, poco a poco. Ella había venido a anudarse a tus brazos sin que tú supieras cómo. En ese momento creíste en los milagros.

No hay nada allí, en ese lapso breve del tiempo, que sea digno de recordarse, de sacar a colación. Ya sabes, la felicidad se resquebraja cada vez que la queremos asir. Está allí y representa algo, mueve algunas cosas, pero es preciso dejarla estar en paz. Meterse con ella, avivarla, puede devolvernos los tragos amargos. Sobre todo, cuando no es completa, cuando es figuración o el reflejo de un afecto incomprensible. Los besos es lo concreto de la felicidad, la furia de acometer el otro cuerpo, los ratos en que se tejen los futuros... es absurdo transformarla en recuerdos; el lado bueno del amor es lo que se concluye, lo demás es el infierno. Una indigestión por amor es lo que determina ese tiempo. Hartarse, hartarse, seguir hartándose para saber que existe

una fuerza en los cuerpos. Y, luego... dejarlo que nos imponga sus castigos, que nos desengañe, que vaya dejándonos en la vil orfandad. Hay días en que se sufre como años; hay años que aporrean cada segundo de que están constituidos. Se ha disuelto lo que parecía perenne, se ha ido al carajo. El rompimiento en plena gula. Cuando se creía que ya no había vuelta atrás, que se le había ganado a la vida.

Las lágrimas son más densas, vacían el recipiente del alma. El odio secunda al amor, la venganza se afianza en el esqueleto. Todo conspira contra... En verdad que el desenlace ha sido funesto, los gritos en conjunto. Los improperios que se impusieron ante la despedida fraternal, lo que aludimos para no despedazarnos. Pero también la despedida es una esperanza, el epílogo compuesto de palabras roñosas, duras, grandes, ácidas. Palabrotas, palabrotas. El corazón no da más, repellarlo de frases hirientes para que no vuelva sobre los pasos, para que aprenda a olvidar.

Creíste, creí, creíamos que se había apuntalado bien el rencor; pensamos en el efecto de las palabrotas y su daño moral...

La lección dura solo un instante porque después regresa el dolor. ¿Cómo es que los sentimientos producen tantas afecciones? No están allí para salvar al espíritu, porque lo hunden. Fuiste cayendo, muchacho, literalmente. Braceabas hacia la sima abyecta. El mundo como ese cascarón putrefacto, enconado, absurdo, cada día algo dejaba de andar allí en las tripas. Fue la época en que la encontraste más linda, la decepción acre de tus propios órganos la idealizó. Ella que ya abarcaba todo el corazón, se posó de manera definitiva en las ideas, en... ¿pero, alguna vez has tenido alguna?

Fíjate que ella se fue consciente de que se llevaba una parte tuya. Fíjate que hizo lo que toda mujer hace, después de ciertos intentos. Realizó con su vida lo que intuía que era lo que tú querías que hiciera. Obedeció cuando ya no importaba, habían venido los hijos y las preocupaciones. El amor era una cosa sedimentada en la que se podía confiar. Solo entonces, desde la lejanía, hizo lo que era preciso. No porque te hubiera querido, no te creas, porque la vida es así y nos impone sus simplezas.

Al final fue lo mejor, ¿no lo crees? Te dejó rablando, ensimismado, incapaz de hacer algo para evitarlo. Ni siquiera dijo que lo sentía, que iba a recordarte, que se metería ahora en la vida de lleno. Su actitud final creó la metáfora, hizo palpable la leyenda. De eso se termina viviendo, de no-certezas, de imaginar que el otro también nos recuerda y vive parte de nuestro sufrimiento.

No sé por qué desperté llorando en la madrugada. Al calmarme, sentí conmiseración por mi esposa que dormía sosegada. La abracé por detrás y, por primera vez quise que volteara y me diera un beso de verdad.

XXIII

Una semana después un pequeño avión se descolgó en medio del mar, cerca de las Islas de la Bahía, lo que me dio pie para comprender toda la arbitrariedad de la historia de Fantomas y el caso del industrial. Los periódicos pusieron en firme que las víctimas no pudieron ser encontradas, ni, aunque se contrataran patrulleros extranjeros dotados de tecnología moderna. Los muertos tenían nombres y apellidos de verdad, eran personajes conocidos de la política nacional, pero mientras no aparecieran sus cuerpos podrían ser cualquiera. Mientras leía la noticia, me hice la idea. ¿Por qué no?, claro que sí, todos tenemos derecho a proponer hipótesis, a especular. El industrial estaba borrando sus huellas con ese accidente, era astuto el tío. En medio del mar es fácil olvidarse de las personas. Más tarde encontré una nota, en el casillero del instituto, dirigida a mí, en la que un mensajero anónimo confirmaba mi teoría, incluso la explicaba mejor de lo que se me hubiera ocurrido a mí.

Fantomas estaba dándome la razón, a través de aquella nota, aunque ahora ya no se apareciera por ningún lado. Así como podía entrar en mi pasado, también se manifestaba en mis pensamientos. Me condicionaba para que yo razonara de su misma manera. Por primera vez sentí afecto por él. Creo que siempre lo había visto como esa monstruosa aparición que estaba allí para recordarme que había tenido una infancia triste, pero en ese instante la per-

cepción dio un giro inesperado, abrupto. Pensé, él también andaba tratando de recuperar algo, por eso se aferraba a lo que fuera. Tal vez solo creaba historias y las ataba a hechos fortuitos para tener un pretexto y comunicarse con la gente. Tal vez su creador había puesto tanta pasión en él que ahora se hallaba atrapado en un universo intermedio sin poder volver a las letras. O qué sabemos, no se volverá humano cuando aceptamos que interfiera en nuestras vidas. ¿Y si fuéramos nosotros los simples figurines, quienes estamos atrapados en una dimensión extraterrena y lo buscáramos a él para volver a nuestra condición primaria? Tantas posibilidades, ¿no? Lo cierto es que el avión se internó en el mar y con ello creí finalizada la aventura maravillosa en la que me vi embarcado, sin querer. No había ningún dato o indicio que conectara el accidente del avión con el caso del industrial y con Fantomas, pero así es el arte, para qué negarlo. Hay que aprovechar el misterio, lo equívoco, si no, la vida sería siempre un circo aburridísimo.

Quiero decir, además, que el accidente me procuró otras sorpresas. Por ejemplo, que mi esposa estaba enterada de la existencia de Fantomas. Me advirtió aquel día del peligro que acarrea juntarse con extraños; terreno movedizo, aseguró. Estábamos cenando y aquella aseveración en seco provocó que la cuchara saliera despedida de mi mano, no digamos qué fue del bocado que iba a tragarme. No quise entrar en detalles con ella, así que empujé el plato y me levanté. Vino detrás de mí inmediatamente y me pidió perdón. Que la comprendiera, me quería mucho, lo suficiente para mantenerse alejada de mis asuntos. No iba a volver a interferir o a curiosear en mis cosas si aquello me molestaba.

Volvimos a la mesa. Comimos, y yo creo que le prometí no tener secretos con ella. Solo me rogaba que procurara dejar los libros y la computadora, que se veía que eran los que me trasladaban a otros lugares. Que pusiera los pies sobre la tierra de una vez, porque, al fin y al cabo, la felicidad, si se construye, es en tierra firme. Lo demás es literatura que no conduce a nada bueno. No sé si fruncí el ceño o fue la larga inspiración con la boca la que la hizo callarse y embrocarse de nuevo en su plato. No hubo más palabras, nada que indicara una forma de comunicación entre nosotros. Pero en el fondo estábamos compenetrados, algo en las personalidades logró soldarse, selló el compromiso, pescó el amor.

Más adelante en la noche la observo hacerme el amor, con cuidado. Como si supiera que estoy dormido y que no debe despertarme. Me encuentro por debajo de ella, soporto sus embates, acuno sus pechos, pero desde dentro de ella, desde su propia perspectiva. Creo que es una forma de simbiosis que se gesta en los espíritus que empiezan a admitirse; una estrategia de la personalidad que implica la aceptación total, la comunión. No creo en esas papadas, pero como los poetas nos tienen acostumbrados a ellas... lo cierto es que participo de un instante de transición. No éramos ya los mismos al amanecer, yo sé... no nos queríamos más, ni menos; sencillamente, estábamos listos para resistir el futuro, encararlo, viniera como viniera. Mi esposa y yo engarzados en un juego dialectico de sorpresas que era suficiente para existir en paz.

XXIV

Pongamos que vivimos felices para siempre. Aunque antes haya que ir a buscar ese «para siempre» en los sucesos insólitos en que se ve envuelto cada matrimonio todos los días. Sin llegar a asustarme, mi esposa es capaz de llenar cada momento del matrimonio con una ración generosa de mimos y embelesos que bastan para sobrellevar la rutina de la vida. La esperanza se posesionaba del hogar rápidamente y eso lo tornaba invulnerable, poderoso. Fantomas ya no se apareció más y yo tuve que proseguir, por mi cuenta, dizque con la investigación policial. Desde entonces sigo los diarios con ahínco y pongo atención a las noticias para ver si se aparece algún elemento fortuito, disperso, que aclare por completo el enigma de la desaparición del industrial y de la muchacha que fungía como su amante. A veces recibo correos electrónicos, sin marcas reconocibles, en los que se me actualiza sobre hechos similares al caso del industrial que ocurren en otras partes del mundo. De ellos he obtenido alguna pista que me ayuda a no sentirme tan inútil, de allí me agarro para comprender que, al fin y al cabo, no estoy tan loco. Que otros seres, en otras latitudes, reviven sus fantasmas con más regularidad de la que se cree y que yo no soy la excepción, ni tengo por qué serlo. Para la Policía de aquí, no existe ningún caso que involucre a un industrial que haya desaparecido de manera extraña (aquí todos son asesinados de manera ordinaria, corriente) junto con su amante, ni nada que indique que su patrimo-

nio haya sido arrasado por el fuego. Me han prestado algunos archivos de las debidas delegaciones, de los meses en que las desapariciones ocurrieron y no hay nada en que se sustenten mis recuerdos.

Mi esposa se porta a la altura, todo lo afable de la maternidad se ha desatado en ella y me trata como si yo fuera el chiquillo que va a nacer, ha volcado la dulzura futura reservada para aquél, en mi presente, en el que aún conservo restos de esa antigua pereza que era mi característica esencial. Sigo dando lecciones con la misma parsimonia de siempre, como si al entrar en un salón de clases penetrara en un museo de figuras grotescas que se ríen de mí, desde sus más-caras. La ventaja es que ahora, con la casa más limpia, ventilada y asegurada por el continuo trasegar de los visitantes, no hay tiempo para la contemplación, ni para encerrarse en alucinaciones espectrales, absurdas, que me saquen de quicio. Tal vez esté curado.

Mi esposa ha descolgado todos los retratos que pululaban por las estancias de la casa: antepasados ilustres, tíos agoreros y severos, primos ilusos, amores de incógnito, y los ha confinado a una caja en un rincón, desde el que ya no pueden acusarme, ni contagiarme su infinito desconsuelo. Una lámpara de cuatro brazos cuelga del techo y parece desterrar cualquier síntoma de nostalgia de la sala. Los tenues bombillos de las habitaciones han sido reemplazados por otros de mayor voltaje, por eso, la casa parece de noche algo tan vasto, que le dan ganas a uno de estar contento, de abrazarse a esa luz, a esa amplitud y dejar que te recorra por dentro. Como si la luz fuera el antídoto contra la...

Pongamos que también he cambiado el viejo refrigerador de la cocina, que uno más moderno y con

menos olores a podrido me recibe cuando requiero del agua helada o del trago dulzón que me ayude a escribir. Mi mundo se trueca con solo tirar de la puerta del refrigerador y ver su contenido. Todo fresquecito y nuevo. Ya no hay chance para la pose ni la tristeza. Allá afuera también el barrio revive, se vuelve concreto y movido. Los gritos de los chiquillos que juegan a la pelota son tan transparentes que, si no fuera por el cansancio de las clases, ya habría saltado a la calle y alineado en alguno de los equipos. Este es el mundo sin fantasmas, sin recuerdos, forjado a puro presente, en el que vale la pena certificar que se está vivo.

Este libro se editó en la
Editorial Universitaria de
la Universidad Nacional
Autónoma de Honduras, en el
mes de noviembre, 2017 y su
tiraje consta de 500 ejemplares.